



## Asimov - Magazine Nro. 13

Comentario [LT1]:

Título original en inglés: *All This and Heaven Too*

Títulos originales de los relatos:

- **La maldición de los reyes** (*The Curse of Kings*; IASFM Mar 1985. Traducción de Domingo Santos) de Connie Willis
- **Notas preliminares sobre los jang** (*Preliminary Notes on the Jang*; IASFM May 1985. Traducción de Sebastián Castro) de Lisa Goldstein.
- **Marie** (*Marie*; IASFM Jun 1985. Traducción de Silvia Leal) de Jennifer Swift
- **La alambrada en torno a la guerra** (*The Wire Around the War*; IASFM mid-Dec 1985. Traducción de Domingo Santos) de Ian Watson
- **Cambios marinos** (*Sea Changes*; IASFM May 1985. Traducción de Domingo Santos) de Marta Randall
- **Remembranza** (*Remembrance*; IASFM Dec 1983. Traducción de Domingo Santos) de Cynthia Morgan
- **El oro y el moro** (*All This and Heaven Too*; IASFM mid-Dec 1985. Traducción de Silvia Leal) de James Tiptree Jr.

Hubo un tiempo en que las mujeres debían ocultar su condición de tales para poder escribir ciencia ficción. Afortunadamente, desde hace unos años, esta situación ha cambiado drásticamente y espectacularmente. De hecho, en la actualidad, gran número de los nuevos valores de la ciencia ficción contemporánea son mujeres. Nombres como los de Úrsula LeGuin, Joan D. Vinge, Anne McCaffrey, Angela Carter, Julian May, sólo por citar algunos, son universalmente conocidos, apreciados y buscados por editores y lectores.

Los nombres femeninos aparecen regularmente, y en número creciente, en las revistas del género. El Isaac Asimov's no es una excepción, y en los once números anteriores de su edición española han tenido ustedes una buena muestra de ello. De hecho, me atrevería a afirmar que, de seguir este ritmo, los nuevos valores femeninos van a superar muy pronto en número, si no en calidad, a las viejas glorias masculinas que hasta hace poco eran las estrellas de todos los sumarios.

Eso ha dado como resultado que, al confeccionar este volumen, me haya encontrado con la sorpresa de que la mayoría de los autores seleccionados eran mujeres. No he pretendido en ningún momento hacer un «número monográfico»; ha sido una circunstancia fortuita, pero de la que, una vez descubierta, me he alegrado sobremanera.

Porque las mujeres han aportado a la ciencia ficción, no cometeré la vulgaridad de decir un toque femenino, pero sí un nuevo enfoque de muchos temas, una fantasía más sutil, otra sensibilidad. En las páginas que siguen podrán comprobarlo claramente.

Los nombres femeninos seguirán apareciendo regularmente en esta revista. Y, como escritor masculino del género, lo único que puedo decir al respecto es que me alegro enormemente de ello.

**Domingo Santos**

**Selección de los mejores relatos de ciencia ficción**

La maldición de los reyes <i>Connie Willis</i> .....	4
Notas preliminares sobre los jang <i>Lisa Goldstein</i> .....	38
Marie <i>Jennifer Swift</i> .....	49
La alambrada en torno a la guerra <i>Ian Watson</i> .....	64
Cambios marinos <i>Marta Randall</i> .....	71
Remembranza Cynthia Morgan .....	78
El oro y el moro <i>James Tiptree Jr.</i> .....	94

## **La maldición de los reyes** **Connie Willis**

*Connie Willis ganó un premio Nebula en 1982 por su historia Fire Watch (que muy pronto les ofreceremos en estas mismas páginas)... y el mismo año conseguía otro premio Nebula por A Letter from the Clearys, un caso que no suele darse muy a menudo. De esta misma autora han podido leer ya dos espléndidos relatos en nuestro volumen 11: Luna azulada y El sidon en el espejo. En la novela corta que les ofrecemos aquí, Connie Willis mezcla, con la maestría que la ha convertido en uno de los nuevos valores más prometedores de la ciencia ficción actual, el tema de la maldición de las antiguas tumbas con el entorno fantástico de un lejano mundo que, sin embargo, no resulta tan lejano del nuestro.*

Había una maldición. Pesaba sobre todos nosotros, aunque no lo sabíamos. Al menos, Lacau no lo sabía. De pie allí, leyéndome en voz alta los sellos de la tumba mientras yo permanecía en mi jaula, no tenía el menor indicio de lo que significaba realmente la advertencia. Y el sandalman, de pie en el oscuro risco mientras observaba arder los cuerpos, tampoco tenía idea de que ya había caído víctima de ella.

La princesa sí lo sabía cuando reclinó impotente la cabeza contra la pared de su tumba, hacía diez mil años. Y Evelyn, devorada viva por ella, también lo sabía. Intentó decírmelo la última noche en Colchis, mientras aguardábamos la llegada de la nave.

La electricidad había fallado de nuevo, y Lacau encendió una lámpara de fotosene y la situó cerca del traductor de modo que yo pudiera ver los diales. La voz de Evelyn se había vuelto tan imprecisa que la sintonía necesitaba un constante ajuste. La llama de la lámpara tan sólo iluminaba el espacio a mi alrededor. Lacau, inclinado sobre la hamaca, permanecía en una total oscuridad.

La bey de Evelyn estaba sentada junto a la lámpara, observando la rojiza llama, con la boca abierta y los negros dientes resplandeciendo a la luz. Yo esperaba que en cualquier momento adelantara su mano hacia la llama, pero no lo hizo. El aire estaba inmóvil y lleno de polvo en suspensión. La llama de la lámpara ni siquiera oscilaba.

—Evie —dijo Lacau—. No nos queda tiempo. Los soldados del sandalman estarán aquí antes del amanecer. Nunca nos permitirán marcharnos.

Evelyn dijo algo, pero el traductor no lo captó.

—Acerque un poco más el micro —dijo—. No capté lo que dijo.

—Evie —murmuró Lacau de nuevo—. Necesitamos que nos digas qué ocurrió. ¿Puedes hacer eso por nosotros, Evie? ¿Decirnos lo que ocurrió?

Ella lo intentó otra vez. Yo tenía el dial del volumen tan abierto como me era posible, y ahora el traductor captó algo, pero sólo estática. Evelyn se puso a toser, un sonido seco y terrible que el traductor transformó en un grito.

—Por el amor de Dios, póngala en el respirador —dijo.

—No puedo —respondió él—. La unidad de energía está agotada. —Y el otro respirador tenía que ser conectado a la corriente, pensé, y has utilizado ya todos los cables de extensión. Pero no lo dije. Porque si la ponía en el respirador, el refrigerador debería ser desconectado.

—Entonces dele a beber un vaso de agua —indiqué.

Tomó la botella de Coca de la caja junto a la hamaca, puso la paja en ella, y se inclinó en la oscuridad para echar hacia delante la cabeza de Evelyn y que pudiera beber.

Apagué el traductor. Ya era bastante malo escucharla mientras intentaba hablar. No creía poder soportar el oír como intentaba beber.

Tras lo que pareció casi una hora, Lacau dejó de nuevo la botella de Coca en la caja.

—Evelyn —dijo—. Intenta decirnos lo que ocurrió. ¿Entraste en la tumba?

Conecté de nuevo el traductor, y mantuve el dedo preparado sobre el botón de grabación. No valía la pena grabar los torturados sonidos que estaba haciendo.

—La maldición —dijo Evelyn con claridad, y yo apreté el botón—. No abrir. No abrir. —Se detuvo e intentó tragar saliva—. ¿Qujdesss?

—¿Qué día es? —interpretó el traductor.

Intentó tragar saliva de nuevo, y Lacau tendió la mano hacia la botella de Coca, sacó la paja, y se la tendió a la bey.

—Ve a buscar un poco más de agua. —La pequeña bey se irguió, con sus negros ojos clavados en la llama, y tomó la botella—. Aprisa —dijo Lacau.

—Aprisa —dijo Evelyn—. Antes que la bey.

—¿Abriste la tumba cuando la bey fue a buscar al sandalman?

—Oh, no la abrí. No la abrí. Lo siento. No sabía.

—¿No sabías qué, Evelyn? —dijo Lacau.

La bey seguía mirando, fascinada, la llama, con la boca abierta, exhibiendo sus brillantes dientes negros. Contemplé la rechoncha botella verde que sujetaba en sus manos de aspecto sucio. La paja era de cristal también, gruesa, irregular y llena de burbujas, probablemente hecha en la planta embotelladora. Sus lados estaban señalados con largos arañazos. Los había hecho Evelyn mientras sorbía el agua a través de la paja. Un día más y la haría pedazos, pensé, y entonces recordé que no teníamos un día más. No a menos que la bey de Evelyn cayera de bruces sobre la roja llama, con las protuberancias haciéndose más afiladas en su sucia frente amarronada, en su garganta, en sus pulmones.

—Aprisa —dijo Evelyn en el hipnótico silencio, y la pequeña bey alzó la vista hacia la hamaca como si acabara de despertar y se apresuró fuera de la habitación con la botella de Coca—. Aprisa. ¿Qué día es? Hay que salvar el tesoro. Él la matará.

—¿Quién, Evelyn? ¿Quién la matará? ¿A quién matará?

—No debimos haber entrado —dijo la mujer, y dejó escapar su aliento en un suspiro que sonó como arena raspando contra cristal—. Cuidado. La maldición de los reyes.

—Está citando lo que hay en el sello de la puerta —dijo Lacau. Se enderezó—. Ellos entraron en la tumba —indicó—. Supongo que lo grabó.

—No —dije, y apreté el botón de borrar—. Todavía está bajo los efectos del dilaudid. Comenzaré a grabar cuando empiece a decir cosas que tengan sentido.

—La Comisión lo necesitará para el sandalman —dijo Lacau—. Howard jura que no entraron, que aguardaron al sandalman.

—¿Qué diferencia hay? —respondí—. Evelyn no vivirá para testificar delante de ninguna Comisión de encuesta, y ni siquiera nosotros si el sandalman y sus soldados llegan aquí antes que la nave, de modo que, ¿qué maldita diferencia hay? No habrá ningún tesoro que presentar, así que, ¿para qué estamos haciendo esta maldita grabación? Cuando la Comisión pueda oírla, ya será demasiado tarde para salvarla.

—¿Y si *hubiera* algo en la tumba, después de todo? ¿Y si *hubiera* un virus?

—No había nada —dije—. El sandalman los envenenó. Si fuera un virus, entonces ¿por qué no afectó a la bey? Estaba en la tumba con ellos, ¿no es así?

—Aprisa —dijo alguien, y por un minuto pensé que era Evelyn, pero era la bey. Entró corriendo en la habitación, con la botella de Coca salpicando agua por todas partes.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lacau—. ¿Está aquí la nave?

Ella tiró de su mano.

—Aprisa —repitió, y lo arrastró por el largo pasillo lleno de cajas de embalaje.

—Aprisa —dijo suavemente Evelyn como un eco, y yo me puse en pie y me dirigí a la hamaca. Apenas podía verla, lo cual hacía que las cosas fueran un poco mejores. Dejé de crispas los puños y dije:

—Soy yo, Evelyn. Jack.

—Jack —dijo. Apenas pude oírla. Lacau había sujetado el micro a la red de plástico tendida hasta su cuello, pero estaba palideciendo y respirando de nuevo afanosamente. Necesitaba una inyección de morfalo. Eso aliviaría su respiración, pero el morfato, tan pronto después del dilaudid, podía extinguirla como una luz.

—Entregué el mensaje al sandalman —dije, inclinándome sobre ella para captar lo que pudiera decir—. ¿Qué había en el mensaje, Evelyn?

—Jack —dijo—. ¿Qué día es?

Tuve que pensarlo. Parecía como si hubieran sido años.

—Miércoles —dije.

—Mañana —dijo ella. Cerró los ojos y pareció relajarse hasta casi quedarse dormida.

No iba a conseguir nada más de ella. Me rocié unos plastiguantes, tomé el kit hipodérmico y lo abrí. El morfato la dejaría fuera de combate en cuestión de minutos, pero hasta entonces se vería libre del dolor y quizá se volviera coherente.

Su brazo había caído por un lado de la hamaca. Moví la lámpara un poco más cerca e intenté hallar un lugar donde poner la inyección. Todo su brazo estaba cubierto por una red de apanaladas protuberancias blancas, algunas de ellas, ahora, de casi dos centímetros de altura. Se habían ablandado y engrosado desde la primera vez que las vi. Luego se habían vuelto delgadas y terriblemente afiladas, como una navaja. No había forma de hallar una vena entre ellas, pero mientras buscaba, el calor de la llama del fotosene ablandó un círculo de piel en su antebrazo, y las protuberancias pentagonales se colapsaron en ella, de modo que pude introducir la hipodérmica.

Tuve que clavarla dos veces antes de que la sangre manara de la suave depresión donde se había hundido la aguja. Goteó sobre el suelo. Miré a mi alrededor, pero no había nada con qué secarla. Lacau había utilizado aquella mañana todo el algodón que quedaba. Tomé un trozo de papel de mi bloc de notas y sequé la sangre con él.

La bey había regresado. Se metió bajo mi codo con un trozo de lámina de plástico sujeto de forma horizontal. Doblé varias veces el papel y lo dejé caer en el centro del plástico. La bey dobló el plástico sobre el papel y cerró los bordes, haciendo con él una especie de bolsita, cuidando mucho de no tocar la sangre. Yo me erguí y la miré.

—Jack —dijo Evelyn—. Ella fue asesinada.

—¿Asesinada? —dije, y tendí la mano hacia el traductor para ajustar de nuevo la sintonía. Todo lo que obtuve fue estática—. ¿Quién fue asesinada, Evelyn?

—La princesa. Ellos la mataron. Por el tesoro. —El morfato estaba haciendo efecto. Podía captar más fácilmente sus palabras, aunque no tenían sentido. Nadie había matado a la princesa. Llevaba muerta diez mil años. Me incliné más sobre ella.

—Cuénteme qué había en el mensaje que me dio para que se lo entregara al sandalman, Evelyn —dije.

Volvieron las luces. Ella alzó una mano hacia su rostro, como para ocultarlo.

—Asesinada la bey del sandalman. Era necesario. Para salvar el tesoro.

Miré a la pequeña bey. Seguía sujetando la bolsita de plástico, dándole vueltas y vueltas con sus manos de aspecto sucio.

—Nadie asesinó a la bey —dije—. Está aquí, a mi lado.

Ella no me oyó. La inyección estaba haciendo efecto. Su mano se relajó y se deslizó sobre su pecho. Allá donde había apretado contra su frente y mejilla los dedos habían dejado profundas huellas en la piel blanda como cera. La presión de sus dedos había aplanado las apanaladas protuberancias al extremo de sus dedos, empujándolas hacia atrás, de modo que las puntas de sus huesos parecían brotar de la piel.

Abrió los ojos.

—Jack —dijo con claridad, y su voz sonaba tan impotente que tendí la mano y apagué el traductor—. Demasiado tarde.

Lacau pasó junto a mí y alzó la sábana de red de plástico.

—¿Qué ha dicho? —preguntó.

—Nada —respondí, quitándome de un tirón los plastiguantes y arrojándolos a la caja de embalaje abierta que estábamos utilizando para las cosas que había tocado Evelyn. La bey estaba jugueteando todavía con la bolsita de plástico en la que había envuelto el papel empapado en sangre. Se la quité y la arrojé a la caja—. Delira —dije—. Le administré una inyección. ¿Ha llegado la nave?

—No —indicó—. Pero el sandalman sí.

—La maldición —murmuró Evelyn. Pero no la creí.

Había llenado ya casi ocho columnas con todo mi repertorio de maldiciones cuando intercepté el mensaje de Lacau. Estaba a medio cruzar el interminable desierto del continente de Colchis con el equipo de Lisii. Ya no me quedaban más cosas que contar acerca de los increíbles hallazgos del equipo, que consistían en dos vasijas de arcilla y algunos huesos negros. Las dos vasijas constituían más que lo que había hallado el equipo de Howard en la Espina en cinco años, y mi equipo transmisor no había dejado de hacer ruidos acerca de sacarme de allí en el próximo circuito de la nave.

No creo que lo hicieran mientras Prensa Asociada siguiera manteniendo a Bradstreet en el planeta. Cuando (y si) alguien encontrara el tesoro que todo el mundo estaba buscando, el equipo de transmisión de aquél que siguiera todavía en Colchis sería la que daría la noticia. Mientras tanto, había que mantener el interés para dar a entender que me hallaba en el lugar preciso y en el momento preciso cuando finalmente estallara la historia del siglo, de modo que me encaminé al norte para cubrir una masacre insignificante de los suhundulium, y luego de allí a Lisii. Cuando las vasijas de loza no dieron más de sí, se me ocurrió lo de la maldición.

No era gran cosa como maldición —nada de muertes, ni avalanchas, ni fuegos misteriosos—, pero de tanto en tanto alguien se dislocaba un tobillo o era mordido por una kheper, de modo que siempre tenía algo para llenar mi columna.

Tras enviar la primera, encabezada: «La maldición de los reyes golpea de nuevo», Howard, en la Espina, me envió un tierra-a-tierra que decía: «¡La maldición ha de hallarse en el mismo lugar que el tesoro, Jackie, muchacho!»

Radié de vuelta: «Si el tesoro está por aquí, ¿qué estoy haciendo yo ahí? Encuentra algo para que pueda volver.»

No obtuve respuesta a eso, y el equipo en Lisii no encontró más huesos, y la maldición creció y creció. Seis rocas del tamaño de la uña de mi dedo pulgar rodaron por una ladera de lava que el equipo en Lisii acababa de bajar, y titulé mi historia: «Misterioso desprendimiento casi sepulta a unos arqueólogos: ¿se trata de la maldición de los reyes?», y estaba transmitiéndola cuando oí el siseo que me avisaba de las transmisiones del cónsul. Se supone que los periodistas no deben interferir las transmisiones oficiales, y Lacau, el cónsul en la Espina, había tomado dobles precauciones para asegurarse de que esto no ocurriera, pero los transmisores no tienen tantas líneas como eso, y yo había dispuesto del tiempo suficiente en Lisii para ir las probando todas.

Era una petición a una nave. Al final había una palabra: «Urgente». La nave del circuito estaba a sólo un mes de distancia, pero no podía esperar su llegada. Habían encontrado algo.

Transmití el resto de mi historia. Luego pulsé tierra-a-tierra y envié a Howard una copa del titular con la coletilla: «¿Todavía no has encontrado nada?». No obtuve respuesta.

Salí en busca del equipo y les pregunté si alguien necesitaba algo del campamento base: uno de los compañeros se había puesto enfermo y tenía que ir allí. Hice una lista de lo que deseaban, cargué mi equipo en el jeep y partí hacia la Espina.

Estuve transmitiendo historias durante todo el camino, enviándolas, vía tierra-a-tierra, al enlace que mantenía en mi tienda en Lisii, de modo que Bradstreet creyera que seguía transmitiéndolas desde allí. Tenía que detener el jeep cada vez y plantar el equipo transmisor, pero no deseaba que él se diera cuenta de que me encaminaba a la Espina. Él aún estaba muy al norte, esperando otra masacre, pero disponía de un Golondrina que podía llevarlo a la Espina en un día y medio.

Así que envié una historia encabezada: «Las khepers amenazan la vida del equipo: ¿agentes de la maldición?», hablando de las rechonchas khepers, que chupaban la sangre de cualquiera que fuese lo bastante estúpido como para meter la mano en un agujero. Puesto que el equipo en Lisii se ganaba la vida haciendo precisamente eso, sus brazos estaban salpicados de pequeños círculos blancos de piel muerta allá donde el veneno había entrado en su sangre. Las mordeduras no sanaban, y tu sangre era tóxica durante una o dos semanas, lo cual impulsó a alguien a colocar un cartel en los barracones que decía: «No se permiten mordiscos», con una calavera y dos tibias cruzadas debajo. No dije eso en mi artículo, por supuesto. Las convertí en agentes de la maldición mortal, lanzando su venganza contra cualquiera que se atreviese a turbar el sueño de los antiguos reyes de Colchis.

El segundo día intercepté la respuesta de una nave. Era un carguero amentí, y estaba muy lejos, pero acercándose. Podría estar allí en una semana. La respuesta de Lacau fue sólo una palabra: «Apresúrense.»

Si quería llegar antes que la nave no podía perder más tiempo enviando historias. Recurrí a algunas antiguas cintas que había grabado por anticipado, deliberadamente intemporales, y las utilicé: un artículo halagador sobre Lacau, el sufrido cónsul que debía mantener la paz y dividir el tesoro, entrevistas con Howard y Borchardt, un artículo no tan halagador sobre el dictador local, el sandalman, una recapitulación del descubrimiento accidental de las saqueadas tumbas de la Espina que habían hecho acudir a Howard y su grupo. Corría un riesgo transmitiendo todas aquellas historias en mi camino a la Espina, pero esperaba que Bradstreet comprobara el origen de las transmisiones y decidiera que yo estaba intentando engañarle. Con un poco de suerte partiría inmediatamente hacia Lisii en su maldito Golondrina, convencido de que el equipo de allí había encontrado algo y yo estaba intentando mantenerlo en secreto hasta poder transmitir toda la historia.

Entré en el poblado del sandalman seis días después de abandonar Lisii. Estaba todavía a un día y medio de la Espina, pero con la llegada de la nave prevista para dentro



de dos días tenían que estar aquí, donde la nave podía aterrizar, y no allá fuera en la Espina.

Había un silencio mortal sobre el recinto de arcilla blanca, que me hizo recordar otro lugar. Eran un poco pasadas las cinco: la hora de la siesta vespertina. Nadie se levantaría al menos hasta las seis, pero de todos modos llamé a la puerta del cónsul. No había nadie en casa, y el lugar estaba cerrado a cal y canto. Miré por entre las cortinas de las ventanas, pero no pude ver mucho. Lo que sí pude ver fue que el equipo transmisor de Lacau no estaba sobre su escritorio, y eso me preocupó. Tampoco había nadie en el bajo edificio que acostumbraba a utilizar como barracón de alojamiento el equipo de la Espina, así que, ¿dónde infiernos estaba todo el mundo? No podían seguir en la Espina, no con una nave a punto de llegar. Quizá la nave había llegado y se había vuelto a marchar dos días antes de lo previsto.

No había enviado un artículo desde anteayer. Se me habían agotado las cintas y no me había atrevido a correr el riesgo de detenerme y montar el equipo cuando eso podía significar llegar demasiado tarde. Allá en Lisii, retenía mis historias durante dos o tres días y luego las enviaba todas juntas a fin de que Bradstreet no sacara conclusiones apresuradas si alguna vez dejaba de emitir. Pero pronto iba a darse cuenta de que pasaba algo, y yo no podía hacer nada. No podía dirigirme a la Espina hasta que hubiera hablado con alguien y me hubiera asegurado de que las cosas eran como eran, y tampoco podía viajar de noche, así que me senté en el bajo escalón de arcilla del porche del barracón, instalé mi equipo transmisor, y rastree la nave. Seguía en su rumbo previsto. Estaría allí pasado mañana. De modo que, ¿dónde estaba el equipo? ¿La maldición golpea de nuevo? ¿Él equipo ha desaparecido?

No podía contar esa historia, así que redacté un par de columnas sobre uno de los miembros del equipo de Howard al que aún no conocía: Evelyn Herbert. Se había unido al equipo inmediatamente después de que yo fuera al norte a cubrir la masacre, y no sabía mucho acerca de ella. Bradstreet había dicho que era hermosa. Aunque en realidad no era eso exactamente lo que había dicho. Había dicho que era la mujer más hermosa que jamás hubiera visto, pero eso era debido a que nos hallábamos varados en Khamsin y él había bebido un quinto de ginebra en interminables botellas de Coca.

—Tiene un rostro como el de Helena de Troya —dijo—. Un rostro que podría encajar... —La comparación que siguió no era nada que pudiera encajar con cualquier cosa susceptible de ser hallada en Colchis, pero ninguno de los dos estaba lo bastante sobrio para pensar en ello—. Incluso el sandalman está loco con ella.

Yo me había negado a creerlo.

—No, de veras —había protestado estrepitosamente Bradstreet—. Le ha hecho regalos, incluso le ha cedido su propia bey. Deseaba que ella se trasladara a su mansión privada, pero ella se negó. Te lo digo, tendrías que verla. Es realmente hermosa.

Yo seguía sin creer nada, pero aquello constituía una buena historia. La transmití como el romance del siglo, y aquello sirvió para el artículo de ayer. ¿Pero y el artículo de hoy?

Di una vuelta y volví a llamar a todas las puertas. Todo seguía estando horriblemente tranquilo, y aquello me hizo recordar otra escena: Khamsin inmediatamente después de la masacre. ¿Y si el histérico «¡Apresúrense!» de Lacau tenía algo que ver con el sandalman? ¿Y si el sandalman había echado un vistazo al tesoro y había decidido que lo quería todo para él? Volví a sentarme, y transmití una historia sobre la Comisión. Allá donde surgía una controversia sobre hallazgos arqueológicos, la Comisión de Antigüedades acudía y se hacía cargo de ellos hasta que alguien se cansaba y se mostraba dispuesto a ceder. Todo el mundo la tomaba más en serio de lo que realmente se merecía. En una ocasión fue llamada incluso para decidir a quién pertenecía un planeta cuando las excavaciones demostraron que los considerados como nativos habían llegado en realidad a él en una nave espacial, hacía varios miles de años. La Comisión se tomó el asunto de forma impasible, estudiándolo como si los

neandertales exigieran que se les devolviera la Tierra: escuchó todas las pruebas durante algo más de cuatro años, dando la impresión de que iba a hacer algo, para retirarse finalmente a revisar la gran acumulación de testimonios recogidos mientras dejaba que los lados en confrontación resolvieran por sí mismos sus problemas. Todavía seguía con su revisión diez años más tarde, pero en el artículo no dije nada de eso. Escribí sobre la Comisión presentándola como el brazo de la justicia arqueológica: justa pero inflexible, y dispuesta a pararle los pies a cualquiera que se mostrara demasiado codicioso. Quizá eso hiciera que el sandalman se lo pensara dos veces antes de masacrar el equipo de Howard y quedarse todo el tesoro para él, si no lo había hecho ya.

Seguía sin detectarse ningún signo de vida, y me pregunté si aquello no significaría que *no había* ningún signo de vida. Hice de nuevo el recorrido de todas las puertas, temeroso de que alguna de ellas pudiera abrirse sobre un montón de cadáveres. Pero, al contrario que en Khamsin, aquí no había señales de destrucción. No se había producido ninguna masacre. Probablemente estaban todos con el sandalman, cavando en busca del tesoro.

No había forma de ver nada en el interior del recinto a causa de sus altas paredes. Hice resonar la extravagante puerta de hierro forjado, y salió una bey a la que no conocía. Llevaba una linterna de fotosene, para colgarla junto a la puerta de hierro por su parte interior y encenderla antes de que se pusiera el sol, y no estuve seguro de que me hubiera oído golpear la puerta. Parecía vieja.

Eso es algo difícil de decir con las beys, que nunca alcanzan más de los doce años de edad. Su negro pelo no se vuelve gris, y normalmente no llegan a perder sus negros dientes, pero ésta llevaba un atuendo negro en vez de virado a un color, lo cual significaba que poseía un alto status en la casa del sandalman, pese a que no la recordaba, y sus antebrazos estaban cubiertos de mordeduras de kheper. O bien era excepcionalmente curiosa, incluso para una bey, o había viajado mucho.

—¿Está aquí el sandalman? —pregunté.

No respondió. Colgó la linterna en un gancho al lado de la puerta, por la parte de dentro, y observó mientras el charco de líquido fotoquímico de su base prendía.

—Necesito ver al sandalman —dije con voz más fuerte. Debía ser dura de oído.

—No hay nadie dentro —murmuró, con su cóncavo rostro impasible. ¿Significaba eso que el sandalman no estaba allí, o que se suponía que no debía dejar entrar a nadie?

—¿Está el sandalman? —insistí—. Necesito verle.

—No hay nadie dentro —repitió. Había sido mucho más fácil conseguir información de otra de las beys del sandalman. Le había dado un espejito de bolsillo, y me había hecho con una amiga de por vida. Era probable que el hecho de que no estuviera ahora allí significase que el sandalman no estaba tampoco. ¿Pero dónde habían ido?

—Soy periodista —dije, y le mostré mi tarjeta de prensa—. Muéstrale esto. Creo que querrá hablar conmigo.

Miró la tarjeta, pasó su dedo de aspecto sucio sobre el suave plástico y le dio la vuelta.

—¿Dónde está? ¿Fuera, en la Espina?

La bey volvió a girar la tarjeta, observando su parte delantera. Quiso meter el dedo en la holobandera de la confederación, como si creyera poder pasarlo entre las letras tridimensionales.

—¿Dónde está Lacau? ¿Dónde está Howard? ¿Dónde está el sandalman?

Puso la tarjeta de lado y miró atentamente el filo. Volvió a ponerla de cara, contempló las letras, y la giró de nuevo de lado, lentamente, observando como se aplanaba el efecto tridimensional.

—Mira —dije—. Puedes quedarte con la tarjeta de prensa. Es un regalo. Sólo dile a tu jefe que estoy aquí.

Estaba intentando atrapar las letras tridimensionales con la punta de su negro dedo. Nunca hubiera debido mostrarle la tarjeta.

Abrí mi mochila, saqué una botella de Coca y se la tendí, justo a ese lado de la puerta. Alzó la vista de la tarjeta el tiempo suficiente para agarrarla. Di un paso atrás.

—¿Dónde están los excavadores? —pregunté, y entonces recordé que son las mujeres bey quienes se ocupan de todo, si el hacer recados para los suhundulims y beber Coca puede llamarse ocuparse de todo, pero al menos ellas estaban levantadas la mayor parte del día. Los beys masculinos dormían, y las mujeres beys los ignoraban como ignoraban a cualquier otro macho que no les diera una orden directa, pero podían captar a otra mujer—. ¿Dónde está Evelyn Herbert?

—En la gran nube—dijo.

¿La gran nube? ¿Qué significaba eso? La estación de las grandes tormentas que empapaban el desierto aún no había llegado. ¿Un fuego? ¿Una nave?

—¿Dónde? —pregunté.

Tendió la mano hacia la botella de Coca. Casi dejó que la cogiera.

—¿Dónde la gran nube?

Señaló hacia el este, en dirección al lugar donde los afloramientos de lava formaban una baja cornisa. La llana cuenca que se extendía más allá era donde aterrizaban las naves. ¿Y si alguna otra nave había respondido al mensaje de Lacau? ¿Alguna nave que hubiera llegado y se hubiera ido ya, con el equipo y el tesoro con ella?

—¿Una nave? —dije.

—No —respondió, e hizo de nuevo un gesto hacia la Coca—. La gran nube.

Se la di. Se retiró hacia los escalones frontales del edificio principal y se sentó. Agitó la Coca con una mano y volvió hacia uno y otro lado la tarjeta con la otra, haciéndola destellar a la luz del sol.

—¿Cuánto tiempo lleva allí? —pregunté.

Ni siquiera pareció haberme oído.

De camino hacia la cornisa me convencí a mí mismo de que la bey había visto un demonio de polvo. No quería creer que una nave hubiera llegado y partido con el tesoro y el equipo. Quizá, si se trataba de la nave, aún estuviera allí.

No estaba. Pude ver el círculo de casi un kilómetro de quemada tierra donde siempre aterrizaban las naves antes incluso de alcanzar la cornisa, y estaba vacío, pero seguí adelante. Y allí estaba la gran nube. Un geodomo de malla de plástico en medio de la cuenca. El landrover del cónsul estaba estacionado en su extremo más alejado, junto con varios orugas que debían haber sido usados para traer el tesoro desde la Espina.

Oculté el jeep tras una prominencia de lava y luego fui arrastrándome por entre las rocas hasta poder ver la puerta delantera.

Había un par de guardianes suhundulims custodiando la tienda, lo cual constituía la mejor prueba de que el tesoro todavía estaba allí. La única regla de la Comisión decía que los arqueólogos eran dueños de la mitad de todo lo que se encontrara, y los «nativos» de la otra mitad. El sandalman debía querer asegurarse de recibir su parte. Me sorprendió que Howard no hubiera apostado también una guardia, puesto que la regla especificaba que cualquier intento de fraude con el tesoro hallado significaba la entrega inmediata de su totalidad a la parte que se había intentado engañar. En Lisii los guardias se habían sentado prácticamente encima de aquellos pobres esqueletos y vasijas de loza

para asegurarse de que nadie se metiera en el bolsillo una astilla de hueso, y esperando que alguien lo hiciera para poder reclamar todo el tesoro por intento de fraude.

Nunca podría pasar más allá de los guardias del sandalman. Si quería una historia tendría que ir por la puerta de atrás. Retrocedí hasta donde estaba el jeep y luego descendí la cornisa, manteniendo entre mi persona y los guardias tanta roca como me fue posible. No me llevé mi equipo transmisor. No estaba seguro de poder entrarlo conmigo, y no deseaba que alguien lo confiscara sobre la base de que transmitir una historia era una forma de engaño. Además, la negra lava estaba acribillada de agujeros de afilados bordes. No deseaba correr el riesgo de que el equipo se me cayera y rompiera.

Me mantuve oculto de la vista durante tanto tiempo como me fue posible, y luego corrí cruzando la arena hasta el lado del domo, lejos del landrover del cónsul, y me agaché junto a la capa exterior de la malla. La tienda no tenía ninguna puerta trasera. No lo había esperado tampoco. El equipo en Lisii tenía una tienda exactamente igual a ésta donde almacenaban sus vasijas de arcilla, y la única forma de entrar era colándose bajo la malla. Pero los lados interiores de esta «gran nube» estaban ocupados con cajas y equipo hasta la misma pared.

Fui bordeando el lado de la tienda hasta llegar a un lugar donde el plástico cedía un poco, y abrí una raja con mi cuchillo. Miré por ella, no vi nada excepto otra malla de plástico a unos pocos metros, y me deslicé dentro.

Asusté casi de muerte a la pequeña bey que estaba de pie allí. Se aplastó contra una de las cajas de embalaje, aferrando una botella de Coca con una paja en ella.

También me asustó a mí.

—Chiss —dije, y apoyé un dedo contra mis labios, pero ella no gritó. Se aferró a la botella de Coca como si de ella dependiese su vida y empezó a retroceder.

—Hey —dije suavemente—, no te asustes. Me conoces. —Ahora sabía dónde tenía que estar el sandalman, porque aquella era su bey. La vieja en la puerta del recinto debía haber sido dejada de guardia allí mientras ellos estaban fuera—. Recuerda: yo fui quien te dio el espejito —susurré—. ¿Dónde está tu jefe? ¿Dónde está el sandalman?

Se detuvo y me miró, con sus enormes ojos muy abiertos. —Espejito —dijo, y asintió, pero no se me acercó ni soltó la botella de Coca.

—¿Dónde está el sandalman? —pregunté de nuevo. Ninguna respuesta—. ¿Dónde están los excavadores? —inquirí. De nuevo ninguna respuesta—. ¿Dónde está Evelyn Herbert?

—Evelyn —dijo, y tendió uno de sus brazos de aspecto sucio para señalar en dirección a una cortina de plástico. Me agaché y la crucé.

Aquella parte de la tienda estaba forrada por todos lados con malla de plástico, que la convertía en una especie de habitación de techo bajo. Las cajas de embalaje que estaban apiladas contra el lado de la tienda cortaban el paso a casi toda la luz del atardecer, de modo que apenas podía ver nada. Había como una especie de hamaca cerca de la pared, envuelta con más red de plástico. Pude oír a alguien que respiraba pesada e irregularmente.

—¿Evelyn? —llamé.

La bey me había seguido al interior de la habitación.

—¿Hay alguna luz por aquí? —le pregunté. Pasó agachándose por mi lado y tomó de una hilera de luces un solo bulbo que colgaba de una maraña de cuerdas. Luego retrocedió de nuevo hacia la pared más alejada. La respiración procedía de la hamaca.

—¿Evelyn? —dije, y alcé la envoltura de red de plástico—. Oh —murmuré, y la cosa que había debajo emitió algo parecido a un gruñido. Me llevé una mano a la boca como intentando alejar algo que me ardía en ella, ahogándome con su humo,

asfixiándome, y retrocedí de la hamaca. Prácticamente choqué con la pequeña bey, que se apretaba tan fuertemente contra la fina película de la pared que pensé que iba a atravesarla.

—¿Qué le pasa? —Aferre los pequeños y huesudos hombros de la bey—. ¿Qué ha ocurrido?

Estaba mortalmente asustada. No había forma de que pudiera responderme. La solté, y se apretó tan fuertemente contra los pliegues del plástico de la pared que casi desapareció.

—¿Qué le ha pasado? —repetí en un susurro, y supe que pese a todo mi voz seguía sonando terrible—. ¿Algún tipo de virus?

—La maldición —dijo la pequeña bey, y las luces se apagaron.

Me quedé allí inmóvil en la oscuridad, y pude oír la ronca y torturada respiración de Evelyn y el rápido y aterrador sonido de la mía, y por un minuto creí a la bey. Luego la luz se encendió de nuevo, y miré hacia la hamaca envuelta por la red de plástico, y supe que estaba a unos pocos metros de distancia de la historia más grande que jamás hubiera caído en mis manos.

—La maldición —repitió la pequeña bey, y yo pensé: «No, no es una maldición. Es la mejor oportunidad de mi vida.»

Me dirigí de nuevo hacia la hamaca y alcé la envoltura de plástico con dos dedos, y miré a lo que había sido Evelyn Herbert. Una manta de malla acolchada la cubría hasta el cuello, y sus manos estaban cruzadas sobre su pecho. Una red de protuberancias blancas las recorría por completo, incluso en las uñas. En las depresiones entre los rebordes la piel era tan delgada que casi era transparente. Debajo podía ver las venas y el rojo tejido de la carne.

Fuera lo que fuese aquello, también cubría su rostro, incluso sus párpados y el interior de su abierta boca. Sobre sus pómulos, las blancas protuberancias eran más gruesas y separadas, y parecían tan blandas que imaginé que los huesos podían atravesarlas en cualquier momento. Sentí que se me ponía piel de gallina ante el pensamiento de que la red de plástico estuviera cubierta por los virus, que yo podía haberme ya infectado por el simple hecho de entrar en la habitación.

Abrió los ojos, y yo aferre el plástico tan fuertemente que casi lo eché a un lado. Pequeñas protuberancias, tan finas que casi parecían tela de araña, cubrían sus globos oculares. No sé si podía verme o no.

—Evelyn —dije—. Me llamo Jack Merton. Soy periodista. ¿Puede hablar?

Emitió un sonido estrangulado. No pude descifrarlo. Cerró los ojos y lo intentó de nuevo, y esta vez la comprendí.

—Ayuda —dijo.

—¿Qué quiere que haga? —pregunté.

Emitió una serie de extraños sonidos que debían ser palabras, pero no tenía ni idea de lo que significaban. Deseé que el traductor estuviera allí en vez de en el jeep.

Intentó alzarse con ayuda de los músculos de sus hombros y espalda, sin siquiera intentar usar sus manos. Tosió, un sonido duro y raspante, como si quisiera aclarar su garganta, y pronunció algo que no pude descifrar.

—Traeré una máquina que hará que le resulte más fácil hablar —dije—. Un traductor. Está fuera, en mi jeep. Iré a buscarlo.

—No —dijo claramente, y luego la misma cadena de sonidos ininteligibles.

—No puedo comprenderla —murmuré, y ella tensó repentinamente un brazo y aferró mi camisa. Retrocedí tan rápido que golpeé contra el bulbo de luz y lo envié oscilando hacia atrás. La pequeña bey surgió de la pared para mirar.

—Tesoro —dijo Evelyn, y emitió un largo y tembloroso suspiro—. Sandalman. Ven...eno.

—¿Veneno? —dije. La luz oscilaba alocadamente sobre ella. Miré la parte delantera de mi camisa. Estaba rasgada allá donde ella la había aferrado, cortada limpiamente en largas tiras por aquellas afiladas protuberancias de sus manos—. ¿Quién la ha envenenado? ¿El sandalman?

—Ayuda —dijo.

—¿Estaba envenenado el tesoro, Evelyn?

Intentó agitar la cabeza.

—Lleve... mensaje.

—¿Mensaje? ¿A quién?

—San...man —dijo, y sus músculos cedieron y se derrumbó contra la hamaca, tosiendo e inspirando afanosa y jadeante entre las toses.

Retrocedí para que el aliento de sus toses no pudiera alcanzarme.

—¿Por qué? ¿Está intentando advertir al sandalman de que alguien la ha envenenado? ¿Por qué quiere que lleve un mensaje al sandalman?

Había dejado de toser. Me miró directamente, tendida allá.

—Ayuda —dijo.

—Si llevo su mensaje al sandalman, ¿me dirá lo que ha ocurrido? —pregunté—. ¿Me dirá quién la ha envenenado?

Intentó asentir y se puso a toser de nuevo. La pequeña bey avanzó con una botella de Coca, metió una paja en ella y la inclinó hacia delante para que Evelyn pudiera beber. Parte del agua se derramó resbalando por su barbilla y parte entró en su boca, y la bey la secó con la punta de su vestido de aspecto sucio. Evelyn intentó alzarse de nuevo y la bey la ayudó, poniendo su brazo en torno a los hombros de Evelyn, cubiertos de protuberancias. Éstas eran ahí tan gruesas como las de su rostro, y no parecieron ocasionar ningún corte a la bey. Si acaso, más bien se aplastaron un poco bajo el peso del brazo de la bey. Metió la paja en la boca de Evelyn. Ésta se atragantó y empezó a toser de nuevo. La bey aguardó y luego lo intentó de nuevo, y esta vez Evelyn consiguió beber. Volvió a reclinarse en la hamaca.

—Sí —dijo, más claramente de lo que hasta entonces había dicho nada—. Lámpara.

Creí haber entendido mal.

—¿Cuál es el mensaje, Evelyn? —pregunté—. ¿Qué es lo que desea que le diga?

—Lámpara —dijo de nuevo, >e intentó hacer un gesto con la mano. Me volví y miré. Había una lámpara de fotosene en una caja de carga de plástico volcada. A su lado había dos kits de inyecciones desechables, del tipo que uno encuentra en cualquier botiquín portátil de primeros auxilios, y un paquete de plástico. La bey me lo tendió. Lo tomé con reluctancia, esperando que Evelyn no hubiera tocado el paquete, que hubiera sido la bey quien hubiera puesto dentro el mensaje. Luego miré de nuevo sus manos y mi desgarrada camisa, y supe que la bey no sólo había puesto el mensaje en el envoltorio de plástico, sino que probablemente también había tenido que escribirlo. Esperé que fuese legible.

Me lo metí en el bolsillo con solapa que utilizaba para guardar las cargas de mi transmisor, e intenté luchar contra la sensación de que tenía que lavarme las manos. Regresé junto a la hamaca.

—¿Dónde está el sandalman? ¿Está aquí, en el domo?

Intentó sacudir de nuevo la cabeza. Yo estaba empezando a comprender sus emociones, pero deseé de nuevo disponer del traductor a fin de estar seguro de lo que estaba diciendo.

—No —respondió, y tosió—. No aquí. En el recinto. Poblado.

—¿Está en el recinto? ¿Está segura? No estaba allí esta tarde. No vi a nadie excepto a una de sus beys.

Suspiró, un terrible sonido como el de una vela apagándose al viento.

—Recinto. Aprisa.

—De acuerdo —dije—. Intentaré volver antes de que se haga de noche.

—Aprisa —dijo, y empezó a toser de nuevo.

Salí por el mismo sitio por donde había entrado. Mientras me dirigía hacia allá le pregunté a la bey si el sandalman había vuelto realmente al recinto.

—Al norte —dijo—. Soldados. —Lo cual podía significar cualquier cosa.

Ha ido al norte —dije—. ¿No está en el recinto?

—Recinto —dijo—. Tesoro.

Lo dejé correr. Miré en torno a la gran cúpula de plástico dentro de la que me hallaba, preguntándome si no debería intentar encontrar a Howard o a Lacau o a alguien antes de regresar al recinto en busca del sandalman. Apenas había luz. Si aguardaba mucho se haría definitivamente oscuro, y no podía correr el riesgo de ser descubierto allí por un indignado Lacau, con el mensaje ardiendo en mi bolsillo. Al menos si volvía al jeep podría leer el mensaje, y eso tal vez me diera algún indicio de qué infiernos estaba ocurriendo allí. Pensé que había bastantes posibilidades de que el sandalman estuviera realmente en el recinto. Si había ido al norte no hubiera dejado atrás a su bey.

Crucé la raja que había abierto para entrar y corrí por la zona descubierta hasta la seguridad de la cornisa. Una vez allí, saqué mi varilla luminosa y la mantuve enfocada a mis pies para no caer en ningún agujero. Me detuve a media ascensión a la sombra de una larga y oscura grieta, para recuperar el aliento y leer el mensaje. No habría suficiente luz si aguardaba hasta llegar al jeep. Ya era lo bastante oscuro e iba a tener que usar la varilla luminosa. Extraje el envoltorio del bolsillo de mi camisa y empecé a abrirlo.

—¡Volved! —gritó una voz directamente debajo de mí. Me aplasté contra la grieta como la bey de Evelyn. Bajé rápidamente la varilla luminosa y la clavé en el suelo.

—¡Volved! ¡No tenéis que tocarlo! ¡Yo lo haré! —Alcé un poco la cabeza y miré. Se trataba de un fenómeno acústico producido por la cara del resalte de lava. Lacau no estaba cerca. Él, junto con dos recias figuras con atuendos blancos que tenían que ser suhun-dulims, estaban» al otro lado de la tienda, tan lejos que apenas podía divisarles en la menguante luz, aunque la voz de Lacau llegaba hasta mí tan claramente como si lo tuviera debajo.

—Yo me encargaré de enterrarlo, por el amor de Dios. Todo lo que tenéis que hacer es cavar la tumba. —Lacau se volvió e hizo un gesto hacia la tienda, y su voz se cortó. ¿Qué tumba? Miré hacia donde gesticulaba y pude divisar una forma grisazulada sobre la arena. Un cuerpo envuelto en plástico.

—El sandalman os envió aquí para custodiar el tesoro, y eso incluye hacer lo que yo os diga —señaló Lacau—. Cuando él vuelva, yo...

No pude oír el resto, pero, fuera lo que fuese, lo que dijo a continuación no les convenció. Siguieron alejándose de él, y al cabo de un minuto se dieron la vuelta y echaron a correr. Me alegré de que fuera casi oscuro y así no pudiera verles. Los suhun-dulims siempre me han producido escalofríos. Franjas de músculos herniados se acumulan bajo sus pieles, especialmente en sus rostros y en sus manos y en sus pies. Cuando Bradstreet transmite historias sobre ellos, los describe con el aspecto de masas de verdugones o amasijos de cuerdas, pero Bradstreet está loco. Parecen más bien serpientes. El sandalman no es tan malo..., sólo las tiene en los pies, que Bradstreet dijo que parecían sandalias cuando envió la historia que le dio al sandalman su nombre, pero casi ninguna en su rostro.

El sandalman. Tiene que hallarse en el recinto, por lo que ha dicho Lacau: «Cuando él vuelva.» Ninguno de ellos miraba en mi dirección, así que seguí subiendo tan silenciosamente como pude por si el eco funcionaba en ambas direcciones.

Aún había suficiente luz al este para conducir. Pensé en detenerme a mitad del camino, conectar los faros y leer el mensaje de Evelyn a su haz, pero no deseaba que Lacau viera mis luces e imaginara dónde había estado. Podía leer el mensaje junto a una de las luces del poblado antes de entregárselo al sandalman.

No encendí los faros hasta que no pude ver mi mano frente a mi rostro, y cuando lo hice vi que prácticamente estaba a punto de estrellarme contra la pared del poblado. No había ninguna luz a lo largo de la pared. Dejé encendidos los faros del jeep, deseando poder conducir el jeep hasta el interior del poblado.

Tan pronto como estuve al otro lado de la pared pude ver la linterna que había colgado la bey. Era la única luz en todo el lugar, y en el ambiente seguía flotando aquella quietud de masacre. Quizá supieran lo que yacía en aquella hamaca en el domo de plástico y hubieran huido como los guardias suhundulims.

Me dirigí hacia la puerta del sandalman y alcé la vista a la linterna. Estaba justo fuera de mi alcance, o de otro modo la hubiera alzado de su gancho y la hubiera llevado hasta el refugio de un callejón, donde poder leer el mensaje sin que nadie me viera. Incluído el sandalman. No creía que le gustase el que alguien abriera su correo. Me apoyé contra la pared y saqué el envoltorio del bolsillo.

—No hay nadie dentro —dijo la bey. Todavía tenía mi tarjeta de prensa en la mano. Se veía como mordisqueada en los bordes. Debía haber permanecido sentada en los escalones desde aquella tarde, intentando arrancar las letras del holo.

—Tengo que ver al sandalman —dije—. Déjame entrar. Traigo un mensaje para él.

Estaba mirando con curiosidad el envoltorio. Volví a metérmelo en el bolsillo.

—Déjame entrar —dije—. Ve a decirle al sandalman que estoy aquí y que deseo verle. Dile que traigo un mensaje para él.

—Un mensaje —murmuró la bey, observando el bolsillo donde había desaparecido el envoltorio.

Suspiré y volví a sacar el envoltorio de plástico del bolsillo de mi camisa. Se lo mostré.

—Un mensaje. Para el sandalman. Déjame entrar.

—Nadie puede entrar —dijo—. Yo tomaré. —Tendió la mano por entre los barrotes de la puerta de hierro.

Aparté el envoltorio con un gesto brusco.

—Él mensaje no es para ti. Es para el sandalman. Llévame ante él. Ahora.



La había asustado. Retrocedió de la puerta hacia los escalones.

—Nadie puede entrar —dijo, y se sentó. Empezó a dar vueltas a la tarjeta de prensa con sus manos de aspecto sucio.

—Te daré algo —prometí—. Si le comunicas mi mensaje al sandalman, te daré algo. Algo mejor que la tarjeta de prensa.

Volvió hacia la puerta, aún con aire desconfiado. Yo no tenía ni idea de qué llevaba encima que pudiera gustarle. Rebusqué en el bolsillo de mi desgarrada camisa y saqué una pluma que tenía hololetas en uno de sus lados.

—Te daré esto —dije, mostrándosela en mi mano—. Y tú le dices al sandalman que tengo un mensaje para él. —Alcé el envoltorio con la otra mano, para que comprendiera—. Déjame entrar —pedí.

Fue más rápida que el ataque de una serpiente. En un momento estaba inclinada hacia delante, observando la pluma. Al momento siguiente tenía el paquete en su mano. Cogió la linterna de su gancho y corrió escalones arriba.

—¡No lo hagas! —dije—. ¡Espera! —La puerta se cerró de golpe tras ella. No pude ver nada.

Magnífico. La bey podía darse una espléndida comida con el mensaje, y yo no estaba más cerca de una historia de lo que había estado antes, y probablemente Evelyn estaría muerta cuando regresara al domo. Tanteé mi camino a lo largo de la pared hasta que pude ver las luces del jeep. Estaban empezando a disminuir de intensidad. Magnífico. La batería se estaba agotando. No me hubiera sorprendido en absoluto descubrir a Bradstreet sentado en el asiento del conductor, transmitiendo una historia con mi equipo.

No recé para encontrar mi camino de vuelta al domo en la absoluta oscuridad que era la noche de Colchis, así que dejé los faros encendidos y esperé que Lacau no me viera acercarme. Incluso con los faros encendidos, me despisté un par de veces y terminé estrellándome contra un montón de lava que no arrojaba ninguna sombra.

Me quité la rasgada camisa y la dejé en el jeep. Necesité una eternidad para descender el reborde en la oscuridad, cargado con el traductor y mi equipo de transmisión, y la raja que había hecho en la tienda no era lo bastante grande para mí y las abultadas cajas. Las metí dentro, me deslicé de espaldas por la raja, y tiré de la caja del transmisor una vez dentro. Cargué el traductor en mi hombro.

—¿Qué le llevó tanto tiempo, Jack? —dijo Lacau—. Los guardias del sandalman se han ido hace un par de horas. Sabía que no hubiera debido intentar que me ayudaran. Ahora se han marchado y usted está aquí. ¿Está también Bradstreet?

Me volví en redondo. Lacau estaba de pie allí, con el aspecto de no haber dormido en una semana.

—¿Por qué no se vuelve por donde ha venido y yo fingiré que no le he visto? —dijo.

—Estoy aquí para conseguir una historia —respondí—. No creerá que voy a marcharme antes de conseguirla. Quiero ver a Howard.

—No —dijo Lacau.

—Tengo derecho a saber —dije, y fui en busca de forma automática de la tarjeta de prensa que la bey debía estar masticando placenteramente en aquellos momentos. Si no había empezado ya con el mensaje de Evelyn—. No puede negarle a un periodista acceso a todos los datos de una historia.

—Está muerto —dijo Lacau—. Lo enterré esta tarde.

Intenté adoptar la expresión de alguien que ha acudido a buscar una historia sobre un tesoro, de alguien que nunca ha visto el horror que estaba tendido en la hamaca allá al fondo, y creo que lo conseguí, porque Lacau no pareció sospechar. Quizá había dejado de sentir y buscar shocks, y no lo esperaba de mí. O quizá mi aspecto era simplemente el que se suponía que debía tener.

—¿Muerto? —dije, e intenté recordar su aspecto, pero todo lo que podía ver era lo que quedaba del rostro de Evelyn, y sus manos aferrando mi camisa, afiladas como navajas y sin el menor parecido con unas manos.

—¿Qué hay de Callender?

—Muerto también. Todos están muertos excepto Borchardt y Herbert, y no pueden hablar. Ha llegado demasiado tarde.

La correa del traductor se clavaba en mi hombro desnudo. La alcé para ajustarla.

—¿Qué es eso? —preguntó—. ¿Un traductor? ¿Puede hacer algo con las distorsiones del lenguaje? ¿Con alguien que no puede hablar porque...? ¿Puede hacer algo?

—Sí —dije—. ¿Qué ocurre? ¿Qué les ocurrió a Howard y a los otros?

—Debo confiscar su aparato de transmisión —dijo—. Y su traductor.

—No puede hacerlo —dije, y empecé a retroceder—. Los periodistas tienen libre acceso.

—No, aquí dentro no. Deme el traductor.

—¿Para qué lo necesita? Creí que había dicho que Borchardt y Herbert no pueden hablar.

Lacau buscó algo a sus espaldas.

—Tome el equipo de transmisión y venga por aquí —dijo, y sacó una antorcha de fotosene hecha con lo que parecía ser una botella de Coca y un espejo, uno de esos trabajos de artesanía con los que los suhundulims han masacrado a todo el mundo. Lacau la inclinó de modo que el espejo quedara bajo el bulbo de luz que colgaba encima de nosotros. Tomé el equipo de transmisión.

Me condujo alejándonos de Evelyn, a través de un laberinto de cajas de carga, hasta el centro de la tienda. Había una malla de plástico envolviendo lo que pensé que podía ser Borchardt tendido en una hamaca como la de Evelyn. Si esperaba haberme desorientado, estaba muy equivocado. Podía encontrar fácilmente a Evelyn. Todo lo que tenía que hacer era seguir la maraña de hilos eléctricos sobre nuestras cabezas.

La zona central parecía un almacén: montones de cajas abiertas por todas partes, palas y picos y cedazos, todo el equipo de los arqueólogos. Las mochilas y sacos de dormir estaban a un lado en un montón, cerca de una pila de cajas de cartón dobladas planas.

En el centro había una jaula hecha con tela metálica y frente a ella, directamente debajo de otra maraña de cables eléctricos y conectado a ella, un refrigerador. Era grande, uno de esos antiguos refrigeradores comerciales de dos puertas, y hubiera apostado cualquier cosa a que había salido de la planta embotelladora de Coca-Cola. Ningún signo del tesoro, a menos que estuviera ya todo embalado. O puesto a enfriar. Me pregunté para qué sería la jaula.

—Deje el equipo —dijo Lacau, y empezó a trastear de nuevo con el espejito—. Métalo en la jaula.

—¿Dónde está su equipo de transmisión? —pregunté.

—No es asunto suyo.

—Mire —dije—, usted tiene su trabajo, yo el mío. Todo lo que quiero es una historia.

—¿Una historia? —dijo Lacau. Me empujó hacia la jaula—. ¿Qué le parece esto como historia? Ha estado expuesto a un virus mortal. Se halla bajo cuarentena. —Alzó la mano y apagó la luz.

Bien, realmente sabía cómo conseguir una historia. Primero la bey del sandalman y ahora Lacau, y no estaba más cerca de saber lo que estaba ocurriendo ahora que cuando me hallaba en Lisii, y quizá sólo me quedaban algunas horas antes de que empezara a verme afectado por lo mismo que estaba consumiendo a Evelyn. Hice sonar la tela metálica y le chillé a Lacau que viniera. Luego trasteé con la cerradura y chillé un poco más, pero no conseguí ver nada ni oír nada excepto el zumbido del refrigerador. Su repentino silencio era lo único que me decía que se había interrumpido la electricidad, cosa que ocurrió al menos cuatro veces durante la noche. Al cabo de un tiempo me acurruqué en una esquina de la jaula e intenté dormir.

Tan pronto como hubo luz, me quité las ropas y me examiné atentamente en busca de protuberancias. No pude ver ninguna. Volví a ponerme los pantalones y los zapatos, garabateé un mensaje en una página de mi bloc de notas y empecé a golpear de nuevo la jaula. Vino la bey. Llevaba una bandeja. En ella había un trozo del pan local, un pedazo de queso y una botella de Coca con una paja de cristal. Esperaba que no fuese la misma con la que había bebido Evelyn.

—¿Quién más está aquí? —pregunté a la bey, pero parecía temerosa. La había asustado realmente la otra noche.

Le sonreí.

—Me recuerdas, ¿no? Te di un espejito. —No me devolvió la sonrisa—. ¿Están aquí las otras beys?

Depositó la bandeja sobre una caja de cartón y me fue pasando el pan, a trozos.

—¿Qué otras beys están contigo? —insistí.

No podía pasarme la botella de Coca a través de la tela metálica sin derramarla toda. Al cabo de uno o dos minutos de intentarlo dije:

—Mira, permíteme que coopere —y me incliné hacia delante y sorbí por la paja mientras ella sostenía la botella.

Cuando me endecé, dijo:

—Sólo yo. No más beys. Sólo yo.

—Mira —dije—, quiero que le lleves un mensaje a Lacau.

No respondió, pero al menos no retrocedió. Tomé la pluma con sus hololetas y la mantuve cerca de mi cuerpo. No iba a cometer el mismo error que la otra noche.

—Te daré esta pluma si llevas un mensaje a Lacau.

Retrocedió y se apretó contra el refrigerador, con sus grandes ojos clavados en la pluma. Escribí con ella el nombre de Lacau y el mensaje, y me la volví a guardar en el bolsillo, y sus ojos no se apartaron de ella, fascinados.

—Te di el espejito —indiqué—. Ahora te doy esto. —Saltó hacia delante para tomar el mensaje que le tendía, y terminé mi desayuno y eché una cabezada, y me pregunté qué le habría ocurrido al mensaje que le había dado a la bey del sandalman.

Cuando desperté de nuevo había bastante luz, y pude ver un montón de cosas en las que no había reparado la otra noche. Mi equipo de transmisión estaba todavía allí, al otro lado de los sacos de dormir, pero no podía ver el traductor por ninguna parte. Una de las cajas de embalaje, una pequeña, estaba inmediatamente al otro lado de la jaula.

Metí como pude la mano por entre un cuadrado de la tela metálica y conseguí tirar de la caja hasta situarla lo suficientemente cerca como para arrancar la cinta del precinto. Me pregunté quién habría embalado el tesoro. ¿El equipo de Howard? ¿O habían empezado a caer como moscas tan pronto como lo encontraron? La caja parecía un buen trabajo por parte del suhundulim que lo hubiera hecho. Parecía casi el estilo de Lacau, pero, ¿por qué debería haberlo empaquetado él? Su trabajo era solamente impedir que fuera robado.

La cinta del precinto y el relleno esponjoso y las burbujas de plástico, todo muy limpio. Metí la mano tanto como pude por

entre la tela metálica hasta que conseguí agarrar un borde de la caja, la incliné un poco hacia delante con mi otra mano, y conseguí agarrar algo de lo que había dentro. Tiré y lo saqué.

Era un jarrón de algún tipo. Lo estaba sujetando por su largo y estrecho cuello. Había en él una especie de tubo plateado que se suponía representaba una flor, un lirio tal vez, abriéndose en la parte de abajo y luego estrechándose hasta la abierta boca. Los lados del tubo estaban grabados con finas líneas. El jarrón en sí estaba hecho de algún tipo de cerámica azul, tan fina como una cáscara de huevo. Lo volví a dejar dentro de la caja junto con el relleno esponjoso. Revolví un poco más entre las burbujas y extraje algo que parecía un cruce entre una de las vasijas de cerámica de Lisii y algo que una bey hubiera estado masticando durante un tiempo antes de escupirlo.

—Eso es el sello de la puerta —dijo Lacau—. Según Borchardt, dice: «Cuidado con la maldición de los reyes y las khepers, que convierte los sueños de los hombres en sangre.» —Tomó la tablilla de cerámica de mis manos.

—¿Recibió mi mensaje? —pregunté, intentando volver a meter las manos encajadas en la tela metálica. Me hice un rasguño en la muñeca. Empezó a sangrar—. Bien —dije—, ¿recibió el mensaje?

Me arrojó un trozo de papel masticado.

—Más o menos —dijo—. Las beys tienden a ser curiosas acerca de cualquier cosa que se les da. ¿Qué había en el mensaje?

—Quiero hacer un trato con usted.

Lacau empezó a poner de nuevo el sello de la puerta en la caja.

—Sé cómo hacer funcionar el traductor —dijo—. Y el equipo de transmisión.

—Nadie sabe que estoy aquí. He estado retransmitiendo mis historias a Lisii, tierra-a-tierra.

—¿Qué tipo de historias? —quiso saber. Se había enderezado, sujetando todavía el sello de la puerta.

—Relleno. La vida salvaje local, antiguas entrevistas, la Comisión. Cosas de interés humano.

—¿La Comisión? —dijo. Había hecho un repentino movimiento de sobresalto, casi como si hubiera dejado caer el sello de la puerta y lo hubiera recogido en el último instante. Me pregunté si se encontraba bien. Su aspecto era terrible.

—Dejé un relé conectado allá en Lisii. Mis transmisiones salieron del planeta desde allí, y Bradstreet cree que sigo en Lisii. Si dejo de transmitir artículos, sabrá que ha ocurrido algo. Tiene un Golondrina. Puede estar aquí mañana mismo.

Lacau comprobó cuidadosamente que el jarrón estuviera bien colocado en la caja y apiló burbujas a su alrededor. Cerró la tapa y volvió a fijar la cinta adhesiva.

—¿Cuál es su trato?

—Empezar a transmitir de nuevo historias que convengan a Bradstreet que todavía sigo en Lisii.

—¿Y a cambio?

—Usted me dice qué está pasando. Me deja entrevistar al equipo. Me da la noticia.

—¿Puede retenerla hasta pasado mañana?

—¿Qué ocurre mañana?

—¿Puede?

—Sí.

Pensó en ello.

—La nave estará aquí mañana por la mañana —dijo lentamente—. Voy a necesitar ayuda para cargar el tesoro.

—Le ayudaré —dije.

—Nada de entrevistas privadas, nada de acceso privado al equipo de transmisión. Ejerceré censura sobre todo lo que transmita.

—De acuerdo —dije.

—No transmitiré la historia de todo esto hasta que nos hallemos fuera de Colchis.

Hubiera aceptado cualquier cosa. No se trataba simplemente de un poco de perversidad local, algún potentado menor envenenando a unos cuantos extranjeros. Era una historia como ninguna otra que hubiera caído en mis manos, y hubiera aceptado besar los tortuosos pies del sandalman si hubiera sido necesario.

—Es un trato —dije.

Lacau inspiró profundamente.

—Encontramos un tesoro en la Espina —dijo—. Hace tres semanas. La tumba de una princesa. Su valor..., lo ignoro. La mayor parte de los artículos son de plata, y sólo su valor arqueológico está más allá de toda evaluación.

»Hace una semana, dos días después de que hubiéramos terminado de limpiar la tumba y traer hasta aquí todo lo transportable, el equipo cayó afectado por... algo. Un virus de algún tipo. Sólo el equipo. No el representante del sandalman, no los portadores que bajaron el material desde la Espina. Nadie excepto el equipo. El sandalman afirma que fueron ellos quienes abrieron la tumba sin aguardar a la autorización local.

Se detuvo unos instantes.

—Si lo hicieron, eso significa que cometieron fraude, y todo lo hallado pertenece al sandalman. Conveniente. ¿Dónde estaba el representante del sandalman mientras se suponía que ellos hacían todo eso?

»Fue su bey. Ella fue en busca del sandalman. El equipo aguardó allí atrás para custodiar el tesoro. Howard jura, juró, que no entraron, que aguardaron hasta que el sandalman y sus portadores llegaron allí. Dice, dijo, que el equipo fue envenenado.

«Ven...eno», había dicho Evelyn. «Sandalman.»

—El sandalman afirma que fue algún tipo de veneno colocado por los antiguos para custodiar la tumba, que el equipo lo tocó cuando abrió la tumba ilegalmente.

—¿Quién dijo Howard que los había envenenado? —quise saber.

—No lo dijo. El... esa cosa que los afectó se metió en sus gargantas. Después del primer día Howard era totalmente incapaz de hablar. Evelyn Herbert aún puede hablar algo, pero resulta muy difícil comprender lo que dice. Por eso necesito el traductor. Necesito hablar con Evelyn y descubrir por quién fueron envenenados.

Pensé en todo lo que acababa de decir. Algún tipo de veneno custodiando la tumba. Yo sabía algo al respecto. Había transmitido historias acerca de los venenos que los antiguos de todas las culturas ponen en sus tumbas para impedir que los profanadores las saqueen, venenos de contacto que ponen en los propios artículos. Yo había tocado el sello de la puerta.

Lacau me observaba atentamente. Dijo:

—Ayudé a traer el tesoro desde la Espina. Lo mismo hicieron los portadores. Y he estado manejando los cuerpos. Llevaba plastiguantes, pero eso no me protegía de la

infección transmitida por el aire o por el vapor de agua. Sea lo que sea, no creo que sea contagioso.

—¿Piensa que es un veneno, como dijo Howard? —pregunté.

—Mi postura oficial es que se trata de un virus que estaba presente en la tumba y al que todo el grupo, incluidos los representantes del sandalman, se vio expuesto cuando la tumba fue abierta.

—Y el sandalman.

—La bey del sandalman entró en la tumba antes que él. Luego el equipo. Luego el sandalman. Mi postura oficial es que el virus era anaerobio y que, después de que la tumba permaneciera abierta al aire durante unos cuantos minutos, dejó de ser virulento.

—Pero usted no cree eso,

—No.

—Entonces, ¿por qué adopta esa postura? ¿Por qué no acusa al sandalman? Si lo que quiere es el tesoro, eso se lo pondrá en las manos. La Comisión...

—La Comisión cerrará el planeta e investigará las acusaciones.

—¿Y usted no desea eso?

Quería preguntarle por qué no, pero pensé que sería mejor salir de la jaula antes de formularle aquella pregunta.

—Pero si es un virus, ¿cuál es su explicación de por qué la bey no se ha visto afectada por él? —pregunté.

—Diferencias en química corporal y tamaño. Declaré una cuarentena, y el sandalman la aceptó, más o menos. Estuvo de acuerdo en darnos una semana por si existía un tiempo de incubación del virus distinto en la bey, antes de presentar sus demandas ante la Comisión. La semana expira pasado mañana. Si la bey se ve afectada dentro de los próximos dos días...

Lo cual explicaba por qué la bey del sandalman estaba allí, en cuarentena con los arqueólogos, cuando nadie más, ni siquiera los guardias del sandalman, ponían el pie dentro de la tienda. No era la enfermera de Evelyn. Era la única esperanza de la expedición.

Y no iba a atrapar nada. El sandalman había dado su plazo de gracia. Había aceptado dejarla con el equipo. Nunca lo hubiera hecho de haber tenido la más remota posibilidad de que atrapara el virus. Así que no había que confiar en ello. A menos que Evelyn supiera de qué veneno se trataba. A menos que ella hubiera amenazado con envenenar a la bey del sandalman. A menos que eso fuera lo que contenía el mensaje.

—¿Por qué no se limitó a matar al equipo allí mismo en la tumba? —dije—. Si todo lo que quiere es el tesoro, ¿por qué no hizo que todos resultaran sepultados por un desprendimiento o algo parecido y lo calificó como un accidente?

—Hubiera habido una investigación. No podía arriesgarse a ello.

Estaba a punto de preguntar por qué no podía, pero pensé en algo más importante.

—¿Dónde está él ahora?

—Ha ido al norte, a Khamsin, para reunir un ejército —dijo.

Khamsin. Así que el sandalman no estaba en el recinto después de todo, y probablemente la bey se estaba dando a estas alturas un gran banquete con el mensaje de Evelyn. Y cuando llegara a Khamsin nada que yo dijera podría convencer a Bradstreet que no estaba ocurriendo algo. Me pregunté si Lacau habría pensado ya en aquello.

Abrió la jaula.

—Lo llevaré a ver a Evelyn Herbert —dijo—. Pero primero quiero que envíe una historia.

—De acuerdo —dije. Ya había decidido qué iba a enviar. No era algo capaz de engañar a Bradstreet, pero quizá pudiera desconcertarle lo suficiente hasta que yo consiguiera el resto.

—Primero quiero una copia —dijo Lacau.

—Este transmisor no dispone de impresora —señalé—, pero puede situar el mensaje en tiempo de espera y borrar todo lo que quiera del monitor antes de transmitirlo. —Señalé al botón de retención.

—De acuerdo —admitió.

—Lo pondré fijo —dije, pero pese a todo mantuvo su mano encima del botón durante todo el mensaje.

Teclé un código privado de prioridad que decía: «Grandes acontecimientos en la Espina. Reserven 12 columnas.»

—¿Está intentando mantenerlo lejos de la Espina? —dijo Lacau—. No lo conseguirá. Verá el domo. De todos modos, él no puede descifrar un mensaje oficial, ¿verdad?

—Por supuesto que puede. ¿Cómo piensa que yo supe que tenía usted una nave acercándose? Pero él también sabe que yo sé que puede, de modo que no confiará en este mensaje. Ese es el que creará. —Teclé el código de transmisión por tierra, introduje el mensaje, y aguardé a que el transmisor me dijera que no podía hacerlo. No podría hasta que Lacau soltara el botón de retención, y ni siquiera tuve que decirselo. Alzó la mano y la apoyó en su barbilla y observó la pantalla.

Aguardé el tiempo que me tomaría sopesar las posibilidades de que Bradstreet ignorara un mensaje local si no fuera precedido de un código de prioridad y luego decidir enviarlo directamente. «Vuelvo tan rápido como pueda. Aguarda», teclé. Y firmé: «Jackie.»

—¿A quién va destinado este mensaje? —preguntó Lacau.

—A nadie. Tengo instalado un relé automático en mi tienda. Pondré el mensaje en almacenamiento y lo guardaré allí. Por la mañana enviaré un artículo sobre la Espina. Será transmitido desde aquí, que está a un día de camino de la Espina.

—De este modo él pensará que está haciendo usted exactamente lo que dice. Encaminándose hacia Lisii.

—Sí —dije—. Ahora, ¿vamos a ver a Evelyn Herbert?

—De acuerdo —respondió, y echó a andar por entre el laberinto de cajas y cables eléctricos, conmigo a sus talones. A medio camino se detuvo y dijo, como acabara de recordar algo:

—Esa... cosa que lanzaron contra el equipo es más bien mala. El aspecto... Bueno, prefiero que esté preparado.

—Soy periodista —respondí, pensando que así, si no me mostraba lo horrorizado que él esperaba, Lacau lo adjudicaría al hecho de que estaba acostumbrado a ver horrores. Pero hablé para nada. No tuve ningún problema en expresar mi horror. El aspecto de Evelyn era mucho peor que la primera vez.

Lacau había puesto algo sobre su pecho. Estaba conectado a la tela de araña de cables de encima. Preparé el traductor. No había mucho que pudiera hacer hasta que Evelyn nos diera un punto de inicio, pero lo preparé de todos modos, y la bey me observó



hacerlo, toda ojos. Lacau se puso unos plastiguantes y se inclinó sobre la hamaca para mirar a Evelyn.

—Le di su inyección hace media hora —dijo—. Serán unos cuantos minutos más.

—¿Qué le está dando? —pregunté.

—Dilaudid y morfatos de sulfadina. Es todo lo que había en el equipo de primeros auxilios. Había también unidades IV, pero se rasgaban.

Lo dijo sin emoción, como si no hubiera sufrido el horror de intentar fijar una IV en un brazo que podía cortar la unidad IV en tiras en unos segundos. No parecía sentir ningún miedo hacia ella,

—El dilaudid la deja fría durante aproximadamente una hora, y después de eso se muestra más bien lúcida, pero sufre mucho dolor. Los morfatos son mejores para el dolor, pero la dejan KO tras apenas un par de minutos.

—Si la cosa va a tardar un poco, voy a mostrarle a la bey el traductor —dije—. Si la llevo aparte y se lo explico todo, disminuí—remos las posibilidades de encontrarlo destrozado mañana. ¿De acuerdo?

Asintió, y se inclinó de nuevo para examinar a Evelyn.

Aparté el rostro de la caja, hice un gesto a la bey, y empecé mi explicación. Cada chip, cada tecla, cada circuito. Los saqué todos y dejé que los manoseara, los alzó a la luz, se los metiera en la boca, y finalmente los devolviera al lugar que correspondía con sus propias manilas sucias. A medio proceso se fue de nuevo la electricidad, y durante cinco minutos permanecimos sentados a la débil claridad del atardecer, pero Lacau no hizo ningún movimiento para alzarse o encender la lámpara de fotosene.

—Es el respirador —dijo—. Tengo otro conectado con Borchardt. Sobrecargan el generador. —Deseé que las luces volvieran para poder ver con mayor claridad su rostro. Me sentía más bien dispuesto a creer que el generador se sobrecargaba. El que teníamos en Lisii estaba fuera de servicio la mitad del tiempo sin tener que ocuparse de respiradores, pero estaba seguro de que mentía. Era ese refrigerador de doble puerta cerca de mi jaula el que estaba sobrecargando el generador y haciendo que se apagaran las luces. ¿Y qué había en ese refrigerador? ¿Coca—Colas?

Volieron las luces. Lacau se inclinó sobre Evelyn, y la pequeña bey y yo colocamos de nuevo el último chip en su sitio y pusimos otra vez la tapa del traductor. Le di un viejo cable quemado para que lo conservara, y la bey se fue a un rincón para examinarlo.

—¿Evelyn? —dijo Lacau, y ella murmuró algo.

—Creo que estamos preparados —indicó Lacau—. ¿Qué es lo que quiere que diga?

Le tendí un micro de pinza para que lo sujetara a la malla de plástico que cubría parcialmente su cabeza.

—Refrigerador —señalé, y me di cuenta de que había ido demasiado lejos. Estaba haciendo méritos para volver a la jaula—. Deje que diga lo que quiera para que yo pueda empezar. Su nombre. Cualquier cosa.

—Evie —dijo él, y su voz era sorprendentemente gentil—. Tenemos aquí una máquina que puede ayudarte a hablar. Quiero que digas tu nombre.

Ella dijo algo, pero la máquina no lo captó.

—El micro no está lo bastante cerca —indiqué.

Lacau bajó un poco la malla de plástico, y ella emitió de nuevo el sonido, y esta vez llegó hasta el aparato como estática. Moví diales en busca de un sonido inicial, pero no lo conseguí.

—Tendrá que intentarlo de nuevo. No estoy recibiendo nada —señalé, y pulsé el botón de retención a fin de apoderarme del . sonido y poder trabajar con él; pero seguía siendo ruido, no importaba lo que yo hiciera. Empecé a preguntarme si la bey habría puesto alguna de las conexiones al revés.

—¿Puedes intentarlo de nuevo? —dijo Lacau suavemente—. ¿Evelyn? —Y esta vez se inclinó tanto sobre ella que prácticamente la tocaba. Ruido.

—Algo va mal con el aparato —murmuré.

—Ella no está diciendo «Evelyn» —señaló Lacau.

—¿Qué está diciendo entonces?

Lacau se enderezó y me miró.

—«Mensaje» —dijo.

Las luces se apagaron de nuevo, sólo por unos segundos, y mientras estaban apagadas dije, intentando sonar un tanto impaciente y en absoluto nervioso:

—De acuerdo, trabajaremos entonces con «mensaje». Haga que lo diga de nuevo.

Volvieron las luces, y entonces los indicadores de sintonización del traductor parpadearon, y su voz, sonando ahora como la voz de una mujer, dijo:

—Mensaje. —Y luego—: ...algo que decirle.

Hubo un silencio mortal. Me sorprendió que el aparato no captara también el latir de mi corazón y lo convirtiera en la palabra «atrapado». Las luces volvieron a apagarse y siguieron apagadas. Evelyn empezó a jadear. El jadeo se fue haciendo peor por momentos.

—¿No puede conectar el respirador a unas baterías? —dije.

—No —respondió Lacau—. Tendré que ir a buscar el otro. Sacó una varilla luminosa y la utilizó para prender una lámpara de fotosene. Tomó la lámpara por su base y salió.

Tan pronto como no pude ver las oscilantes sombras a lo largo del pasillo de cajas me dirigí a la hamaca. Casi tropecé con la bey, que estaba sentada a su lado con los pies cruzados, chupando el cable quemado.

—Trae agua —dije.

Se fue.

—Evelyn —murmuré, usando el sonido que estaba produciendo para guiarme hasta ella—. Evelyn, soy yo. Jack. Estuve aquí antes.

Los jadeos se detuvieron en seco, como si estuviese conteniendo la respiración.

—Le entregué el mensaje al sandalman —dije—. En propia mano.

Dijo algo, pero yo estaba demasiado lejos del traductor para captarlo. Sonaba como «luz».

—Se lo entregué de inmediato. Tan pronto como la dejé la otra noche.

Esta vez descifré la palabra. «Bien», dijo, y las luces se encendieron.

—¿Qué decía el mensaje, Evelyn?

—¿Qué mensaje? —preguntó Lacau.

Depositó el respirador al lado de la hamaca. Pude ver por qué no había querido usarlo. Era del tipo que se ponía sobre la tráquea e impedía el habla.

—¿Qué estabas intentando decir, Evie? —preguntó.

—Mensaje —dijo ella—. Sandalman. Bien.

—Lo que dice no tiene ningún sentido —indiqué—. ¿Todavía está bajo los morfatos? Pregúntele algo que sepa que ella va a responder.

—Evelyn —dijo Lacau—. ¿Quién estaba contigo en la Espina?

—Howard. Callender. Borchardt. —Se detuvo un minuto como si estuviera intentando recordar—. La bey.

—Muy bien. No tienes que nombrarme a los demás. Cuando encontrasteis el tesoro, ¿qué hicisteis?

—Aguardar. Enviar a la bey. Esperar al sandalman.

—¿Entraste tú en la tumba? —Ya le había hecho aquellas preguntas antes. Podía decirlo por la forma en que se las hacía, pero en la última pregunta su tono cambió, y yo aguardé a oír también la respuesta.

—No —dijo ella, y la palabra nos llegó absolutamente clara—. Aguardé al sandalman.

—¿Qué intentabas decirme, Evelyn? Ayer. Intentabas decirme algo, y yo no podía comprenderte. Pero ahora tenemos un traductor. ¿Qué intentabas decirme?

¿Qué podía decirle? ¿Que no importaba? ¿Que había hallado a otro para hacer la entrega? Se me ocurrió entonces que ella no debía poder identificarnos separadamente, que sus oídos también estaban llenos de protuberancias, de modo que nuestras voces deformadas debían sonarle idénticas. Eso no era cierto, por supuesto. Supo exactamente quién estaba hablándole hasta el mismo final. Pero en aquellos momentos contuve mi aliento, la mano inmovilizada sobre el botón, pensando que si aguardaba ella podía decirle a Lacau que yo había estado allí antes. Pensando también que si aguardaba ella podría decirme qué había en el mensaje.

—¿Intentabas decirme algo acerca del veneno, Evelyn?

—Demasiado tarde —dijo ella.

Lacau se volvió hacia mí.

—No he captado eso —murmuró—. ¿Qué ha dicho?

—Creo que ha dicho «tesoro».

—Tesoro —dijo ella—. La maldición. —Su respiración se hizo algo más regular. El traductor dejó de captar palabras. Lacau se irguió y dejó que la malla cubriera completamente su cabeza.

—Se ha dormido —dijo—. Nunca aguanta mucho tras los morfatos. —Se volvió en redondo y me miró. La bey había estado aguardando su ocasión. Tomó la botella de Coca de la caja y pasó junto a él. Lacau se volvió y la miró.

—Quizá tenga razón —dijo átonamente—. Quizá sea una maldición.

Yo estaba observando también a la bey, que se había detenido al lado de la hamaca, aguardando a que Evelyn despertara para darle de beber, no más alta que un niño de diez años, aferrando la botella de Coca en una mano y el cable quemado que yo le había dado en la otra. Intenté pensar en cuál sería su efecto cuando el veneno empezara a trabajar sobre ella.

—A veces pienso que casi podría hacerlo —dijo Lacau.

—¿Hacer qué? —pregunté.

—Creo que podría envenenar a la bey del sandalman para salvar el tesoro si supiera qué clase de veneno es. Es una especie de maldición, ¿no cree?, desear algo tan desesperadamente que te sientas dispuesto a matar a alguien por ello.

—Sí —dije. La bey se metió el cable en la boca.

—Desde que vi el tesoro, yo...

Me puse en pie.

—¿Mataría a una indefensa bey por un maldito jarrón azul? —dije furioso—. ¿Cuando conseguirá el tesoro de todos modos? Puede tomar muestras de sangre. Puede demostrar que el equipo fue envenenado. La Comisión le concederá el tesoro.

—La Comisión cerrará el planeta.

—¿Qué diferencia hay en ello?

—Destruirá el tesoro —dijo Lacau, como si hubiera olvidado que yo estaba allí.

—¿De qué está hablando? No permitiré que el sandalman o sus muchachos merodeen cerca del tesoro. Cuidará de que nadie dañe la mercancía. Se tomarán su tiempo, de acuerdo, pero usted obtendrá su tesoro.

—Usted no ha visto el tesoro —dijo Lacau—. Usted... —Alzó las manos en un gesto de desesperación—. Usted no comprende.

—Entonces quizá sea mejor que me muestre ese maravilloso tesoro —dije..

Sus hombros se hundieron.

—De acuerdo —transigió, y todo dentro de mí gritó: Historia.

Me encerró de nuevo en la jaula mientras conectaba otra vez el respirador sobre Borchardt. No le pedí ir con él. Conocía a Borchardt desde hacía casi tanto tiempo como a Howard, aunque no me caía tan bien. No me hubiera gustado verlo así. Era casi mediodía. El sol estaba prácticamente sobre nuestras cabezas y calentaba lo suficiente como para hacer un agujero en el plástico. Lacau regresó al cabo de media hora, con un aspecto peor que nunca.

Se sentó sobre una caja y se llevó las manos a la cabeza.

—Borchardt ha muerto —dijo—. Murió mientras estábamos aquí con Evelyn.

—Déjeme salir de la jaula —pedí.

— Borchardt tenía una teoría sobre los beys —dijo Lacau—. Sobre su curiosidad. Lo consideraba una maldición.

—Maldición —dijo la bey de Evelyn, acurrucada contra la pared.

—Déjeme salir de la jaula —repetí.

—Creía que cuando llegaban los suhundulims, los beys se sentían curiosos hacia ellos y hacia las «serpientes bajo su piel», tan curiosos que ellos los dejaban quedarse. Y los suhundulims los esclavizaron. Borchardt sostenía que los beys fueron un gran pueblo, con una civilización altamente desarrollada, hasta que llegaron los suhundulims y les arrebataron Colchis.

—Déjeme salir de la jaula, Lacau.

Se inclinó y rebuscó en la caja a su lado.

—Esto jamás hubiera podido ser hecho por un suhundulim —dijo, y extrajo algo, derramando burbujas de plástico por todas partes—. Es de hilo de plata, incrustado con cuentas de cerámica tan pequeñas que no pueden verse excepto con un microscopio. Ningún suhundulim podría hacer eso.

—No —admití. No parecía como cuentas engastadas en hilo de plata. Parecía como una nube, una majestuosa nube de tormenta del desierto. Cuando Lacau lo giró hacia la luz que penetraba por el techo de plástico, dio una sombra rosa y lavanda. Era hermoso. , —Un suhundulim puede hacer esto, sin embargo —dijo Lacau, y le dio la vuelta para que yo pudiera ver el otro lado. Estaba aplastado por completo, convertido

en una deprimente masa gris—. Uno de los portadores del sandalman lo dejó caer al sacarlo de la tumba.

Volvió a depositarlo cuidadosamente en su nido de burbujas de plástico y cerró la tapa de la caja. Se alzó y caminó hasta situarse frente a la jaula—. La Comisión cerrará el planeta —dijo—. Aunque podamos librarnos de las manos del sandalman, la Comisión lo cerrará un año, dos años, para tomar una decisión. Quizá más tiempo.

—Déjeme salir —dije.

Se volvió y abrió las dobles puertas del refrigerador, y retrocedió unos pasos para que yo pudiera ver lo que había dentro.

—La electricidad falla constantemente —dijo—. A veces durante días seguidos.

Desde el momento mismo en que había interceptado el mensaje de Lacau, había sabido que aquella era la historia del siglo. Lo había sentido en mis huesos. Y ahí estaba.

Era la estatua de una muchacha. Una niña, quizá doce años. No mayor que eso. Estaba sentada en un bloque de sólida plata batida. Llevaba un vestido blanco y azul con arrastrantes flecos, y estaba inclinada contra la pared lateral del refrigerador, con la mano y el antebrazo planos contra ella y la cabeza reclinada sobre su mano, como si estuviera abrumada por un gran pesar. No podía ver su rostro.

Su pelo negro estaba sujeto con el mismo tipo de hilo de plata que formaba la nube, y en torno a su cuello llevaba un collar de cerámica azul engarzado en plata. Tenía una rodilla ligeramente adelantada, y podía ver su pie calzado en plata. Estaba hecha de cera, tan suave y blanca como la piel, y supe que si de algún modo volvía su pesaroso rostro hacia mí y me miraba, sería el rostro que había estado anhelando ver durante toda mi vida. Me aferré a la tela metálica de la jaula y contuve la respiración.

—La civilización de los beys estaba muy adelantada —dijo Lacau—. Artes, ciencias, embalsamamiento. —Sonrió ante mi ceño fruncido por la incompreensión—. No es una estatua. Es una princesa bey.

»E1 proceso de embalsamamiento convertía los tejidos en cera. —Se inclinó sobre ella—. La tumba estaba en una cueva refrigerada de forma natural, pero tuvimos que bajarla de la Espina. Howard me envió para intentar hallar equipo de control de la temperatura y refrigerantes. Esto es todo lo que pude encontrar. Estaba fuera, en la planta embotelladora. —Alzó el fleco azul y blanco de su larga falda—. No intentamos moverla hasta el último día. Los portadores del sandalman le dieron un golpe contra la puerta de la tumba al sacarla —indicó.

La cera de su pierna estaba aplastada y como desgarrada. Casi la mitad del negro fémur había quedado expuesto.

No era extraño que la primera palabra que me dijera Evelyn fuese «Aprisa». No era extraño que Lacau se hubiera echado a reír cuando le dije que la Comisión mantendría a buen recaudo el tesoro. La investigación tomaría un año o más, y ella seguiría sentada allí con la electricidad yendo y viniendo.

—Tenemos que sacarla del planeta —dije, y mis manos se aferraron a la tela de alambre con tanta fuerza que el cable casi cortó la carne hasta el hueso.

—Sí —dijo Lacau, en un tono que me dio a entender que yo hubiera debido darme cuenta antes.

—El sandalman no permitirá que salga de Colchis —dije—. Teme que la Comisión intentará quitarle el planeta. —Y yo había transmitido una historia acerca de la Comisión, para asustarle aún más—. No lo permitirán. No van a dejar Colchis a un puñado de niños de diez años que se meten cualquier cosa en la boca, no importa quién estuviera aquí primero.

—Lo sé —dijo Lacau.

—Él envenenó al equipo —proseguí, y me volví para mirar a la princesa, a su hermoso rostro que no podía ver, vuelto hacia la pared en algún antiguo pesar. Él había matado al equipo, y cuando volviera del norte con su ejército nos mataría a nosotros. Y destruiría a la princesa—. ¿Dónde está su equipo de transmisión? —pregunté.

—Lo tiene el sandalman.

—Entonces sabe cuándo llegará la nave. Tenemos que sacarla de aquí.

—Sí —dijo Lacau. Soltó el fleco azul y blanco, que cayó sobre los pies de la princesa. Cerró la puerta del refrigerador.

—Déjeme salir de la jaula —dije—. Le ayudaré. Sea lo que sea lo que se proponga hacer, le ayudaré.

Me miró durante un largo minuto, como si estuviera intentando decidir si podía confiar en mí.

—Le dejaré salir —dijo finalmente—. Pero todavía no.

Volvía a ser oscuro antes de que viniera a buscarme de nuevo. Había pasado dos veces por la zona central. La primera tomó una pala del montón de equipo apilado contra las cajas de carga. La segunda abrió de nuevo el refrigerador para tomar un kit de inyecciones para Evelyn, y yo me puse en pie en la jaula y miré a la princesa, con la esperanza de que volviera la cabeza hacia mí. Luego, sentado allí, aguardando a que Lacau terminara de hacer lo que fuera que no confiaba en mí para que le ayudase, me sorprendió ver que el cable de la tela metálica de la jaula no había cortado y aplastado mis manos como si fueran sebo.

Hacía ya una hora que se había hecho oscuro cuando Lacau vino a sacarme. Llevaba con él un rollo de amarillos cables de extensión y la pala. Se inclinó sobre la pila de cajas de cartón dobladas, dejó los cables en el suelo a su lado y abrió la jaula.

—Tenemos que mover el refrigerador —dijo—. Lo pondremos contra la pared del fondo de la tienda para poderlo cargar en la nave tan pronto como aterrice.

Me incliné sobre el rollo de cables y empecé a desliarlos. No le pregunté dónde los había conseguido. Uno de ellos parecía el cable del respirador de Evelyn. Los unimos entre sí, y luego Lacau desenchufó el refrigerador. Mi presa sobre los cables se hizo más fuerte mientras lo hacía, pese a que sabía que iba a volver a conectarlo inmediatamente al cable de extensión y a la corriente y que en su conjunto el proceso no iba a tomar más de treinta segundos. Lo conectó cuidadosamente, como si temiese que las luces fueran a apagarse mientras lo hacía, pero ni siquiera parpadearon.

Su intensidad descendió un poco cuando tomamos el refrigerador entre los dos, pero pesaba menos de lo que yo había esperado. Tan pronto como lo hubimos pasado más allá de la primera hilera de cajas de embalaje, vi lo que había estado haciendo Lacau, al menos durante parte del día. Había trasladado tantas cajas como le había sido posible al lado este de la tienda y las había apilado contra la pared, dejando un paso lo bastante amplio como para pasar por él con el refrigerador, y un espacio para depositarlo contra la pared de la tienda. También había instalado una luz arriba. El cable de extensión no era lo bastante largo, y finalmente tuvimos que dejar el refrigerador a unos pocos metros de la pared de la tienda. Era bastante cerca, de todos modos. Si la nave llegaba a tiempo.

—¿Todavía no está aquí el sandalman? —pregunté. Lacau caminaba rápidamente de vuelta a la zona central, y yo dudé de si debía seguirle. No estaba dispuesto a permitir que me encerrara de nuevo en aquella jaula para que los soldados del sandalman me encontraran. Me quedé donde estaba.

—¿Tiene una grabadora? —preguntó Lacau. Se detuvo y me miró—. ¿Tiene una grabadora?

—No —dije.

—Quiero que grabe el testimonio de Evelyn —indicó—. Lo necesitaremos si es llamada la Comisión.

—No tengo ninguna grabadora —dije.

—No voy a encerrarle de nuevo —me aseguró. Buscó en su bolsillo y me arrojó algo. Era el candado de la jaula—. Si no confía usted en mí, puede dárselo a la bey de Evelyn.

—Hay un mando de grabación en el traductor —dije.

Y fuimos otra vez junto a la hamaca, y entrevistamos a Evelyn, y ésta me dijo que había una maldición, y yo no la creí. Y el sandalman vino.

Lacau parecía despreocuparse de que el sandalman estuviera acampado en la cornisa encima de nosotros.

—He desenroscado todas las bombillas —dijo—, y no pueden ver el interior de esta habitación. Puse una lona en el techo esta tarde. —Se sentó cerca de Evelyn—. Tienen linternas, pero no van a intentar bajar de la cornisa de noche.

—¿Qué ocurrirá cuando salga el sol? —pregunté.

—Creo que la nave está al llegar —dijo—. Conecte la grabadora. Evelyn, tenemos aquí una grabadora. Necesitamos que nos digas lo que ocurrió. ¿Puedes hablar?

—El último día —dijo Evelyn.

—Sí, éste es el último día —admitió Lacau—. La nave estará aquí por la mañana para llevarnos a casa. Te conseguiremos un médico.

—El último día —dijo ella de nuevo—. En la tumba. Cargando a la princesa. Frío.

—¿Cuál fue la última palabra? —preguntó Lacau.

—Sonaba como «frío» —dije.

—Hacía frío en la tumba, ¿verdad, Evie? ¿Es eso lo que quieres decir?

Ella intentó agitar la cabeza.

—Coca —dijo—. Sandalman. Aquí. Debe tener sed. Coca.

—¿El sandalman te dio una Coca? ¿El veneno estaba en la Coca? ¿Es así como envenenó al equipo?

—Sí —dijo ella, y lo pronunció como un suspiro, como si fuera lo que había estado intentando decirnos durante todo el tiempo.

—¿Qué clase de veneno era, Evelyn?

—Sangre.

Lacau se sobresaltó y me miró.

—¿Ha dicho «sangre»?

Agité la cabeza.

—Pregúntele de nuevo —apunté.

—Sangre —dijo Evelyn, ahora muy claro—. Conservadla.

—¿De qué está hablando? —murmuré—. La mordedura de una kheper no puede matarla. Ni siquiera puede ponerla enferma.

—No —dijo Lacau—, pero la cantidad suficiente de veneno de kheper sí puede. Hubiéramos debido ver las similitudes, el reemplazo de la estructura celular, el aspecto

cerúleo. Los antiguos beys utilizaban una destilación concentrada de sangre infectada por khepers para embalsamar. «Cuidado con la maldición de los reyes y las khepers.» ¿Cómo supone que llegó a descubrirlo el sandalman?

Quizá no había tenido que hacerlo, pensé. Quizá había dispuesto del veneno durante todo el tiempo. Quizá sus antepasados, al aterrizar en Colchis, se sintieron tan curiosos como los beys cuyo planeta iban a robar.

—Mostradnos como funciona vuestro proceso de embalsamamiento —pudieron haberles dicho, y luego, cuando vieron los obvios beneficios, dijeron a los más listos de los beys, del mismo modo que el sandalman le había dicho a Howard y a Evelyn y al resto del equipo—: Tomad una Coca. Debéis tener sed.

Pensé en la hermosa princesa, reclinada contra su mano. Y en Evelyn. Y en la bey de Evelyn, sentada frente a la llama de fotosene, ignorante de todo.

—¿Es contagioso? —dije al fin—. ¿Es posible que la sangre de Evelyn sea venenosa también?

Lacau me miró parpadeando, como si no pudiera captar lo que yo le decía.

—Sólo si la bebes, creo —dijo al cabo de un minuto. Miró a Evelyn—. Me pedía que envenenara a la bey —murmuró—. Pero no pude comprenderla. Fue antes de que llegara usted con el traductor.

—Lo hubiera hecho, ¿verdad? —quise saber—. Si hubiera sabido cuál era el veneno, que su sangre era venenosa, ¿hubiera matado a la bey para salvar el tesoro?

No me estaba escuchando. Miraba al techo de la tienda, donde la lona no cubría por completo.

—¿Empieza a haber luz? —preguntó.

—No durante otra hora —respondí.

—No —dijo—. Hubiera hecho casi cualquier cosa por ella. —Su voz estaba tan llena de anhelo que me azaró escucharla—. Pero no eso.

Le administró a Evelyn una segunda inyección y apagó la lámpara. Al cabo de unos minutos dijo:

—Quedan tres kits de inyecciones. Por la mañana le administraré las tres a la vez. —Me pregunté si estaba mirándome del mismo modo que lo había hecho mientras yo estaba en la jaula, si se preguntaba si podía confiar en mí para ayudarle a hacer lo que había que hacer.

—¿Eso la matará? —pregunté.

—Espero que sí —respondió—. No hay ninguna forma en que podamos trasladarla.

—Lo sé —dije, y nos sentamos en la oscuridad durante largo rato.

—Dos días —dijo al final, y su voz estaba llena del mismo anhelo—. El período de incubación era sólo de dos días.

Y seguimos sentados allí sin decir nada, aguardando la salida del sol.

Cuando lo hizo; Lacau me llevó a lo que había sido la habitación de Howard, donde había cortado una ventana con faldón en el plástico de la pared que miraba a la cornisa, y entonces vi lo que había hecho el resto del día, cuando no había estado apilando las cajas para el transporte. Los soldados del sandalman se hallaban alineados en la parte superior de la cornisa. Estaban demasiado lejos para poder ver las serpientes agitándose en sus rostros, pero supe que estaban mirando al domo; y en la arena frente a nosotros, a uno a otro lado, se hallaban los cuerpos.



—¿Cuánto tiempo llevan ahí? —pregunté.

—Los saqué ayer por la tarde. Después de que muriera Borchardt.

—¿Desenterró a Howard? —dije. Howard era el que estaba tendido más cerca de nosotros. Su aspecto no era tan malo como había imaginado. Casi no tenía protuberancias, y aunque su piel mostraba un aspecto cerúleo y blando como la piel de los pómulos de Evelyn, parecía casi igual a como siempre lo había conocido. El sol había hecho aquello. Estaba derriéndose al sol.

—Sí —dijo—. El sandalman sabe que es un veneno, pero el resto de los suhundulims no. Nunca cruzarán esa línea de cadáveres. Temen contagiarse con el virus.

—Él se lo dirá —apunté.

—¿Le creerán? —respondió—. ¿Cruzaría usted esa línea porque alguien le dijera que no se trata de un virus?

—Es una suerte que me dejara en la jaula —murmuré—. No le hubiera ayudado nunca en eso.

Una luz destelló en la cornisa.

—¿Nos están disparando? —dije.

—No —respondió Lacau—. La bey de cabecera del sandalman lleva en su mano algo brillante que refleja la luz del sol.

Era la bey del recinto. Tenía mi tarjeta de prensa y estaba moviéndola hacia un lado y hacia otro para que reflejara la luz solar.

—No estaba ahí antes —dijo Lacau—. El sandalman debe haberla mandado llamar para mostrar a sus soldados que ella no se ha contagiado con el virus, y que por lo tanto ellos tampoco.

—¿Qué? —dije—. ¿Por qué debería haberse contagiado? Creí que era la bey de Evelyn la que estaba con el equipo.

Me miró con el ceño fruncido.

—La bey de Evelyn nunca se acercó a la Espina. Es sólo la sirvienta que el sandalman le regaló a Evelyn. ¿De dónde sacó usted la idea de que era la representante del sandalman? —Su mirada era incrédula—. ¿Cree que el sandalman nos hubiera dejado permanecer cerca de su bey después de haber negociado los días extras? No hubiera confiado en que nosotros no la envenenáramos como él envenenó al equipo. La encerró bajo llave en su recinto antes de partir hacia el norte —dijo amargamente.

—Y Evelyn sabía eso —murmuré—. Ella sabía que el sandalman había ido al norte. Sabía que había dejado atrás a su bey. ¿Verdad que lo sabía?

Lacau no respondió. Estaba contemplando a la bey. El sandalman le ofreció algo, y ella lo tomó. Parecía un cubo. La bey tuvo que sujetar la tarjeta de prensa con la boca para poder coger el cubo con las dos manos. El le dijo algo, y ella echó a andar ladera abajo, derramando líquido del cubo en su avance. El sandalman había dejado a su bey detrás en el recinto, encerrada, pero los guardias habían huido como los guardias del domo, y una bey curiosa puede abrir cualquier cerradura.

—No parece estar enferma, ¿verdad? —dijo amargamente Lacau—. Y nuestra semana ha terminado. El equipo enfermó en sólo dos días.

—Dos —dije—, ¿Sabía Evelyn que el sandalman había dejado atrás a su bey?

—Sí —dijo Lacau, observando la cornisa—. Yo se lo dije.

La pequeña bey había descendido de la cornisa y estaba ahora en la llanura. El sandalman le gritó algo, y ella echó a correr. El cubo golpeaba contra sus piernas, y se derramó más líquido. Tan pronto como alcanzó la línea de cuerpos, se detuvo y miró

hacia atrás, a la cornisa. El sandalman gritó algo de nuevo. Estaba muy lejos, pero la cornisa amplificaba su voz. Pude oírle con toda claridad.

—Derrama —dijo—. Derrama el fuego. —Y la pequeña bey inclinó el cubo y empezó a recorrer la hilera de cadáveres.

—Fotosene —dijo Lacau con voz átona—. La luz del sol lo prenderá.

Una buena parte de él se había derramado del cubo en el descenso, pero nada encima de la bey, por lo que me sentí agradecido. Sólo quedaron unas pocas gotas para arrojarlas encima de Howard. La bey dejó caer el cubo y retrocedió, casi danzando. Al otro extremo de la hilera, la camisa de Callender se incendió. Cerré los ojos.

—Dos malditos días —dijo Lacau. El bigote de Callender era una llama. Borchardt pareció derretirse y luego ardió amarillento, como una vela. Lacau no me vio marcharme de allí.

Seguí los cables eléctricos hasta la habitación de Evelyn, casi corriendo. La bey no estaba allí. Conecté el traductor y eché bruscamente a un lado la cubierta y la miré directamente.

—¿Qué había en el mensaje, Evelyn? —dije.

El sonido de su respiración era tan pesado que nada iba a poder ser interpretado por el traductor. Sus ojos estaban cerrados.

—Ya sabía que el sandalman había ido al norte cuando me envió al recinto, ¿verdad? —El traductor estaba captando mi propia voz y devolviéndomela como un eco—. Sabía que yo estaba mintiendo cuando le dije que había entregado el mensaje al sandalman. Pero no le importaba. Porque el mensaje no era para él. Era para su bey.

Dijo algo. El traductor no pudo hacer nada con ello, pero no importaba. Sabía de qué se trataba.

—Sí —dijo, y sentí un deseo repentino de golpearla, de observar como las protuberancias de sus mejillas se hundían bajo la fuerza de mis manos y se aplastaban contra sus huesos.

—Sabía que ella se llevaría el mensaje a la boca, ¿verdad? Que lo masticaría.

—Sí —dijo, y abrió los ojos. Fuera sonaba un sordo rugir.

—La ha asesinado —dije.

—Tenía que hacerlo. Para salvar el tesoro. Lo siento. La maldición.

—No hay ninguna maldición —dije, crispando las manos contra mis costados para no golpearla—. Eso fue simplemente una historia para retenerme hasta que el veneno empezara a hacer efecto, ¿verdad?

Empezó a toser. La bey apareció bruscamente delante de mí con la botella de Coca. Puso la paja en la boca de Evelyn, alzó la cabeza de la mujer con su mano, y la inclinó suavemente hacia delante para que pudiera beber.

—Hubiera matado incluso a su propia bey si hubiera sido necesario, ¿verdad? —dije—. Por el tesoro. ¡Por el maldito tesoro!

—La maldición —dijo Evelyn.

—La nave está aquí —dijo Lacau—, Pero no lo conseguiremos. Howard es el único que queda. Está enviando de nuevo a la bey abajo con más fotosene.

—Lo conseguiremos —dije, y apagué el traductor. Tomé mi cuchillo y rasgué la pared de la tienda detrás de la hamaca de Evelyn. La bey de Evelyn saltó en pie y avanzó hacia donde yo estaba. La bey del sandalman estaba a medio camino cruzando la llanura, con el cubo. Esta vez avanzaba más lentamente, y no se derramaba ni una gota del fotosene. Arriba, en la cornisa, los soldados del sandalman se inclinaban hacia delante.

—Podemos cargar el tesoro —dije—. Evelyn se ha ocupado de que podamos hacerlo.

La bey se dirigió hacia los cadáveres. Empezó a inclinar el cubo sobre Howard, luego pareció cambiar de opinión y depositó el cubo en el suelo. El sandalman le gritó algo. Volvió a tomar el cubo, fue a derramar su contenido, y cayó de bruces.

—¿Lo ve? —dije—. Era un virus, después de todo.

Arriba hubo un sonido como el tembloroso relajarse de un aliento largo tiempo contenido, y los soldados del sandalman empezaron a retroceder del borde de la cornisa.

Un equipo de carga estaba ya allí antes de que hubiéramos tenido tiempo de abrir por completo la parte de atrás de la tienda. Lacau les señaló las cajas más cercanas, y ellos ni siquiera hicieron preguntas. Se limitaron a cargarlas en la nave. Lacau y yo tomamos el refrigerador, suavemente, suavemente, a fin de no golpear las espinillas de la princesa, y lo llevamos por la arena hasta la compuerta de carga de la nave.

El capitán le echó una mirada y aulló al resto de su tripulación que acudieran a ayudar con la carga.

—Aprisa —dijo detrás de nosotros—. Parece que están montando alguna especie de arma ahí arriba.

Nos apresuramos. Fuimos sacando las cosas por la puerta que habíamos practicado en la parte de atrás, y la tripulación llevó las cajas a través de la arena más rápido que la bey de Evelyn dándole un sorbo de agua en una botella de Coca, y pese a todo no fuimos lo bastante rápidos. Hubo un suave zumbido y un estallido en el techo sobre nuestras cabezas, y el líquido empezó a gotear sobre nosotros a través de la malla de plástico.

—Ha traído un cañón de fotosene —dijo Lacau—. ¿Hemos sacado ya el jarrón azul?

—¿Dónde está la bey de Evelyn? —pregunté, y me dirigí a la habitación de Evelyn. La envoltura de malla encima de la hamaca ya se estaba fundiendo, el fuego la cortaba como un cuchillo. La pequeña bey estaba aplastada contra la pared interior, allá donde la había visto la primera noche, mirando el fuego. La cogí bajo el brazo y eché a correr hacia la zona central.

No podía pasar. Las cajas de embalaje que llenaban la tienda eran un muro de rugientes llamas. Retrocedí a la habitación de Evelyn. Inmediatamente me di cuenta de que tampoco podría salir por aquel lado, y casi al mismo tiempo recordé la raja que había practicado la primera noche en la pared de atrás para entrar.

Aplasté una mano contra la boca de la bey para que no respirara los vapores del plástico que se fundía a nuestro alrededor, contuve el aliento y eché a correr.

Evelyn aún estaba viva.

No podía oír su afanosa respiración por encima del rugir del fuego, pero sí pude ver su pecho alzarse y bajar afanosamente antes de empezar a fundirse. Estaba tendida con el rostro apretado contra el lado de la hamaca que empezaba a desintegrarse, y volvió sus ojos hacia mí cuando me detuve un momento para mirarla, como si me hubiera oído. Las protuberancias de su rostro se habían ensanchado y aplastado, y luego ablandado con el calor, y por un minuto la vi con el aspecto que debió tener cuando Bradstreet la vio y dijo que era hermosa, con el aspecto que debió tener cuando el sandalman le regaló su propia bey. El rostro que volvió hacia mí era el rostro que durante toda mi vida había esperado ver. Y sólo lo vi demasiado tarde.

Se fundió como una vela, y yo me quedé inmóvil allí y la contemplé, y cuando finalmente murió el techo se había derrumbado sobre Lacau y dos miembros de la

tripulación de la nave. Y el jarrón azul se había roto en la última y loca carrera hacia la nave con el resto del tesoro.

Pero salvamos a la princesa. Y yo conseguí mi historia.

Fue la historia del siglo. Al menos eso fue lo que dijo el jefe de Bradstreet cuando lo despedió. Mi jefe me está pidiendo cuarenta columnas diarias. Se las doy.

Hay grandes historias. En ellas Evelyn es la hermosa víctima y Lacau un héroe. Yo también soy un héroe. Después de todo, ayudé a salvar el tesoro. Las historias que transmito no dicen cómo Lacau desenterró a Howard y construyó un fuerte con su cadáver, o cómo conseguí que el equipo de Lisii fuera masacrado. En las historias que transmito sólo hay un villano.

Envié cuarenta columnas diarias por el transmisor, e intenté recomponer el jarrón azul, y en el tiempo que me quedó libre escribí esta historia, que no pienso enviar a ninguna parte. La bey trastea con las luces.

Nuestra cabina posee un sistema de iluminación sensible a las corrientes de aire, de modo que se intensifica o mengua a medida que uno se mueve. La bey no consigue hacerlas oscilar lo suficiente. Ni siquiera se ocupa del jarrón azul o intenta llevarse algún pedazo a la boca.

Incidentalmente, he imaginado ya lo que es realmente el jarrón. Las líneas acanaladas en el cuello de plata con forma de lirio son arañazos. Estoy intentando recomponer una botella de Coca de diez mil años de antigüedad, con su paja incluida. Aquí. Debes estar sedienta. Puede que los beys tuvieran una maravillosa civilización, pero muchos años antes de que los abuelos del sandalman se presentaran en el planeta, ya estaban muy atareados envenenando princesas. La mataron, y ella debió saberlo, y es por eso por lo que reclina tan impotente la cabeza contra su mano. ¿Por qué la mataron? ¿Por un tesoro? ¿Por un planeta? ¿Por una historia? ¿Y nadie intentó salvarla?

Lo primero que me dijo Evelyn fue: «Ayuda.» ¿Qué hubiera ocurrido si se la hubiera prestado? ¿Si hubiera dicho al diablo con la historia y hubiera llamado a Bradstreet, lo hubiera enviado en busca del doctor del equipo en Lisii y hubiera evacuado el resto del equipo? ¿Si, todavía de camino, le hubiera enviado un mensaje al sandalman que dijera: «Puede quedarse con la princesa si nos deja salir del planeta», y luego hubiera conectado a Evelyn a ese respirador traqueal que no le permitiría hablar pero que la hubiera mantenido con vida hasta que pudiéramos meterla dentro de la nave?

Me gusta pensar en qué hubiera hecho si la hubiera conocido con anterioridad, si no hubiera sido, como ella misma dijo, «demasiado tarde». Pero no lo sé. El sandalman, que estaba tan enamorado de ella que le regaló su propia bey, fue a la tumba y le ofreció su veneno en una botella de Coca. Y Lacau la conocía, pero por lo que volvió a la tienda, por lo que murió, no fue por ella, sino por una vasija azul.

—Hay una maldición —digo.

La bey de Evelyn va lentamente de un lado para otro por la habitación, y las luces brillan más y luego disminuyen de intensidad a su paso.

—Todos —dice, y se sienta en la litera. La luz de lectura al extremo de la cama se enciende.

—¿Qué? —digo, y desearía tener a mano el traductor.

—La maldición, todos —dice—. Tú. Yo. Todos. —Cruza sus manos de aspecto sucio sobre su pecho y se tiende en la cama. Las luces se apagan. Es exactamente igual que en los viejos tiempos.

Al cabo de un minuto se cansa de estar a oscuras y se levanta, y yo vuelvo a etiquetar las piezas del rompecabezas del jarrón azul para que un equipo de arqueólogos que todavía no ha resultado muerto a causa de la maldición puedan recomponerlo. Pero debo permanecer sentado en la oscuridad.

—La maldición para todos. —Incluso para el equipo en Lisii. A causa del relé en mi tienda, el sandalman pensó que estaban intentando ayudarme a sacar el tesoro de Colchis. Los enterró vivos en la cueva que estaban excavando. No pudo matar a Bradstreet porque estaba a medio camino de la Espina con la Golondrina averiada, y cuando consiguió arreglarla la Comisión ya había llegado, y fue despedido, y mi jefe lo contrató para que escribiera historias sobre los procesos. Tienen al sandalman retenido en un geodomo como el que él quemó. El resto de los suhundulims acuden como testigos a las audiencias de la Comisión, pero las beys, según Bradstreet, no les prestan la menor atención. Están interesadas sobre todo en las pelucas judiciales de la Comisión. Hasta ahora ya han robado cuatro.

La bey de Evelyn se levanta y luego se deja caer de nuevo en la litera, intentando hacer que las luces parpadeen. No muestra la menor curiosidad hacia la historia que estoy escribiendo, este relato de asesinatos y veneno y otras maldiciones de las que caen víctimas los hombres. Quizá su pueblo ya tuvo suficiente de todo ello en los buenos viejos días. Quizá Borchardt estaba equivocado y los suhundulims no les arrebataron el planeta. Quizá, al minuto mismo de haber aterrizado, los beys les dijeron:

—Aquí está. Tomadlo. Aprisa.

Se ha quedado dormida. Puedo oír su respiración, tranquila y regular. Ella al menos no está bajo la maldición.

La salvé, y salvé también a la princesa, aunque fue un millar de años demasiado tarde. Así que quizá no esté aún enteramente en sus garras. Dentro de unos minutos encenderé la luz y terminaré la historia, y cuando lo haya hecho la guardaré en un lugar seguro. Como una tumba. O un refrigerador.

¿Por qué? ¿Porque, habiendo conseguido esta historia a un precio tan alto, estoy decidido a contarla? ¿O porque la maldición de los reyes flota a todo nuestro alrededor como la tela metálica de una jaula, cuelga sobre nuestras cabezas como una maraña de hilos eléctricos?

—La maldición de los reyes y las khepers —dijo, y mi bey salta de la litera y remueve toda la cabina para darme de beber agua en una botella de Coca que debía llevar ya cuando la traje a bordo, como si yo fuera su nuevo paciente y yaciera bajo una envoltura de malla de plástico, agonizando.

Título original en inglés: *The Curse of Kings*  
Traducción de Domingo Santos

## **Notas preliminares sobre los jang** **Lisa Goldstein**

*Lisa Goldstein quedó finalista en 1984 del premio John W. Campbell al mejor escritor novel. Desde entonces, en poco menos de dos años, ha dejado de ser novel, y sus relatos aparecen en buen número de revistas y antologías. Aquí nos ofrece un curioso relato sobre una gente más bien exótica, en un país completamente vulgar.*

Simón se detuvo ante la puerta, jadeando un poco tras subir los tres pisos por las escaleras y preguntándose si había llegado al lugar adecuado. Comprobó de nuevo el trozo de papel que tenía en la mano: 3460 C, los mismos números y letra que mostraba la cuarteada pintura sobre la mirilla de la puerta. A través de ésta podía oír débilmente el sonido de un instrumento —¿un sitar?—, y el pasillo olía como a jengibre. ¿Cómo era posible que su tutor viviera allí? Se encogió de hombros y llamó con los nudillos. No parecía haber ningún timbre.

La puerta se abrió —el sonido del instrumento se hizo más intenso— y un hombre con un enorme bigote negro se irguió frente a él.

—¿Sí? —dijo el hombre. Una gastada alfombra oriental cubría el suelo del vestíbulo a sus espaldas.

—Yo... lo siento —dijo Simón, retrocediendo unos pasos. El hombre se hallaba de pie demasiado cerca, tuvo la sensación de que estaba violando su espacio personal—. Creo que me he equivocado... Quiero decir, estoy buscando... Supongo que el doctor Glass no vive aquí.

—No, no hay doctores aquí —dijo el hombre. Llevaba unos amplios pantalones verdes y una túnica amarilla. Simón no pudo situar su acento—. ¿Está usted enfermo? —Estudió intensamente a Simón desde debajo de unas cejas intensamente negras. Ojos y cejas tenían el mismo color.

—No, no es un doctor... en medicina —dijo Simón—. No importa. Gracias de todos modos.

—Aquí no hay nadie excepto mi familia —dijo el hombre—. Celebramos una fiesta. Mi esposa, mi segunda esposa, su marido, mis primos y sus hijos, el primo de mi esposa, no tienen ustedes una palabra para ese parentesco en su idioma...

Simón había empezado a trazar diagramas familiares en su mente. El olor a especias empezaba a hacerle sentirse un tanto mareado. Creyó oír pies golpeando el suelo más allá del vestíbulo, el sonido de cascabeles. ¿El *marido* de su segunda esposa?

—¿De dónde... de dónde son ustedes? —preguntó Simón, incapaz de no formular la pregunta. Probablemente acababa de transgredir algo, romper algún tabú, como mínimo irritado a su informador. ¿Su informador? ¿Acaso no se estaba burlando de él? Pero los libros de texto no mencionaban cómo enfrentarse a situaciones como aquella.

—Somos los jang —dijo el hombre. Hizo una cortés inclinación de cabeza y empezó a cerrar la puerta—, Buenos días.

Simón se dio la vuelta, consciente de que acababa de ser despedido. Su mente zumbaba cuando alcanzó la calle.

—¡Doctor Glass! —dijo Simón, entrando en la oficina de su tutor.

—Hola, Simón —dijo el doctor Glass, alzando la vista de su escritorio—. Se perdió usted una buena fiesta el sábado.

—Yo... Mire, intenté hallar la dirección, fui al lugar que usted me indicó...

—¿Lugar? —dijo el doctor Glass—. Siéntese, nunca le había visto tan excitado. ¿Qué quiere decir?

—Fui a su casa —dijo Simón. Sacó el trozo de papel de su bolsillo—. Aquí está..., el 3460, ¿no? Sólo que el tipo que respondió a la puerta...

—Dos cuatro seis cero —dijo el doctor Glass.

—¿Qué?

—Se equivocó de número —dijo el doctor Glass—. Y se perdió una gran fiesta.

—Oh —dijo Simón—, Bueno, escuche. El tipo que respondió a la puerta..., era extranjero, ¿sabe?, dijo que él era..., que su pueblo era..., los jang. Y luego fui a la biblioteca de antropología y busqué un poco, y bueno, no puede encontrar nada sobre ellos. En ninguna parte. Así que pensé..., ¿por qué no hago mi tesis sobre ellos? —Estaba sin aliento cuando terminó.

El doctor Glass le miró divertido, con una ceja ligeramente alzada. Durante el último año Simón había conducido grupos de debate y redactado artículos y colaborado en el trabajo administrativo y efectuado alguna investigación cuando se le pedía, pero no mucho más. Llevaba cuatro años como estudiante graduado, el tiempo suficiente para hallar un tema para su tesis y seguir adelante. Sólo que nada parecía interesarle: todo era o aburrido o ya investigado a fondo por otros. Algunos días se había limitado simplemente a echarlo todo a un lado e irse a la playa.

—¿Cómo sabe que es esto sobre lo que quiere trabajar? —preguntó el doctor Glass—. ¿Qué sabe de esa gente?

Simón suspiró, pasándose una mano sobre su ya alborotado pelo.

—Bueno, su sistema familiar..., su sistema familiar es increíblemente complejo —dijo. La puerta de la oficina se abrió en aquel momento y alzó la vista, agradecido por la interrupción.

—Hola, doctor Glass —dijo Linda, entrando. Linda era otra de las estudiantes del doctor Glass—. Hola, Simón. Te perdiste una gran fiesta el sábado.

—Lo sé —dijo Simón.

—Está bien —dijo el doctor Glass—. Redacte algunas notas y tráigamelas. Le haré saber lo que pienso.

Simón estaba de nuevo de pie delante de la puerta del 3460, con un maletín en la mano y una grabadora a cassettes colgada del hombro. Su corazón latía acelerado cuando llamó. El mismo hombre —parecía tener unos cincuenta años, pensó Simón, atlético para su edad— abrió la puerta. Esta vez el vestíbulo olía intensamente a ajo.

—¿Sí? —dijo el hombre—. ¿Encontró usted a su doctor?

Simón se sorprendió de que el hombre le recordara.

—Mire, me gustaría pedirle un favor. Me gustaría... hacerle unas preguntas. A usted y a su familia.

El hombre no se inmutó.

—Es usted policía, ¿sí? —dijo.

—¡No! —se apresuró a responder Simón—. No, soy..., soy estudiante. De la UCLA. La Universidad Católica de Los Ángeles. —Buscó en su maletín y extrajo su carnet de registro.

—Interesante —dijo fríamente el hombre—. Y si fuera usted policía también tendría uno de esos carnés, ¿sí?

—No, escuche —dijo Simón—. Soy estudiante. Estudio culturas diferentes, gente. Me gustaría saber algo más sobre ustedes. Sobre los jang.

El hombre dudó, luego pareció llegar a una decisión.

—De acuerdo —dijo—. Entre. Pero no hablaremos de nuestros pasados criminales, ¿de acuerdo? —Pareció hacerle un guiño a la débil luz del vestíbulo.

La habitación a la que le condujo el hombre carecía de muebles excepto cuatro o cinco gruesos almohadones dispuestos en semicírculo. Había alfombras cubriendo el viejo suelo de madera y colgando de las paredes, principalmente de color rojo oscuro, negro y amarillo. Sobre la repisa de la chimenea había retratos y amarillentas fotografías de gente de piel muy morena, flanqueados por velas en candelabros de cristal. Simón captó el olor de algo que se estaba cocinando en otro lado del apartamento.

El hombre se sentó en uno de los almohadones y extrajo una pipa de un bolsillo de su pantalón. Simón se sentó a su lado, hundiéndose con dificultad en el almohadón. Fue a conectar su grabadora, pero el hombre le detuvo alzando una mano.

—No —dijo—. Eso no. Creemos que roban nuestras almas.

—De acuerdo —dijo Simón. Tomó un bolígrafo y un bloc de notas de su maletín y escribió: *La grabadora roba las almas*—. Para empezar, ¿cómo se llama usted?

—¿Y usted? —respondió el hombre.

Simón parpadeó.

—¿Qué?

—Es una costumbre entre los jang —explicó el hombre—. Entre nosotros, el desconocido es quien primero da su nombre.

—Oh —dijo Simón—. Simón Montclair.

—A mí me llaman Mustafa —dijo el hombre. Hizo una ligera inclinación, no con la cabeza sino de cintura para arriba.

—¿Y su apellido? —preguntó Simón.

Mustafa se encogió de hombros.

—¿Para qué sirve un apellido en su país? —murmuró—. Smith. Me llamo Mustafa Smith.

Simón alzó bruscamente la vista, pero Mustafa no había sonreído.

—Y el resto de su familia..., ¿también se llama Smith?

—Si usted quiere —dijo Mustafa.

—Pero entre ustedes..., ¿cómo se llaman entre ustedes?

—Oh, ya sabe —dijo Mustafa—. Varía. Depende del país.

—Bien, entonces, ¿qué...? —empezó Simón.

Mustafa le interrumpió:

—Le presentaré al resto de la familia, ¿quiere?

—Por supuesto —dijo Simón. Mustafa dio una palmada. La habitación pareció llenarse de inmediato de gente—. Mi segunda esposa, Francesca. Y su marido, Tibor. Y esos son mis primos, y esas sus hermanas. —Simón no tardó en dejar de intentar buscar sentido a los nombres—. Y mi hija, Clara.



Simón se halló contemplando a una joven de largo pelo negro y profundos ojos negros y piel que parecía seda. Llevaba una blusa bordada y una flotante falda roja, y cadenas con monedas colgaban de sus orejas.

—Hola —dijo débilmente Simón.

—Hola —dijo ella.

Hubo un incómodo silencio. Luego Simón recordó el propósito que le había traído hasta allí y tomó de nuevo su bloc de notas.

—Sus nombres —dijo—. Corresponden a distintas partes del mundo, ¿verdad? Quiero decir, ¿cómo...?

—Tomamos nuestros nombres del país donde hemos nacido —dijo Mustafa. Despidió a la familia con un gesto de su mano. Simón contempló a Clara mientras abandonaba la habitación.

—¿Pero de dónde son ustedes? —preguntó—. Quiero decir, originalmente.

Mustafa se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? —dijo—. Somos un poco de todas partes. Los jang pertenecen a todos los países de la Tierra. Hay jang chinos y jang de Nueva Guinea. Somos viajeros.

La sesión fue larga, y muy satisfactoria para Simón. Hizo tres bosquejos genealógicos antes de acertar y conseguir que Mustafa asintiera aprobadoramente. Aquella gente parecía casarse con todo el mundo y en todas partes, siguiendo los caprichos de su voluntad: en una ocasión Mustafa sorprendió a Simón hablándole de su esposa en España. Simón averiguó que Mustafa había sido tratante de caballos, carpintero, guitarrista. Supo que la fiesta que había interrumpido la semana pasada celebraba el nacimiento de una santa y duró tres días, que Mustafa creía que el rey de Hungría podía curar cualquier enfermedad, que el blanco era el color del luto y el rojo el color del matrimonio.

Al final de la sesión, tras llegar al acuerdo de reunirse de nuevo la próxima semana, Mustafa dijo:

—Ahora va a ir usted a casa y contárselo todo a la policía, ¿sí? —Y esta vez Simón le vio hacer claramente un guiño.

—Voy a ir a casa y a pasar en limpio todo esto —dijo Simón.

—Ah —murmuró Mustafa—. Y luego, ¿qué hará con ello?

—Estoy escribiendo una... una disertación —dijo Simón—. Cuando la termine podré graduarme. Abandonar la universidad. Por fin.

—¿Y luego? —quiso saber Mustafa—, ¿Qué hará usted?

—Buscar trabajo —dijo Simón. Se encogió de hombros—. Seguramente enseñar, en algún lugar.

—Así que esta disertación —dijo Mustafa pensativamente— es importante para usted, ¿sí?

—Oh, sí —dijo fervientemente Simón—, Escuche, ustedes me han salvado la vida. Mustafa sacó su pipa y se reclinó en los almohadones, con aire satisfecho.

—Hola, Linda —dijo Simón, entrando en la oficina del doctor Glass—. ¿Dónde está Glass?

Linda se encogió de hombros.

—No sé —dijo—. Llevo aguardando una hora.

Simón miró los papeles en el escritorio del doctor Glass, se dirigió a la ventana y observó fuera.

—He oído que has encontrado un tema para tu tesis —dijo Linda.

—Oh, sí —admitió Simón. Se echó a reír—. Por fin. —Se volvió hacia ella.

—Suena excitante —admitió Linda—. Imagina, tropezar con una tribu aquí en Los Ángeles. —Linda iba a viajar a Australia aquel verano—, ¿Qué son... gitanos?

—No —dijo Simón. Su reluctancia a revelar sus fuentes de información luchó con su necesidad de contárselo a alguien, y perdió—. Se llaman a sí mismos los jang. Quiere decir El Pueblo, por supuesto. Conocen a los gitanos, han viajado con ellos, pero no consideran a los gitanos parte de El Pueblo.

—Eso suena estupendo —admitió Linda—. Me pregunto cómo nadie ha oído hablar nunca de ellos. ¿Pudiste encontrar algo en la biblioteca?

Simón negó con la cabeza.

—¿Qué dice el doctor Glass? —preguntó Linda—. Oh, fue una lástima que te perdieras su fiesta el sábado. Nos lo pasamos en grande.

—Lo sé —dijo Simón—. No es aconsejable que nadie se pierda la fiesta que da su tutor. Pero me extravié.

—No te preocupes —dijo Linda—. Habrá otras.

—Sigo sin saber donde vive —murmuró Simón.

—La próxima vez iré contigo —se ofreció Linda—. Así no te extraviarás.

—De acuerdo —dijo Simón. Linda le sonrió, y de pronto él se dio cuenta de que, de alguna forma, la idea de que los dos fueran juntos a una fiesta se había vuelto, a los ojos de ella, en algo así como una cita. ¿En dónde me he metido?, pensó. Ella no estaba mal, con el pelo castaño hasta casi los hombros, el rostro demasiado delgado, la barbilla quizá excesivamente puntiaguda. Sin desearlo, el rostro de Clara acudió a su mente.

—Mira, estoy cansada de esperar —dijo Linda—. ¿Quieres que vayamos a Westwood a tomar una taza de café?

—Estupendo —dijo Simón.

En la cafetería, pareció lo más natural del mundo que Simón se ofreciera a pagar los cafés y que Linda aceptara. Los rituales propios del pueblo norteamericano, pensó Simón. Pero cuando sacó su cartera descubrió que no tenía dinero. Recordaba haber sacado veinte dólares en un cajero automático aquella misma mañana, y recordó también el rostro de Mustafa, los ojos brillantes, los blancos dientes exhibidos en una amplia sonrisa.

—Ustedes me robaron —dijo Simón.

—¿Qué? —exclamó Mustafa. Encendió su pipa y se la ofreció a Simón.

Simón la rechazó, demasiado furioso para darse cuenta del significado del ritual.

—Escuche, ustedes me robaron. Cuando vine aquí la semana pasada llevaba un billete de veinte dólares. Y cuando salí había desaparecido. No me gusta eso. Ha de haber confianza entre nosotros, Mustafa.

Sorprendentemente, Mustafa se echó a reír, mostrando unos limpios y blancos dientes.

—Por supuesto —dijo—. Y le diré de qué se trata. Teníamos que averiguar si era usted policía, ¿sí? De modo que Luis, ese chico primo de mi primera mujer, buscó en su cartera. Es difícil, robarle a un hombre la cartera y luego volver a metérsela en el bolsillo

de modo que no sospeche nada. De modo que probablemente Luis pensó que se merecía algo por su trabajo. Así es como funcionan las cosas en su país, ¿no?: el trabajo siempre es recompensado.

—Sí, y el robar dinero es recompensado con la cárcel —dijo Simón, aún furioso.

Mustafa se echó a reír de nuevo.

—Oh, vamos —dijo—. Ahora sabemos que no es usted policía, sabemos que podemos confiar en usted. Seguro que eso vale veinte dólares.

Pese a sí mismo, Simón se echó a reír también. ¿Qué eran veinte dólares, después de todo? Centenares de etnólogos pagan a sus informadores. Y ahora, como decía muy bien Mustafa, esa gente sabía que podía confiar en él. Sólo que tendría que estar atento a su cartera en adelante.

—Le diré qué vamos a hacer —dijo Mustafa—. A cambio de sus veinte dólares, le leeré la palma de su mano. ¿De acuerdo? ¡De acuerdo!

Desconcertado, arrastrado por el entusiasmo de Mustafa, Simón tendió su palma.

—¡Ah! —dijo Mustafa—. Veo..., veo una mujer. Con el pelo caído hasta los hombros, rubio o castaño. Una mujer hermosa. —¿Linda?, pensó Simón. Él nunca hubiera llamado a Linda hermosa—. La conoce, ¿sí? Será importante para usted, muy importante. Le veo abandonar la universidad, usted y ella juntos. Ha terminado usted sus estudios. Y está listo para emprender una nueva vida. —Mustafa alzó los ojos—. Eso es todo lo que puedo ver hoy —dijo—. ¿Le es de alguna utilidad?

Simón se encogió de hombros.

—No lo sé —dijo.

—Quizá le sea útil más tarde —apuntó Mustafa—. Y quizá yo pueda serle útil hoy. Hoy es día de fiesta. Y usted, puesto que ahora es merecedor de nuestra confianza y no es un policía, está invitado a ella. Lo celebraremos.

—¿Día de fiesta? —dijo Simón, empezando a sentirse excitado, sin acabar de creer en su suerte—. ¿Qué se celebra?

—Nuestra santa —dijo Mustafa—. Ana, la madre de todos los jang. Hoy es el aniversario de su nacimiento. —Le ofreció su pipa a Simón, y esta vez Simón la aceptó—. Se quedará a cenar, por supuesto.

Simón tosió.

—Me sentiré honrado —dijo, secándose los ojos. Siguió a Mustafa al comedor.

Simón intentó tomar notas durante la cena, pero su bolígrafo y su bloc de notas le molestaban en todas partes y finalmente lo dejó correr. Todo era delicioso.

—¿Qué es esto? —preguntó, tras observar que los jang hablaban con la boca llena.

—Puerco espín —dijo alguien, uno de los hermanos o primos o maridos.

Simón estuvo a punto de dejar de comer. Y sin embargo, estaba bueno. Todo estaba bueno. Repitió, y lo regó con más vino.

Todo el mundo hablaba en voz alta. Simón creyó oír de nuevo cascabeles, y que alguien estaba bailando, pero cuando miró a su alrededor todo lo que vio fue a gente en torno a la mesa. La habitación iba oscureciéndose poco a poco, la luz de las velas trazaba oscilantes espirales hacia el techo. Su bloc de notas cayó de su regazo al suelo, y se dio cuenta de que se había adormecido durante un minuto. El rostro de Clara resplandeció al otro lado de la mesa y le dirigió una sonrisa.

Luego pareció como si hubieran salido fuera y a los carrmatos pintados de vivos colores que olían a heno. Los caballos (¿Caballos?, pensó Simón. ¿En Los Ángeles? Pero

estaba demasiado cansado para mirar fuera) los llevaron hasta un herboso prado rodeado por altos árboles que se erguían como centinelas. Un arroyo les traía el rumor de sus aguas en la distancia. Los hombres tomaron sus guitarras y empezaron a tocar. Hombres y mujeres bailaron, los pies golpearon el suelo. Los cascabeles sonaron.

Había luna llena. En el espacio vacío encima del prado el cielo parecía como una bandera llena de estrellas. Simón miró primero la luna, luego el rostro de Clara, luego de nuevo la luna. Debería seguir tomando notas, pensó, e hizo un esfuerzo por levantarse.

—Tranquilo —dijo Clara—. Descansa. Todo está bien. —Confió en su voz. La música se entretecía entre sus sueños.

Despertó al día siguiente en su habitación, aunque no recordaba haber vuelto a casa. Dejó escapar un gruñido y se volvió. El bloc de notas estaba abierto al lado de su cama. «Notas preliminares sobre los jang», decía en la primera página, escrito de su puño y letra.

Se sentó cuidadosamente. Notaba la cabeza pesada, como si fuera a caérsele de un momento a otro. Había páginas y páginas de notas, la mayor parte de ellas ilegibles, citando a casi todos los antropólogos que había leído o de los que había oído hablar. «El dios tramposo: ver mitos amerind.», decía una de las notas. Luego unos garabatos, luego «Mircea Eliade», luego página y media más de garabatos, y finalmente lo que parecía decir «ver Jim Henson y sus teleñecos». Frunció el ceño y volvió a leer aquello con ojos entrecerrados, esperando que las palabras le dijeran algo más, pero siguieron sin variación alguna.

Retazos de la noche anterior volvían a él. Recordó haber soñado, recordó que todos ellos habían soñado, que todos habían soñado el mismo sueño. Era el sueño de los orígenes de la tribu, de cómo Ana, la madre de los jang, había desobedecido a su madre la luna y había sido arrojada para vagar eternamente por el mundo.

Su dolor de cabeza había desaparecido. Ahora temblaba de excitación. *Todos ellos habían soñado el mismo sueño. ¿Qué había descubierto?* Aquello era mucho más grande de lo que había creído al principio. Podía convertirse en el próximo Carlos Castañeda, la leyenda del departamento de antropología de la UCLA. Best sellers, ciclos de conferencias, su informe sobre «El inconsciente colectivo de los jang» considerado como un trabajo seminal en el campo... Se alzó con lentitud, organizando mentalmente sus notas.

Soñó con la fiesta en el prado casi cada noche durante aquella semana. Clara estaba allí, inclinada sobre él a la luz de la luna, besándole. A veces era Linda en vez de Clara, y entonces despertaba insatisfecho, sintiendo que le había sido arrebatado algo. Empezó a eludir a Linda, deteniéndose en la oficina del doctor Glass solamente cuando sabía que Linda no iba a estar allí. Ahora visitaba al doctor Glass casi cada día, excitado, incapaz de aguardar a la siguiente sesión con Mustafa, pero no le dijo nada acerca de la fiesta nocturna. Deseaba reservar aquello para más adelante.

Clara, no Mustafa, respondió a su llamada en la siguiente sesión.

—¿Dónde... dónde está su padre? —preguntó Simón.

—No lo sé —dijo Clara.

—Se suponía que teníamos que vernos hoy —dijo Simón, un tanto impaciente—. A las... —consultó su reloj—, a las tres.

Clara se echó a reír.

—¿Y esperaba que él estuviera aquí? —dijo—. No sabe usted mucho acerca de la forma en que consideramos el tiempo.

—Bueno —dijo Simón—, ¿puedo esperarle aquí? O tal vez..., ¿podría responderme usted a algunas preguntas? —No le importaría conocer a Clara un poco

mejor. Y sus respuestas podían darle una cierta perspectiva acerca de las costumbres de las mujeres de la tribu.

Clara se encogió de hombros.

—De acuerdo —dijo.

—Estupendo —se alegró Simón. Ella lo condujo a la habitación de los almohadones, y se sentaron.

Simón tomó su bloc de notas.

—Para empezar... —dijo.

—¿Por qué no utiliza usted una grabadora? —preguntó Clara.

—Yo... —Simón se detuvo, confuso—. Su padre me dijo que ustedes creen que las grabadoras roban sus almas.

—¿Mi padre le dijo eso? —preguntó Clara.

—Aquí está —dijo Simón, mostrándole la página del libro de notas, como si aquello probara algo. ¿Se estaba riendo de él?—. Mi primera anotación: «La grabadora roba las almas.» ¿Quiere decir que no me estaba diciendo la verdad?

Clara se recostó en los almohadones.

—Todo lo que él dice es una mentira —afirmó. Simón se sentó envarado y fue a decir algo, pero ella no había terminado—. Nuestro idioma nativo es muy distinto del de ustedes. Todo lo que decimos debe ser traducido, puesto en sonidos que nos resultan extraños. Lo que sería una pura verdad en mi idioma se convierte en algo incierto y poco claro en el suyo. ¿Lo ve?, no podemos evitar el mentir. Somos exiliados, y todos los exiliados mienten.

¿Qué era lo que le estaba diciendo? ¿Cuántas de sus notas eran falsas? Eligió una pregunta al azar.

—¿Por qué me dijo su padre que la grabadora robaría su alma?

—No lo sé —admitió Clara—. Tendrá que preguntárselo a él.

Simón recorrió nerviosamente las páginas de su bloc.

—«El dios tramposo: ver mitos amerind.» —leyó. Se preguntó que habría querido decir él mismo con aquello—. ¿Dónde aprendieron a hablar inglés? —preguntó, para ganar tiempo—. Lo habla usted muy bien.

—Estuve en la universidad —indicó Clara. Metió sus piernas debajo de su larga falda—. Lo mismo que usted.

—¿La universidad? —preguntó Simón. Clara le miró impasible—. Yo..., bueno, le confieso que me sorprende. Los jang no parecen ser el tipo de gente que mande a sus hijos a la universidad. Especialmente a sus hijas.

—¿Por qué no? —dijo Clara. Simón se echó un poco hacia atrás ante su franca mirada—. Después de todo, son las hijas, las mujeres, las que deben ganarse la vida.

—¿Usted lo hace?

—Oh, por supuesto —dijo Clara—. El status del hombre depende de lo bien que le mantienen sus mujeres. Cuanto más dinero ganan sus esposas, más prestigio posee el hombre. No se espera que los hombres trabajen.

—¿No lo hacen? —preguntó Simón. Se dio cuenta de que sonaba estúpido, no profesional—. Pero Mustafa me dijo... —revisó sus notas—. Mustafa fue tratante de caballos, carpintero, guitarrista.

Clara se echó a reír.

—Es cierto que toca la guitarra —admitió. Luego, dándose cuenta de que se le preguntaba algo más, añadió—: No sé por qué le dijo eso. Tendrá que hablarlo con él.

La sesión fue un poco mejor después de aquello. Clara le habló de las costumbres funerarias, supersticiones, organización de la tribu. Hacia el final, Simón dejó a un lado su bloc de notas y hablaron un poco de la UCLA. Clara incluso había asistido a una clase de iniciación a la antropología con el doctor Glass, e hizo una espléndida imitación suya alzando una ceja y mirando de soslayo a sus estudiantes. Simón se sintió tan encantado con ella que olvidó preguntarle sobre los sueños, sobre lo que había ocurrido realmente en el prado la noche de la fiesta de Ana. Pensó en cómo podía preguntarle sobre los ritos amorosos de los jang sin ofenderla.

Finalmente miró su reloj.

—Se está haciendo tarde —dijo—. Tengo que irme. Escuche, cuando vuelva la semana próxima, ¿podríamos reanudar nuestra charla allá donde la hemos dejado hoy? Tengo aún unas cuantas preguntas que hacerle.

—Por supuesto —dijo Clara—. No veo por qué no. —Le acompañó hasta la puerta—. Buenas noches —dijo, y añadió una frase en su idioma. Le había dicho que significaba: «Que la suerte viaje contigo.»

Camino de su casa. Simón se detuvo en el primer puesto de comidas rápidas y tomó una hamburguesa. Luego fue directamente a su habitación para repasar sus notas. Tenía la sensación de estar iluminado, de que la gente de la calle podía verle radiando una luz interior. Su tesis estaba yendo mucho más lejos de lo que había esperado, y había conocido a una mujer de piel muy morena que parecía gustarle. Quizá era por eso por lo que se había interesado en la antropología, pensó, recordando las tardes enteras pasadas contemplando los ejemplares del *National Geographic* de sus padres. Le gustaba conocer mujeres exóticas.

Media hora más tarde tuvo que detenerse, consciente de que algo estaba mal. Mustafa le había dicho que los jang creían en una vida después de la muerte, pero Clara había mencionado la reencarnación. Mustafa había dicho que los jang no comían ternera, pero Clara le había hablado de una receta de cocina típica que contenía ternera. Mustafa le había hablado de una larga y hermosa ceremonia nupcial, pero Clara le había dicho que dos personas se consideraban casadas si simplemente compartían una comida y una cama.

¿Era posible que existieran dos tipos de costumbres, unas para los hombres y otras para las mujeres? No, imposible con tanta disparidad entre ellas. Su agitación creció más cuando comparó las sesiones con Clara y con Mustafa. Supo que no iba a poder aguardar hasta la semana siguiente. Furioso ahora y un tanto asustado, subió a su coche y condujo hasta el apartamento de Mustafa.

Pudo oír las voces de la discusión incluso mientras subía las escaleras. Eran un hombre y una mujer, gritándose cosas en el extraño idioma de los jang, intercambiándose insultos como truenos. Simón dudó un poco delante de la puerta, pero su irritación superaba cualquier otra cosa, y llamó con fuerza.

La discusión se interrumpió a media frase. Mustafa abrió la puerta, con el rostro enrojecido, las cejas alzadas. Clara estaba de pie tras él en el vestíbulo.

Simón nunca había visto a Mustafa tan furioso. Lo aterró, le hizo desear dar media vuelta y marcharse. Entonces recordó su tesis, su futuro, y apeló a todo su valor para quedarse.

—Me mintieron —dijo a Mustafa.

—¿De veras? —dijo Mustafa. Su voz era peligrosamente contenida.

—La información de usted es totalmente distinta de la de Clara —dijo Simón—. Es como dos culturas diferentes. Uno de los dos me ha mentado.

Bruscamente la expresión de Mustafa cambió.

—Está bien, entre —dijo—. Nuestros invitados no deben permanecer de pie en el umbral. Quizá podamos discutir esto, ¿sí?

Simón les siguió a la habitación de los almohadones. El fuego estaba encendido en la chimenea, y las velas delante de los retratos de la repisa brillaban con su alegre luz amarilla. Clara se sentó y se miró las uñas, como aburrída. En ningún momento le miró a él.

—No nos gustaría engañarle —dijo Mustafa—. Eso que escribe es muy importante para usted, ¿sí?

Simon asintió, demasiado furioso aún para hablar.

—Bien, entonces quizá podamos llegar a un arreglo —dijo alegremente Mustafa—. ¿Podemos calcular su valor en, digamos, mil dólares? ¿Mil dólares por la información correcta, por toda la verdad sobre los jang?

—¿Qué? —dijo débilmente Simón. Tuvo la sensación de haber recibido un golpe bajo. Miró a Clara como buscando apoyo en ella, pero la muchacha no alzó la vista. Al menos, pensó, tenía la decencia de dar la impresión de sentirse violenta.

—Vamos, mil dólares —dijo Mustafa—, No es demasiado. Y su futuro estará asegurado, tendrá su trabajo como enseñante, todo quedará arreglado para usted.

—No sea ridículo —dijo Simón—. No tengo mil dólares. Y además no tengo por qué hacer mi tesis sobre los jang. Hay millones de otros temas, millones de culturas.

—Sí, pero, ¿está dispuesto usted a pasar otros cuatro años esperando una de ellas? —dijo Mustafa. ¿Cómo sabía aquello?, pensó Simón—. ¿Otros cuatro años en la universidad, aguardando un tema de interés? Veamos, seremos razonables. Ochocientos dólares. Dentro de pocos meses llegará el momento en que los jang debamos viajar de nuevo, quizá para cruzar el mar. Piense en sus notas, su trabajo, todo desperdiciado. Podemos terminar nuestras sesiones antes de que nos marchemos, y luego podrá usted enseñar, instalarse en algún sitio, casarse con Linda...

—¿Casarme con Linda? —dijo Simón, impresionado—. ¿Por qué?

Por primera vez Simón vio a Mustafa confuso.

—¿Por qué? Está usted enamorado de ella —dijo Mustafa. Sonaba inseguro.

Simón se echó a reír. Tuvo la sensación de que aquello le daba una ventaja, pero no sabía de qué ventaja se trataba.

—¿Qué le ha dado a usted esa idea?

—Los sueños —dijo repentinamente Clara. Mustafa le dijo algo a la muchacha en el idioma de los jang, pero ella le ignoró—. Los sueños que le insuflamos.

—¿Ustedes me insuflaron sueños? —dijo Simón—. ¿Esos sueños acerca de Linda? ¿Y acerca de Clara?

Clara miró a Simón por primera vez. Simón fue incapaz de traducir su expresión. ¿Sorpresa? ¿Gratitud?

—¿Usted..., usted soñó en Clara? —dijo Mustafa. Era fácil reconocer su expresión, no tan fácil descubrir una explicación para ella. Era derrota.

—Sí, lo hice —dijo Simón—. Ahora, ¿tendrá alguien de ustedes la amabilidad de explicarme qué está sucediendo?

Mustafa guardó silencio.

—Somos los jang —dijo finalmente Clara—. Adoramos a Ahitot, hijo de la luna, hermano de Ana, nuestro hermano. El dios tramposo, lo llamaría usted. Nos dice que desafemos la autoridad y ayudemos a los amantes. Nos enseña a soñar juntos, y

soñamos las historias de la tribu. Como la historia de Ana, que usted soñó con nosotros. Y nos dice que ayudemos a los amantes. Teníamos que ayudarles a usted y a Linda.

—¿A mí... y a Linda? —dijo Simón—. ¿Pero qué les dio la idea de que estábamos enamorados?

—Ahitot nos lo dijo en nuestros sueños —explicó Clara—. Pero luego usted me conoció a mí. Mi padre deseaba conocerle a usted. Le llamó, y usted vino para saber acerca de nosotros. Mi padre deseaba hacer algo de dinero. —Miró acusadora a su padre, como si le estuviera diciendo: ¿Ves hasta dónde nos han llevado tus planes?

—¿Su padre... me llamó? —preguntó Simón.

—Sí —dijo Clara—. Ésa es otra de las cosas que Ahitot nos ha enseñado a hacer. Podemos cambiar la realidad con nuestros sueños.

Aquello era demasiado. Aquello era peor que la conflictiva información que había recibido antes. Estaban riéndose de él, burlándose en su propia cara.

—Pueden olvidarse ahora mismo de todo esto —dijo—. Abandono, ¿entienden? Me vuelvo a casa. No voy a escucharles ni un minuto más. Todo esto es una locura.

—¿No me cree? —dijo Clara. De nuevo le miró impasible, como incapaz de que alguien la contradijera. Sus ojos brillaron a la luz de la chimenea—. ¿Quién cree usted que cambió la dirección en su trozo de papel, de modo que viniera usted aquí y no a casa de su tutor? Fue cambiada porque soñamos en ella.

Simón no podía moverse. Tenía la sensación de que se le pedía que asimilara demasiado, que creyera en demasiadas cosas imposibles a la vez. Mustafa dijo en el silencio que se produjo:

—A mi hija le gustaría compartir una comida con usted.

Clara miró a su padre, horrorizada. Él había querido ponerla nerviosa, eso resultaba claro, pero Simón no comprendía ninguna otra cosa de lo que estaba ocurriendo.

—Una comida y una cama —dijo Mustafa, aclarando.

¿Le había dicho la verdad Clara respecto al significado de compartir una comida y una cama?

—¿Quiere... quiere usted casarse conmigo? —preguntó, y mientras lo preguntaba no le pareció tan absurdo.

Clara miró al fuego.

—Sobre esto precisamente estábamos discutiendo mi padre y yo, cuando llegó usted —dijo—. Es raro, muy raro, que un jang se case con alguien de fuera de la tribu.

Simón pensó en la loca música, la danza a la luz de la luna. Pensó en sus años como estudiante graduado, cuatro años de esterilidad, con muchos más abriéndose ante él. Clara le estaba pidiendo que viviera con los jang, que compartiera sus sueños, viajara con ellos a lejanos países y se implicara con la tribu de una forma imposible para cualquier antropólogo. Caminó hasta la repisa de la chimenea y miró fijamente a Mustafa.

—Lamento si eso le incomoda, señor —dijo Simón. Las llamas consumieron su cuaderno de notas—. Pero me gustaría mucho aceptar el ofrecimiento de su hija.



## **Marie Jennifer Swift**

*La autora de este relato está casada con un filósofo y es profesora en la Universidad de la Comunidad de Berkshire, en Pillsfield, Massachusetts. En él nos ofrece una visión profunda, melancólica y desencantada de un tema que hoy es de gran actualidad: el de las madres sustitutos, y algunas de sus posibles consecuencias.*

Marie Vinci bebió su taza matutina de café de cebada y repasó superficialmente los titulares de las noticias en su terminal. «Un nuevo día tranquilo», dijo, palmeando su redondeado vientre y visualizando el feto que había dentro. Sabía que estaba sano, era hembra, semioriental, semicaucasiano, apenas más largo que su mano, y con el peso aproximado de una hogaza pequeña de pan. Pero tenía que imaginar cómo podían ser sus rasgos, y aunque conocía a los dos padres sólo podía imaginar su rostro como una versión en miniatura del de Lydia: pómulos amplios, ojos almendrados, dulce pero irritable.

—Correo —dijo, y las cabeceras fueron reemplazadas en el terminal por una lista de los artículos que le habían sido enviadas desde la última noche: facturas, publicidad, una corta crítica de su última cinta que llegaba a la conclusión de que su creciente éxito popular era debido a la naturaleza superficial de su trabajo. Arrogante bastardo. Comprobó de nuevo el fichero PERSONAL para asegurarse de que no había nada de Piet, luego limpió la pantalla. Se levantó lentamente, pero con la facilidad de la larga práctica. No debía dejar que los acontecimientos de los últimos meses le impidieran realizar un auténtico trabajo.

Cuando entraba en su estudio sonó el timbre de la puerta. ¿Quién podía ser, tan pronto? Quizá Piet hubiera vuelto... Acudió rápidamente a la llamada, atisbo por la mirilla. Vio a alguien desconocido, una muchachita, todavía una niña: agraciada, bien vestida, negra. Marie abrió la puerta.

La niña sonrió, pero sus ojos eran precavidos.

—Hola —dijo Marie, intentando no mirar demasiado fijamente su rostro en forma de corazón y sus grandes ojos. ¿Había visto a aquella niña en alguna parte?

—Hola, mamá —dijo la niña.

Marie agitó la cabeza.

La niña dejó en el suelo su pequeño maletín de piel.

—Soy Theresa —dijo, como si eso lo explicara todo—. Theresa Jones; por favor, no me llames «Terry». Tengo trece años y soy artista como tú, sólo que poeta en vez de fabricante de SUEÑOS.

De pronto Marie comprendió.

—Tú eres la número uno.

La niña abrió mucho los ojos.

—Sí, ahora te reconozco —le aseguró Marie—. Sólo que nunca pensé en ti... tan mayor. —Invitó a Theresa a entrar a la sala de estar. La niña se sentó en el sofá, las manos dobladas sobre su regazo.

—Mis padres se han ido a Inglaterra para sus vacaciones de invierno, pero no me han querido con ellos.

—¿Así que te han enviado a Seattle?

La niña se inclinó hacia delante y sonrió tímidamente. Marie vio el destello de la estrella de oro, ahora tan de moda, en su incisivo superior derecho.

—Bueno, pensé que yo podía quedarme aquí contigo mientras mamá y papá estaban en ultramar. Sé cocinar y lavar, y tengo ahorrado dinero para pagar por mi comida.

Marie intentó no parecer tan asombrada como realmente lo estaba.

—¿Esa es también la idea de tus padres?

Los dedos de Theresa alisaron unas pequeñas arrugas en su falda midi.

—Bueno, ellos dijeron que debía quedarme con mi abuela en St. Louis, pero le dije a ella que ellos me habían dicho que podía quedarme contigo, y luego utilicé su número de acceso para comprar un billete de avión hasta Seattle.

Marie reprimió una sonrisa. Obviamente no había ningún problema con la inteligencia de la chica, pese a esa afirmación del tocólogo de que podía ser necesaria la aplicación de drogas aceleradoras en el momento de dar a luz para impedir cualquier falta de oxígeno al feto. Pero ella había insistido en un parto totalmente natural, mientras a todo su alrededor las mujeres que estaban dando a luz a sus bebés propios gritaban pidiendo esas drogas.

—¿Y por qué no contactaste *conmigo* antes de presentarte aquí?

—¿No comprendiste mi poema de Navidad?

Marie recordó de pronto el poema que había archivado automáticamente en el fichero de su colección de subrogados, sin leer. Nunca había hecho más que enviar cartas circunstanciales a los padres para asegurarse de que todo iba bien. Todo había ido siempre bien.

—Theresa, ¿no crees que tus padres van a preocuparse mucho cuando descubran que no estás con tu abuela?

Las manos de la niña se cerraron en pequeños y temblorosos puños.

—Pero tú eres mi auténtica madre..., estuve en tu seno. Me llevaste debajo de tu corazón durante nueve meses.

La intensidad de la convicción de la niña era un poco aterradora. Quizá debiera intentar razonar con ella..., ¿no era ésa la mejor forma de enfrentarse a los niños ya un tanto mayores que gustaban de ser tratados como adultos?

—Theresa, cualquiera puede ver que no soy tu madre genética, y tienes que saber ya que desde el minuto siguiente a tu nacimiento no tuve nada que ver con tu cuidado. Lo único que hice fue realizar un servicio profesional a tus padres a cambio de un dinero. —No hizo mención de las pesadillas que la habían asaltado durante los meses siguientes de dar a luz a Theresa. Había soñado que era incesantemente seguida por alguien cuyo rostro no podía ver porque no conseguía reunir el valor suficiente para volver la cabeza.

—Pero yo soy una artista, exactamente igual que tú, y mis padres no son artistas, en absoluto —protestó la niña—. Creen que fracasé en matemáticas porque pasé demasiado tiempo escribiendo poesía, de modo que no han querido volver a saber nada más de ella desde entonces. —Una burbuja de mocos se estaba formando debajo de su nariz.

Marie sintió un hormigueo de simpatía en su estómago mientras pensaba en la espalda de su propia madre, siempre vuelta hacia ella, con los hombros hundidos ante el rectángulo gris de la pantalla mientras procesaba formularios de seguros durante nueve o diez horas diarias y Marie jugaba sin hacer ruido en un rincón. Pero la situación era muy distinta, y ella no tenía ni el tiempo, ni la energía, ni la habilidad para convertirse en la terapeuta de aquella niña.

—Mi madre tampoco podía dedicarme demasiado tiempo porque tenía que trabajar mucho para mantenerme. No comprendí hasta que fui mayor que lo que estaba haciendo era lo mejor para mí. Quizá eso pueda aplicarse también a tu caso. Ahora, ¿qué te parece si dejamos que tus padres sepan dónde estás?

La niña retorció las borlas de su bota izquierda.

—¿No vas a decirles que voy a quedarme contigo?

¡Era testaruda la niña! Marie decidió que tenía que contemporizar, no importaba lo que le disgustaran las personas que intentaban hacerle sentir que les debía algo que realmente no les debía.

—En estos momentos precisamente estoy muy atareada. Tengo que terminar una cinta en cuatro meses, antes de que llegue —se palmeó el abdomen— el número siete.

—Pero ya te dije que podía ayudarte. —Los ojos de la niña estaban húmedos.

—Mira —dijo Marie—, no llores. No te enviaré de vuelta hasta que haya hablado con tus padres. ¿Está mejor así?

Teresa se secó los ojos con un arrugado pañuelo de papel y asintió.

—Pero tienes que comprender que voy a tener que hacer lo que tus padres decidan. No tengo ninguna relación legal contigo.

Marie instaló a Theresa en la habitación que quedaba libre y llamó al número que le dio la niña. No respondió nadie, pero los Jones, los doctores Winfield y Vivian, estaban registrados como ocupantes del apartamento, de modo que Marie tecleó un breve mensaje explicando la situación y lo terminó con un «por favor, pónganse inmediatamente en contacto conmigo a fin de que pueda disponerse en seguida el traslado de la niña a St. Louis». Se preguntó brevemente qué tipo de padres eran en realidad Win y Vivian..., no los había visto desde que se trasladó a Seattle, una semana después de dar a luz a Theresa. Probablemente muy amantes de los niños; bastaba ver los problemas que se habían tomado para conseguir que su hija viniera al mundo.

Cuando se levantaba, la pantalla se iluminó y zumbó con el aviso de una llamada. ¿Los Jones ya?

—Recibido —dijo. Pero era el hermoso rostro de Lydia el que apareció en la pantalla.

—¿Cómo te encuentras esta mañana, querida? —La propia Lydia parecía pálida; los puntos de oro de los implantes en su nariz y en las comisuras de sus ojos resplandecían.

—Muy bien —respondió Marie.

—Y Alicia..., ¿notas algún movimiento?

—Sólo las pataditas habituales, pero no te preocupes..., no me desvela. —De hecho, Marie había permanecido despierta durante más de una hora, pensando en aquella mala crítica en el *Voice*, el mes pasado, en las incesantes preguntas de Lydia acerca de su salud, y en lo que Piet podía estar haciendo.

—Eso está bien. Hay tantas cosas para mantenerte despierta. —Marie estuvo segura de que aquello era una referencia a la ausencia de Piet, que preocupaba a Lydia sobre todo porque la ansiedad de Marie podía estar transmitiéndole hormonas indeseadas al feto—. Ayer conseguí unos maravillosos caquis bien maduros en Pike Place —estaba diciendo Lydia—. ¿Quieres que te traiga algunos esta tarde?

De pronto Marie se dio cuenta de que no deseaba que Lydia supiera nada de Theresa.

—Es muy amable de tu parte, pero voy tan retrasada con mi trabajo...

—Pero tienen tanta vitamina C...

—Tengo más vitamina C de la que necesito con la fruta y la verdura que como regularmente..., ¿recuerdas la dieta que elaboramos juntas? Y demasiada C no es sano. —Marie se permitió hablar secamente. Lydia actuaba como si sus fisgoneos le permitieran en cierto modo compartir el embarazo de Marie.

—¿Empezaremos entonces los ejercicios de respiración el jueves? —Marie asintió—. ¡Oh, será tan excitante ser tu conductora! Te pasaré a recoger a la una y media.

Más bien seré yo tu conductora, pensó Marie, pero intentó sonreír.

—Tráeme algunos caquis entonces. —Su mano pulsó el botón de desconexión. Era evidente que Lydia odiaba el hecho de que Marie pudiera llevar a su hijo a buen término y ella no, puesto que su útero se había visto deformado por un medicamento que había tomado su madre cuando estaba embarazada. Y pensar que hubo un tiempo en que consideró a Lydia como una amiga, además de como una empleadora.

Fue a su estudio antes de ser interrumpida de nuevo, se sentó en su consola principal y estudió el esquema de producción de *El perro muerto*, su actual cinta SUEÑO. Hacía ya tiempo que había grabado el esquema visual: primero el cruzar un parque de la ciudad, luego una atestada calle; un coche que aparece demasiado aprisa para poder evitarlo; tendido flácido junto a la acera; colocado en un hueco y cubierto de tierra que bloquea toda visión. Había grabado también las sensaciones apropiadas para acompañar las imágenes: el espasmódico arañar de las patas contra el pavimento, un chorro de orina, el sabor a helado de vainilla mezclado con el del asfalto, el calor del sol sobre el pelaje, el zumbar de las moscas. El esquema visual iba seguido por la primera secuencia de animación, que ya había creado y grabado: una visión en dibujos animados del cuerpo del perro: su corazón parado, las plaquetas inmovilizadas en las paredes de las arterias, etc. En los últimos segundos, un gusano aparece de pronto por una pared intestinal, un pequeño gusano amistoso que parpadea tímidamente..., y entonces la imagen se disuelve en un torbellino de color. Ahora estaba en la última y más comprometida parte de la cinta: crear una segunda secuencia de animación para representar la descomposición y la trascendencia a nivel molecular, una secuencia que deseaba que fuese no sólo original, sino profunda.

Estaba usando esquemas holográficos de esferas de color, basados en las ilustraciones de los textos de química, haciendo que su disposición cambiara constantemente al ritmo de un acompañamiento musical adecuado (quizá la *Sinfonía del adiós* de Haydn), con una mezcla en la lengua de los cuatro sabores básicos. Ayer había terminado definitivamente la parte visual, y ahora pasó un fragmento para examinarlo. Aparecieron cadenas y trenzas de esferas amarillas, azules, rojas y blancas, uniéndose, entrelazándose, rompiéndose. «El alcanzar y hacer vibrar de forma computerizada las terminaciones nerviosas no puede denominarse auténtico arte en tanto que sólo consiga hallazgos técnicos en el campo de las sensaciones y no busque el auténtico núcleo vital de la experiencia.» Ahora iba a demostrarles.

Se reclinó en el sillón de grabación y conectó delgados hilos negros a los implantes en las comisuras de sus ojos.

—Pasa secuencia dos y grabación visual —le dijo al ordenador, y observó las esferas danzar en el tanque encima del sillón. Tras repetir diez veces el proceso, ordenó que la grabación visual fuera pasada al revés y cerró los ojos. Un puñado de diseminadas esferas apareció en la oscuridad, parpadeantes. Maldición.

Conectó el sistema de montaje y amplificación visual y empezó el tedioso proceso de hacer que todas las esferas fuesen visibles. Tenía que ir con cuidado de no dejarse engañar por su propio conocimiento de lo que se suponía que debía ver: los impulsos nerviosos suficientes para permitirle a ella ver las esferas podían no ser suficientes para alguien que no las estuviera esperando. ¿Debía añadir una voz para aumentar la percepción? Dios, no, nunca un truco tan trillado como aquél.

Mientras trabajaba, empezó a pensar que había algo equivocado en la secuencia..., ¿quizás era demasiado simple? Así que generó variaciones al azar, añadió más colores y los montó, cambió las esferas a cubos y los cubos a pirámides. Nada funcionó, y durante todo el tiempo la número siete estuvo pateando incesantemente tras su ombligo.

Los padres de Theresa, que evidentemente habían ido todo el día de excursión, seguían sin responder al mensaje de Marie a la hora de la cena, de modo que regresó a su estudio. Tecléo un nuevo programa, y observó que sus dedos estaban hinchados, tan abotagados que no podía quitarse el anillo de casada. Más retención de agua. Mi tensión debe haber subido. Pero Piet estará de vuelta cuando todo haya terminado. Él no comprende. Necesitaba este sintetizador visual. Y ya no podía seguir dándoles largas a Lydia y Wyatt; me han ayudado tanto. Además, el número siete es definitivamente el último: dentro de unos meses cumpliré los treinta y cinco, y la ley no me permitirá firmar otro contrato de maternidad sustitua.

Se dio cuenta de que había estado contemplando las resplandecientes líneas de un dodecaedro durante más de veinte minutos. Encontró a Theresa en la sala de estar, mirando a través de las cortinas a la oscura y lluviosa calle de ahí abajo.

—Cuando está claro —dijo Marie—, o al menos cuando el techo de nubes es alto, se pueden ver el Sound y las luces del centro de la ciudad. Pero si una quiere vivir aquí tienen que gustarle los cielos nubosos.

—Oh, a mí me encantan —dijo Theresa—. Son muy poéticos. Todo lo que hay debajo parece tan suave y brumoso.

—Para algunas personas son más bien deprimentes.

—Lo que más odio es el sol brillante, como el de Texas. Tienes que ir siempre con los ojos fruncidos, y todo está excesivamente iluminado. Me gustaría ser una persona mejor, Marie, más crecida.

Marie se sintió tan sorprendida que casi olvidó lo mucho que le irritaba la presencia de la niña.

—¿Por qué, Theresa?

—Porque entonces quizá mis padres me dejaran comer en el comedor con ellos, en vez de en la cocina con el ama de llaves.

Pobre niña rica, pensó Marie. De todos modos, le recordaba incómodamente las muchas noches en que ella había puesto silenciosamente la comida de su madre junto al terminal ante el que estaba trabajando, y luego había cenado sola en la cocina.

—¿Quieres que les diga esto a tus padres?

—¡Quiero quedarme aquí contigo! —Las manos de Theresa estaban de nuevo crispadas.

—¿Tan malo es vivir con tus padres? ¿O es que ellos no encajan con tu imagen de los padres perfectos?

—¡Tú tampoco te preocupas por mí! —Theresa pasó corriendo junto a ella y se encerró en el baño. Marie oyó el sonido del agua al correr, luego sollozos ahogados. De pie ante la puerta cerrada, se dijo a sí misma que aquello era lo mejor, que ahora la niña estaría dispuesta a marcharse, que si hacía un momento estaba furiosa contra Theresa no tenía sentido que ahora se sintiese dolida por su rechazo.

Regresó a su consola. El dodecaedro seguía todavía allí, girando lentamente en el tanque. Qué banal. Se dio cuenta de que había un agudo dolor tras su ojo derecho, y automáticamente alzó la mano para desconectar el cable. No estaba allí.

Parpadeó, frunció el ceño, pero el dolor no desapareció. Ahora podía sentirlo también en la nuca. Se levantó para irse a la cama. Espera un momento. Hinchada y con

dolores de cabeza a medio embarazo. Se sentó de nuevo ante el terminal y tecleó sus archivos médicos. «Preeclampsia, también denominada toxemia: enfermedad del embarazo caracterizada por presión sanguínea alta, aparición de proteína en la orina y retención de líquidos. Si se permite su desarrollo, la placenta termina debilitándose y el niño nacerá prematuramente. Otros síntomas: dolor de cabeza, luces destellantes, náusea...» Marie tomó su esfigmomanómetro y descubrió que su tensión era 150/100. No demasiado lejos del límite de la preeclampsia grave, 160/110, para la que su programa ordenaba descanso en la cama y control constante, preferiblemente en un hospital. Pero decidió quedarse en casa, haciendo bajar por sí misma la tensión. Por todo lo que podía decir según el ordenador, eso era todo lo que un médico podía recetarle por ahora.

Y si se lo decía al tocólogo, éste seguramente se lo comunicaría a Lydia, y entonces tendría que pasar todos los cuatro meses que faltaban para el alumbramiento en la cama, no importaba lo que consiguiera rebajar su presión sanguínea, y probablemente con la propia Lydia leyéndole historias relajantes en su cabecera.

Se fue inmediatamente a la cama, pero permaneció despierta. ¿Qué les había ocurrido a los padres de Theresa? ¿Había sido injusta la forma en que había tratado a la niña? Si Piet estuviese allí..., era tan bueno con los niños. Pero era debido precisamente al niño que llevaba en estos momentos en su seno por lo que no estaba ahora allí.

A la mañana siguiente los Jones aún no habían respondido y casi estuvo a punto de contactar con la policía británica, luego decidió aguardar hasta la tarde. Su tensión había descendido algo en comparación con la noche anterior, pero no mucho. Volvió a la cama, se puso unos auriculares y buscó entre su colección de chips musicales. No sirvió de nada: o los había oído ya un centenar de veces o eran los que había traído Piet, en su mayor parte compositores europeos del siglo XX que sonaban extraños a sus oídos. Si venía a buscarlos, quizá pudiera persuadirle de que volviera. Él había dicho que no podía comprender por qué ella valoraba a Lydia y a su nuevo sintetizador más que a él.

Se quitó los auriculares y devolvió los chips a su caja. Seguro que trabajar en *El perro muerto* haría bajar su tensión más aprisa que aquel tipo de «descanso». Dejó colgar sus piernas a un lado de la cama, buscó sus zapatillas. De hecho, él tenía razón: no era por el nuevo equipo, ni siquiera por Lydia. Era porque su nombre estaba ahora unido al de Noguchi y Díaz, porque alguien deseaba comercializar masivamente sus cintas, porque Hollywood deseaba una animación normal de *Los sueños de la habitación azul*. Todo el mundo tenía ahora los ojos fijos en ella, esperando su primer desliz. Eso es feo, Marie..., ¿no puedes dibujarle algo más bonito a mamá? Pero el embarazo la mantenía unida a los mundanos aquí-y-ahora, al centro. No su propio hijo, todavía no estaba preparada para ello. Con el de alguien distinto era sólo su cuerpo el que cambiaba, pero con el suyo...

El terminal al lado de la cama zumbó suavemente. No eran los padres de Theresa, sino Lydia, haciendo su habitual llamada matutina.

—Todavía estás en la cama... ¿Va todo bien, querida?

—Sólo me siento un poco cansada, así que he preferido quedarme acostada un poco más.

—¿Nada fuera de lo normal?

—No, nada, querida..., y si no te importa, voy a dormir un poco más. —Y Marie cortó la conexión en el momento en que Lydia abría la boca. Inmediatamente la pantalla se puso blanca y zumbó de nuevo.

—¿Señora Vinci? —Finalmente era Vivian Jones, con aspecto preocupado, pero no mucho más mayor que hacía quince años, cuando daba clases en la escuela de arte moderno a la que asistía Marie. Se habían hecho amigas, y cuando Marie supo que Vivian no podía hallar a una madre sustitua adecuada a un precio razonable, se ofreció voluntaria. Recordó el sentido de triunfo que sintió cuando la comadrona puso a la

número uno en sus brazos y ella comprobó que el pequeño cuerpecito estaba completo y perfectamente formado, y sus ojos estaban abiertos y la miraban. En aquel momento había sabido que era capaz de realizar cualquier cosa, lo que fuera—. Lamento tanto lo de Terry —estaba diciendo Vivian—. Win y yo nunca imaginamos que fuera capaz de hacer algo tan irresponsable. —Marie vio entonces que el pelo de Vivian estaba empezando a grisear. y que tenía patas de gallo en las comisuras de sus ojos. Sin embargo no llevaba implantes, observó automáticamente—. Voy a hacer que su tío Steve, de Corvallis, acuda y haga que tome el avión a St. Louis tan pronto como sea posible. Espero que no le haya causado demasiados trastornos.

Marie pensó en su presión sanguínea. Pero el ordenador había dicho que la preeclampsia no era causada por circunstancias psicológicas.

—No, supongo que no.

—¿Y cómo se encuentra usted, Marie? He oído que sus cintas se venden muy bien. Por cierto, ¿éste es el primero suyo?

Marie se dio cuenta de que enrojecía ligeramente.

—No, mi último contrato. En realidad, se trata más bien de un favor a una amiga.

—Oh, lo siento. Vi su anillo de casada y supuse...

—Es cierto que la mayor parte de las madres sustitutas tienen hijos propios. —Las agencias no aceptaban a una mujer sin hijos porque presuponían el peligro de que no pudiera llevar a buen término un embarazo, pero Marie trabajaba por libre.

—Bueno, estoy segura de que proporcionará a esa pareja tanta felicidad como la que nos proporcionó a nosotros. —Marie no pudo ver sarcasmo en el rostro de Vivian, pero recordó cómo nunca había podido deducir, de las clases de Vivian, cuáles eran los artistas que realmente le gustaban. Se oyó a sí misma preguntar:

—Hum, Theresa me habló algo acerca de tener que comer en la cocina.

Vivian frunció el ceño, desvió la mirada. Tras ella había la repisa de una chimenea, con el brillante bronce de un reloj de aniversario en su centro.

—Sólo cuando tenemos invitados o en las ocasiones en que Win y yo tenemos que hablar a solas. Pero sí, sabemos que Terry tiene problemas. Ha estado viendo al consejero de su escuela, pero evidentemente esto no la ha ayudado mucho. Tan pronto como esté de vuelta en St. Louis haré que su abuela la lleve al mejor especialista de allí.

La perfecta e intachable respuesta del padre preocupado, pensó Marie. Pero fuera o no asunto suyo, quería saber lo que sentía ella hacia su hija.

—Theresa parece una niña muy solitaria.

—Los inicios de la adolescencia son siempre una época difícil.

Parecía que Vivian no estaba dispuesta a compartir su conocimiento de los «problemas» de Theresa. En realidad, sólo había otra pregunta que Marie creyera que podía hacer:

—Theresa se quejó de que no prestaban ustedes atención a su poesía.

Vivian dejó escapar una risita, un sonido como burbujeante agua fría.

—Nuestra Terry prefiere las cosas que le entran más fácilmente. Decidimos no alentar sus fantasías y sus huidas verbales hasta que se aplicara como corresponde a las matemáticas.

Así que Vivian no encajaba con el ideal personal de Marie de la maternidad..., pero había sobrevivido a cosas peores que aquella.

—Me temo que será mejor que llame a Steven. Adiós, Marie. —Vivian cortó la conexión con una breve sonrisa. Marie no tuvo oportunidad de decir otra palabra. ¿Qué otra cosa podía hacer, de todos modos, excepto devolver a la niña?

Hubo una ligera llamada en la puerta del dormitorio.

—Entra, Theresa. —¿Habría oído algo la niña?

El fruncido ceño de Theresa era una versión algo más joven del de Vivian.

—¿Llamaron mis padres?

—Tu madre.

—¿Estaba enfadada?

—No lo creo, pero tampoco parecía feliz. —Marie cruzó las manos sobre su abdomen—. ¿Qué ocurre cuando tus padres se enfadan contigo?

—Tengo que quedarme en mi habitación. Y si están realmente furiosos, tengo que ver al señor Vandenberg, mi consejero.

—¿Qué opina él de la forma en que te tratan tus padres?

—Oh, él cree que está bien. ¿Sabes?, nunca le he hablado de ti..., mis padres quieren mantenerlo en secreto.

Marie estaba luchando con el tinturen de su bata, anudándolo en un gigantesco cordón umbilical rosa.

—Theresa, lo que realmente querría saber es si crees que tus padres te tratan mal.

La niña se sentó a los pies de Marie.

—Simplemente no me comprenden. —Peinó la moqueta con los dedos—. Creo que se debe a que yo tengo una naturaleza creativa como tú, mientras que ellos sólo se preocupan de las matemáticas y de sacar el curso.

Marie dejó caer el nudo del cinturón, lo contempló desenrollarse.

—Como te dije, no tengo ninguna relación legal contigo. Si te conservara aquí conmigo, tus padres podrían hacerme arrestar. —Se puso en pie—. Tu madre va a enviar a tu tío Steve para que te meta en un avión tan pronto como sea posible.

Theresa seguía peinando la moqueta.

—Pero sólo es porque ellos te obligan a enviarme de vuelta, ¿verdad?

—Estoy empezando a pensar que tu madre tenía razón cuando dijo que vives en un mundo de fantasía.

La niña alzó los ojos.

—¿Pero no es eso precisamente el arte?

—No. El arte debe guiarte de vuelta a la realidad.

—Entonces debo suponer que no me quieres.

Marie se dirigió a la puerta, apoyó una mano en el picaporte.

—Theresa, no voy a dejar que juegues conmigo.

La niña guardó silencio durante un largo momento, y Marie temió que fuera a echarse a llorar. En vez de ello, se puso en pie.

—¿Conoces a un tipo llamado Piet?

—Sí, es mi esposo. Ahora..., ahora está de viaje.

—Quiere que le llames. Vi el mensaje en tu correo electrónico.



Marie se dirigió a su estudio. Era mediodía, y probablemente Piet estaría en aquel pequeño restaurante vietnamita de Queen Anne Hill. El propietario la reconoció y, antes de que ella pudiera decir nada, hizo acudir a Piet al teléfono. Una ventana a sus espaldas hacía que la recepción de su imagen fuese mala: todo lo que podía ver de él era sus anchos hombros y su cabeza recortada contra un cuadrado brillante de luz.

—Marie.

Sólo oír su voz hizo que su rostro se encendiera.

—¿Querías algo de mí?

—Únicamente quería saber si te encontrabas bien.

La respuesta de Marie fue más seca de lo que hubiera deseado.

—Por supuesto que estoy bien. —No deseaba que su hipertensión le hiciera volver; quería que volviera por su propia voluntad.

—Estupendo. —¿Era irónico su tono?

—¿Y tú, cómo estás?

—Oh, como siempre, más o menos; pintura en el pelo, trozos de arcilla pegados al techo.

Marie dijo lo que de pronto creyó que debía decir:

—Querido, todo esto es ridículo. ¿Por qué no vuelves a casa?

Sus hombros se movieron y ella aumento el contraste de luz de la pantalla, pero siguió sin poder captar su expresión.

—Cuando admitas lo poco considerado que resulta todo esto hacia mí...

Marie se impacientó.

—Es mi útero, no el tuyo.

—Sí, pero a veces me pregunto si no serás una adicta a ese asunto de tener hijos de los demás...

—Eso es una maldita mentira... —Su mano golpeó el botón de desconexión. No, se dijo a sí misma, ese terapeuta garantizó que estaba curada hace tres años. De otro modo no me hubiera casado contigo, y tú no hubieras tenido que saber nada respecto a algo que estaba en el pasado. Pero él lo había sospechado, pensó, sabe la idiota enclenque que soy, que no podré resistir otro embarazo para otros. Se dio cuenta de que su rostro estaba húmedo de lágrimas. Al diablo con ello.

Decidió no tomarse la presión sanguínea en aquel momento; estaba segura de que sería atípicamente alta. En vez de ello se dejó caer en su sillón, se conectó y se puso a trabajar en *El perro muerto*. Pero ni siquiera las primeras partes ya completadas la satisfacían ahora. Había algunos problemas técnicos: los olores que captaba el olfato del perro —orina, asfalto, helado de vainilla— no eran lo bastante sugerentes, y el trotar sobre cuatro patas poseía un ritmo sincopado que no era natural..., probablemente un eco de la realimentación. Pero eso no era todo. Había pretendido hacer una afirmación sobre la muerte que fuese honrada pero optimista. Pero quizá no importara que las moléculas de tu cuerpo crecieran en forma de flores..., algo que no era átomos se había perdido, y nunca podría ser reemplazado. Pensó en su padre, muerto antes de que ella naciera.

Se obligó a sí misma a concentrarse en rectificar el movimiento de las piernas del perro. Pero después de cenar, cuando se tomó finalmente la tensión, no era inferior que la otra noche: de hecho, la diástole había subido cinco puntos. Sabía que no podía dejar el asunto más tiempo de lado, que tenía que llamar esta misma noche al número de urgencias del tocólogo, pero primero descansaría unos minutos, porque estaba demasiado cansada para pensar.

Más tarde no estuvo segura de si se había quedado dormida o no. Mientras flotaba en ese estado de semiconsciencia justo antes del sueño, había algo allí que tenía que encontrar, no sabía el qué, pero que la retenía, impidiéndole acabar de dormirse.

Alguien con grandes nudillos estaba golpeando fuertemente la puerta de su dormitorio. Se sentó demasiado bruscamente en la cama, sintió un tirón en el costado al tensar demasiado sus abdominales, buscó a tientas la lámpara de la mesilla de noche, se dio cuenta de que estaba encendida.

—Soy Steven Jones, señora —dijo una voz masculina, desconocida; y luego oyó a Theresa: —Tío Steve dice que tengo que volver con él a St. Louis.

—Buen Dios, ¿qué hora es? —Pero el terminal en la cabecera de su cama se lo dijo: las 12:02 AM. Se puso una bata.

Steven Jones era alto, de piel muy oscura, con grandes articulaciones y unos ojos cansados. Dijo que lo mejor que podían hacer era poner a Theresa en el vuelo de las cinco de la madrugada. Él estaba estudiando en la universidad del Estado de Oregón, y el jueves debía pasar sus exámenes preliminares, de modo que tenía que regresar a Corvallis tan pronto como le fuera posible. Theresa parecía estar encariñada con él, pero no parecía dispuesta a marcharse.

—Estoy cuidando de Marie, ¿entiendes? Va a tener un niño, otro bebé subrogado.

Su tío parecía azarado, pero Marie asintió. Luego se halló de pronto abrazada por dos bracitos morenos.

—Tengo que cuidar mucho de ella porque su esposo está fuera de viaje y no hay aquí nadie más para ayudarla. —Marie sintió formarse humedad bajo sus nalgas, empapando la parte de atrás de su bata. Entonces se dio cuenta de qué era lo que le había impedido realmente dormirse.

—Theresa —dijo—, vas a tener que marcharte con tu tío Steve. Creo que voy a tener muy pronto a ese bebé. —Empezó a contar la duración de las contracciones... si eran de cuarenta segundos o más, el parto no podría ser detenido y el feto nacería dieciséis semanas prematuro.

Steve parecía asustado, pero Theresa siguió abrazada a Marie.

—Es una niña, ¿verdad, Marie?

Sí, pero si nace ahora, puede que sea demasiado pequeña para sobrevivir por sí misma. —Bien, ya lo había dicho. Los otros guardaron silencio. Theresa la apretó más fuerte.

—Señora —dijo finalmente Steve—, si quiere, puedo llevarla al hospital..., seguramente tan aprisa como una ambulancia y mucho más barato.

—Gracias. Theresa, ¿por qué no vas a buscar tu maleta mientras me visto?

Cuando se levantó de la silla, había un pequeño charco en el vinilo.

Mientras se cambiaba a un blusón y unos pantalones ensanchables, calculó el tiempo de sus contracciones a través del reloj del terminal de su cabecera..., sí, duraban ya más de cuarenta segundos. ¿Cómo podía haberse iniciado tan pronto el parto? Su presión sanguínea había sido normal... ¿hacía apenas diez días? Envío un mensaje al doctor Kouska, y luego, obligándose a teclear los números, llamó a Lydia. Respondió inmediatamente.

—Esta noche no podía dormir, Marie. Sabía que algo no iba bien. Así que me quedé sentada en la salita e intenté enviar todas mis fuerzas a mi hija.

Marie se sintió incapaz de enfrentarse a los ojos de Lydia.

—Creo que el parto ha empezado. He roto aguas, y las contracciones son de unos cuarenta segundos y cada vez más frecuentes. Sospecho que voy a tener que ir al hospital.

Lydia parecía ansiosa, pero no sorprendida.

—Tengo preparada una canastilla completa.

Steve apareció junto a Marie mientras ésta bajaba las escaleras en dirección al coche del hombre.

—Discúlpeme, sé que esto no es asunto mío —dijo el tío de Theresa—, pero, ¿ha tenido usted ya más de un niño de otras parejas?

—Sí. —Se dio cuenta de que no sentía deseos de dar la cifra de siete.

—Lo que me preguntaba es cómo alguien puede pasar por esto de una forma tan repetida. No quiero decir que sea malo ni bueno, pero ¿no se pregunta usted a veces qué estarán haciendo esos chicos, si se encuentran bien o tienen problemas, no sé, todas esas cosas?

—No son hijos míos.

Hacía humedad fuera, con la típica llovizna de Seattle: finas gotitas de agua parecían permanecer suspendidas en el aire. Marie se dejó caer en el asiento de atrás y observó las negras cabezas de Steve y Theresa y más allá de ellas el parabrisas manchado por la lluvia y las luces de la calle de la Avenida de la Universidad lanzando sus destellos sobre ellas, una tras otra.

Steve condujo bien, aunque no dejó de hablar acerca de los árboles y de cómo el oxígeno que producían impedía que el mundo se asfixiara. Su suave voz y el regular tensarse del anillo de músculos en torno a su abdomen la calmaron un tanto, de modo que sus preocupaciones perdieron fuerza emocional. El feto podía morir. Podía sufrir serios daños. Lydia y Wyatt podían negarse a pagar. Podían dejar de dar salida a sus cintas. Era culpa de Lydia: la había atormentado constantemente, era probable que fuera suya la causa de su subida de tensión, había asustado tanto a Piet que le había hecho marcharse. Era mejor dar a luz ahora, terminar de una vez por todas. Ni siquiera se le ocurrió que si tenían que practicarle una cesárea, eso quedaría para siempre como una mancha en sus antecedentes.

De pronto hubo una ligera sacudida y se detuvieron. Se irguió en su asiento, vio a un enfermero avanzando hacia el coche con una camilla.

—No, puedo andar. Es sólo un parto prematuro. Gracias, Steve. Adiós, Theresa.

La niña puso algo en su mano, un trozo de papel doblado varias veces.

—Es un poema—murmuró—. Adiós, Marie. Espero que la pequeña esté bien.

Lydia estaba ya allí, y permaneció todo el rato al lado del doctor Kouska mientras éste examinaba a Marie.

—No hay forma de detener el parto —dijo el doctor—, ya está tres centímetros y medio dilatada. Pero el corazón del feto parece fuerte.

—¿Cómo puede haberse producido todo tan rápido? —preguntó Mane—. Nunca me había ocurrido antes.

El hombre apoyó una gran mano sobre su hombro.

—Una rápida escalada de la hipertensión no es nada raro entre las madres sustitutas, especialmente las múltiparas.

Dejó a Marie en manos de una enfermera-comadrona para que la preparara. Mientras la comadrona le limpiaba el perineo, alzó la vista por entre sus rodillas cubiertas por la sábana y preguntó:

—Marie Vinci..., ¿no es usted la autora de *El baile de la zanahoria y el plátano*?  
—Marie observó los puntos dorados de los implantes sobre su nariz y al lado de sus ojos.

—Claro que lo es —dijo Lydia—. Tiene usted ahí a una paciente distinguida.

Ya, pensó Marie: tener a una artista de fama reconocida como tu madre sustituía te proporciona auténtica distinción.

—Me lo pasé en grande con aquella parte, hacia la mitad, en que los pasteles de la pastelería unen sus manos y empiezan a bailar en círculo a la luz de la luna —dijo la comadrona—. ¿Quiere llenar esto, por favor? —Puso un frasco para recoger muestras de orina en su mano. Mientras Marie se dirigía al baño, le dijo a Lydia—: También tengo todas las cintas de *Eros desencadenado*, de Nikki St. Ives.

Mientras Marie tiraba de la cadena, se dio cuenta de que tenía un trozo de papel en la mano, empapado de sudor. Lo arrojó a la taza, y mientras se hundía en el torbellino del agua recordó repentinamente que era el poema de Theresa. Intentó recuperarlo, pero el agua ya se lo había llevado.

Mientras la comadrona palpaba su abdomen para determinar la posición del feto, Marie dijo a Lydia:

—Todo ha sido tan repentino. Mi tensión era normal la semana pasada. —No la noche pasada, sin embargo. Pero no podía decir eso en voz alta, todavía no. Pero debería hacerlo pronto, o estaría actuando como alguien que ha hecho algo malo.

—Yo también creía que todos mis embarazos eran perfectos —dijo Lydia—, hasta que invariablemente abortaba al tercer mes. —Miró a Marie con una débil sonrisa. ¿Quizá se sintiera un poco complacida de saber que el aparato reproductivo de Marie también era imperfecto?

—Occipital izquierdo anterior, perfecto —dijo la comadrona. Pero su voz, ¿no era un tanto llana?—. Y ahora bloquearemos ese dolor. —Empezó a conectar terminales a los implantes a lo largo de la parte inferior de la espina dorsal de Marie. Ésta suspiró, aliviada; aunque todavía podía sentir la presión de las oleadas de contracciones, todo su mordiente había desaparecido—. Bien, vamos a llevarla a la Habitación Rosa para el resto del parto.

La Habitación Rosa era efectivamente rosa, con paredes rosas, una colcha rosa de satén en la cama de tubo de latón, y cortinas suizas de lunares enmarcando un holograma móvil del monte Rainier visto desde el Sendero del Paraíso. Las flores se agitaban en la brisa, y los brillantes rayos del sol inundaban el azul del cielo.

—Creía que podían coordinar ustedes la hora del día y la estación con el mundo real —dijo Lydia.

—La primavera es más alegre —indicó la comadrona—. Siempre es primavera en esta habitación. —Tanteó la vagina de Marie con dedos enguantados—. Ya ha dilatado cuatro y medio, las cosas van bien. Pero está usted tensa y no respira según la secuencia. Si quiere usted ayudar un poco, señora, yo...

—Considéreme su ayudante —dijo firmemente Lydia.

Cuando la comadrona se hubo ido, Marie dijo:

—Pero nosotras nunca hemos practicado juntas. —Era consciente de lo afanosa e irregular que era su respiración. Aquél iba a ser un mal parto, no la culminación consumadamente profesional que había esperado. Tenía que controlarse, pero no podía impedir que las lágrimas resbalaran por sus mejillas.

Lydia había apilado las almohadas en la cama y se había sentado en ellas, muy erguida.

—Marie, ven a sentarte frente a mí, y respiraremos juntas. He estado practicando en casa con Wyatt.

Aficionados, pensó Marie, pero se subió a la cama y se sentó, de espaldas a Lydia, sin tocarla. Lydia apoyó las manos en el abdomen en forma de melón de Marie. El monitor fetal ronroneaba tranquilizadamente tras las cortinas.

—Ahora tienes una contracción, ¿verdad, querida? —Marie asintió, notando las lágrimas pegajosas en sus mejillas—. Recuerda, expulsa el aire lentamente, lentamente. Bien, ahora una suave inspiración para relajarte..., maravilloso. Claro que no tengo que decírtelo. —El pecho de Lydia se agitó en una risita silenciosa contra la espalda de Marie. Su cuerpo exhalaba un débil aroma a perfume caro, y Marie fue agudamente consciente del sudor que empapaba todo su cuerpo. Siempre había podido tomar una ducha antes. ¿Le estaba ocurriendo realmente todo aquello a ella? Las manos de Lydia eran cálidas sobre su vientre.

—Eso es: dentro, fuera, dentro, fuera.

Ahora estaba en un período entre contracciones.

—Lydia, tengo que decirte algo.

—¿Sí, querida?

—Si algo va mal con el bebé, quiero decir, si...

—Comprendo.

—Creo que puedo... —No pudo obligar a las palabras a cruzar el nudo que se había formado en su garganta.

—Presta atención a tu cuerpo, Marie, no a tu cabeza. Dentro. Fuera.

—Eres tan buena conmigo.

—Gracias. Dentro. Fuera.

—Quiero decir que me tomé la tensión la otra noche y era alta, y me fui a la cama pero no llamé al médico... —La presión era tan fuerte en su abdomen que tuvo que interrumpirse y exhalar el aliento como correspondía.

—No envares los hombros..., así está mejor. Ahora fuera, suavemente.

—Intenté quedarme en la cama, de veras que lo intenté, te lo juro, pero no dejaron de interrumpirme. Quise relajarme, pero no me dejaron.

—Realmente ahora no estás relajada..., ya hablaremos de esto más adelante, Marie. Ahora todo lo que quiero es que respires como corresponde.

—¿Pero no estás enfadada conmigo?

—No quiero que mi bebé tenga una madre tensa, Marie. Oh, ésta ha sido una buena respiración.

Marie sintió repentinamente frío en las piernas.

—Ya estoy en transición. —Encajó la mandíbula contra el frío y una breve oleada de náusea. Podía sentir la cabeza del feto, redonda y sólida como un pomelo, apretando hacia abajo contra su ano. No parecía más pequeña que la de los demás.

—Recuerda, ahora respiraremos más pausadamente —dijo Lydia. enérgica.

Un momento más tarde el doctor Kouska y la comadrona estaban allí, instalándola en la mesa de partos, llevándola hacia la sala de partos de alto riesgo. Tuvo una breve impresión de acero inoxidable y de luces brillantes, pero podía sentir el feto moviéndose hacia abajo en su vagina y no había ninguna otra cosa en el mundo excepto la necesidad de empujar.

—Está coronando —dijo alguien—. Respire fuerte.

—¡Ah! —dijo un coro de voces. Marie vio un cuerpo rojo oscuro, pequeño, en las manos del doctor. Flácido como una muñeca de trapo, respiraba con rápidos gruñidos,

y su pecho parecía hundirse después de cada esfuerzo. Marie vio que no era realmente un bebé humano, sólo una hábil pero imperfecta imitación. Cuando el doctor se lo tendió para que ella lo tocara, agitó negativamente la cabeza. No la molestó oír el murmullo de los catéteres y del oxígeno. La única vez que sintió algo fue cuando la comadrona empujó firmemente sobre su abdomen al tiempo que tiraba del cordón umbilical..., estuvo segura de sentir un agudo y seco dolor cuando la placenta se desprendió de las paredes de su útero. Pero con los implantes, el dolor tenía que ser imaginario.

Durmió durante largo tiempo.

Cuando despertó, no supo dónde estaba. Pero todo su cuerpo permanecía relajado con la tranquilidad de un cansancio exquisito, y parecía flotar en la cama antes que yacer en ella. Nada la preocupaba. Así es como siempre he deseado, pensó. Pero cuando finalmente abrió los ojos, se halló en un tipo de dormitorio curiosamente impersonal. ¿Qué hago en un motel? ¿Y dónde está Piet? Entonces vio la hilera de conexiones de acero inoxidable en la pared, encima de su cabeza, y recordó.

¿Estaba vivo todavía aquel diminuto bebé rojizo, el número siete? ¿Y qué pensaba Lydia de ella? Era notable lo bien que había ayudado a Marie en el parto. Oh, no, recordó, le dije que no llamé inmediatamente al médico. Dios mío. Bueno, no creo que me demande y gane, aunque lo intente. Vaya lío que he organizado con todo este asunto. Sólo espero que el feto, quiero decir el bebé, esté bien; luego que me dejen sola y pueda olvidar.

La ventana al lado de su cama era falsa, como la ventana de la sala de partos, sólo que en vez del monte Rainier ésta tenía un holograma del Sound. En los edificios a lo largo de la orilla parecían agitarse pequeñas banderas a la brisa, pero el cielo no podía estar tan limpio a mediados de invierno. Oyó el picaporte, lo vio girar, y alguien empujó la puerta desde fuera. Era Lydia, con círculos oscuros bajo los ojos, los labios apretados en una fina línea. Wyatt la seguía, un hombre ciego cuyos ojos artificiales, pequeñas cámaras esféricas de televisión montadas en sus órbitas, hacían que su rostro pareciera una máscara.

Lydia se dirigió directamente a la cabecera de la cama y se inclinó sobre Marie.

—Alicia ha muerto —dijo—. Sus pulmones eran demasiado inmaduros, y sufrí una hemorragia cerebral Clase IV.

Marie asintió rígidamente. No sentía pesar, pero aquello lo único que consiguió fue hacer que su responsabilidad por lo que había ocurrido pareciera mayor.

—El doctor Kouska dijo que la causa no fue sólo la preeclampsia; tu útero se ha vuelto incompetente..., ya no puede seguir albergando al feto hasta el final. —Se enderezó—. ¿Te gustaría ver a Alicia?

Marie bajó la vista hacia la sábana que cubría sus pechos. Una auténtica imagen de la muerte, puesta en la cinta. No, no una imagen. Agitó negativamente la cabeza.

—Pero todos los doctores dicen que es muy terapéutico. Bueno, si no lo deseas, sólo queremos que sepas que apreciamos lo que intentaste hacer por nosotros y que te deseamos una rápida recuperación. —Se dio la vuelta y se encaminó hacia la puerta. Pero Wyatt se quedó a los pies de la cama de Marie.

El ventilador del acondicionador de aire zumbaba suavemente en un rincón, y Marie tiró hacia sí de la blanca sábana.

—¿Sabes?, todavía puedes tener niños —dijo bruscamente Wyatt—. El doctor Kouska nos dijo que puede instalarse una sutura y retirarla inmediatamente antes del parto. —Su mirada se alzó hacia su rostro, con mucha más lentitud de lo que harían unos ojos auténticos.

Marie sintió que las lágrimas inundaban los suyos, pero eran lágrimas de alivio, no de pesar.

—Lamento tanto haberos fallado. —Las palabras sonaron secas e insinceras, aunque realmente estaba diciendo lo que sentía.

Las grandes manos del hombre se agitaron incómodas sobre el barrote de los pies de la cama.

—Yo nunca confié realmente en que fuera a funcionar..., quizá intentemos la adopción. Adiós.

—Lo siento —susurró Marie mientras él se marchaba. En la ventana, un enorme carguero avanzaba por las azules aguas del Sound, en dirección al este, hacia Asia. De pronto sintió deseos de destrozar aquella imagen que podía mostrarse tan soleada cuando alguien había muerto, un bebé, Alicia. Aunque se sentía extremadamente débil, se obligó a sí misma a sentarse en la cama, apartar la sábana a un lado, apoyar cuidadosamente los pies en el suelo. Se sujetó con una mano a la pared para afirmarse y avanzó arrastrando los pies hacia la ventana, buscando el botón que la apagaba. Pero cuanto más se acercaba a ella, más impresionada se sintió por su exquisito detalle. Los colores eran puros y profundos; no podían verse las estrías de exploración de la pantalla. ¿Cómo lo habían conseguido? La imagen tenía todas las líneas precisas y exactas de la realidad.

Pero cuando tocó la ventana y notó su frío cristal vibrar con el viento, supo que realmente había un cielo azul sobre Seattle aquella tarde de enero. Se dejó caer de rodillas, mirando a través del Sound a las Olympics flotando al otro lado. Eran como unos hermosos y crueles dientes blancos. Apoyó su barbilla en el alféizar y las contempló hasta que le empezaron a picar los ojos y las montañas parecieron difuminarse y fundirse en rotas formas blancas.

Finalmente se puso de nuevo en pie, volvió arrastrando los pies hasta la cama, se echó cuidadosamente el cubrecama amarillo sobre los hombros, y luego colocó el terminal de la mesilla de noche sobre su regazo. ¿Dónde estaría Piet ahora? Cuando vio su rostro en la pantalla, dijo:

—He perdido a mi hijo.

Título original en inglés: *Marie*  
Traducción de Silvia Leal

## **La alambrada en torno a la guerra** **Ian Watson**

*Ian Watson es el autor de la excelente novela Empotrados, publicada hace algunos años en español, junto otra media docena larga de libros que desgraciadamente todavía no han visto la luz en nuestro idioma. Inglés de nacimiento, tiene en su haber, entre otras muchas cosas, el haber sido el responsable de los primeros cursos académicos sobre ciencia ficción dados en Gran Bretaña. En este relato toca uno de sus temas preferidos: la guerra, y las diversas formas (no siempre fáciles) de evitarla.*

Hoy, como de costumbre, centenares de autobuses de todas partes del país convergen sobre estos campos y estrechos senderos. Un agente indica a nuestro autobús un aparcamiento a la cabeza de una larga hilera de otros autobuses decorados con posters pacifistas. Al cabo de tres horas de viaje podemos bajar y estirar nuestras piernas junto a los dorados campos de maíz salpicados de llameantes amapolas.

¡Una invasión de amapolas! Quizá las amapolas sean un engorro para el campesino, pero son un hermoso engorro.

Tal como ha ido el viaje, nuestros engorros han sido más bien pocos. Más arriba en el camino descubro un pequeño grupo de africanos con ropas tribales. Más allá de ellos, unos monjes budistas con sus clásicas túnicas azafrán.

Pero vengamos de donde vengamos los peregrinos, puede decirse que el viaje más largo empieza exactamente aquí..., con la marcha hacia la alambrada. Tras ella, el espacio sufre un cambio. Del cual no todo el mundo regresa.

—¡Alice! ¡Olvidaste tus bocadillos!

Es Mark, agitando mi mochila color arco iris. Mark es físico, así que entiende algo de los acontecimientos que ocurren más allá de la alambrada.

—Oh... sólo iba a hacer un pis. Sostenía un momento, ¿quieres?

En realidad, hasta este momento ni se me había ocurrido vaciar mi vejiga; aunque es una idea sensata. Hay un pequeño bosquecillo de temblorosos álamos detrás del autobús, que otros viajeros están utilizando con la misma finalidad.

Cuando me reúno de nuevo con Mark, Sandra y Jack han desplegado nuestra pancarta con su blanca paloma volando sobre un fondo azul cielo, con un rifle roto aferrado en una garra, como una rama partida.

Precedidos por la pancarta, los treinta echamos a andar sendero arriba, más allá de todos los autobuses que han llegado antes. Varias veces tenemos que meternos en la cuneta para dejar que pase un nuevo autobús. Al otro lado de los campos de maíz podemos ver otra larga hilera de autobuses aparcados en otro sendero. Desde aquí hasta la alambrada hay sus buenos tres kilómetros, y el sendero está atestado. Pronto estoy mordisqueando un bocadillo de atún. No recuerdo haber pensado que tenía hambre, o haber buscado en la mochila. Es casi como si deseara quitar de en medio el bocadillo. Bueno, es más fácil llevar la comida en tu estómago que colgada del hombro.

Los otros empiezan a cantar. *Hemos superado...* Un policía pasa en bicicleta por nuestro lado, haciendo sonar su timbre en acompañamiento.

—¿Cuántos son hoy? —le pregunta Mark.

—Calculamos unos treinta mil.

—¿Cree que podremos llegar cerca de la alambrada? —pregunto yo.



El policía se echa a reír.

—Oh, sí. La tocarán. Todo el mundo lo hará. Eso es lo importante, ¿no? —Sigue pedaleando.

Nuestro grupo adelanta a un joven que empuja una silla de ruedas donde va sentada una mujer vieja, arrugada, alegre, con una gruesa manta marrón sobre las rodillas, pese a que el tiempo es cálido. Cuando los portadores de nuestra pancarta se juntan para pasar por su lado, nuestra paloma pintada parece doblar sus alas y picar por un momento como un halcón. Cómo sonrío y da palmas la mujer, siguiendo el ritmo de nuestra canción. Finalmente se une a ella, con voz temblorosa.

Nosotros somos rebasados a nuestra vez por un clérigo vestido con un traje de franela gris y camiseta escarlata y cuello duro que avanza a largas zancadas. Quizá sea un obispo. Su cruz pectoral cuelga del revés.

—¡Mira, Mark!

Qué cantidad de peregrinos se acumulan delante nuestro; y lo lentos que avanzamos. Pero inmediatamente después del próximo campo —de avena— puedo ver luces de arco, torres, y una larga barrera que brilla con los colores del arco iris, lanzando ocasionales destellos allá donde la alambrada, afilada como una navaja, se retuerce a la luz del sol.

Un feo helicóptero negro parece flotar pesadamente muy cerca detrás de la alambrada. Muy cerca. Parece como una bañera flotante con rotores en ambos extremos; y debe ser lo bastante grande como para llevar un tanque en su interior. Todos podemos oír el distante campanileo de los cascabeles y el sonido de las panderetas y el coro de los silbatos que lo mantienen a raya.

—Es un Chinook —dice Mark.

El helicóptero no consigue elevarse más de quince metros antes de inclinarse de lado y encaminarse hacia el interior de la alambrada..., empequeñeciéndose muy aprisa. Al cabo de pocos segundos no es más que un puntito minúsculo. .

Me doy cuenta de que estoy terminando mi segundo bocadillo, de salami y tomate.

Y aquí estamos, al lado mismo de la alambrada.

Mark y yo, y miles de otros, en una línea de dos o tres de fondo que se extiende en la distancia a ambos lados.

Detrás de nosotros, la avena en sazón.

Delante, muerte y destrucción, todas las máquinas y el personal de la condenación.

Primero hay una serie de balas enrolladas de alambre espinoso normal, puestas de lado, empaladas sobre estacas metálicas. Luego está la verja de casi cuatro metros de altura de alambrada de púas, atravesada con marañas de hilo tan afilado como navajas, capaz de cortar guantes, botas y carne, reduciéndolo todo a jirones. Finalmente hay una alambrada interior que es igual de alta. Todos conseguimos tocar la alambrada exterior al menos una vez.

Más allá de la triple barrera hay pistas de despegue, camiones cisterna, cazabombarderos F-III, gigantescos reactores de carga Galaxy y silos subterráneos. Los transportes de misiles avanzan lentamente de un lado para otro. Los platos del radar giran incesantemente. La policía militar avanza rápida por todas partes. Los helicópteros pican de morro en el aire, perezosamente amenazadores, como inquisitivos tiburones.

Obviamente, esta zona es una base americana. ¿Pero está en Gran Bretaña, o en Sicilia, o en Turquía, o en los propios Estados Unidos? ¿Quién sabe en qué país se halla situado el original?

Á primera vista la base parece atestada de personal y equipo. Pero es en cierto modo una ilusión óptica: un «efecto de compresión», como lo llama Mark. Asimismo, el tamaño de los objetos disminuye rápidamente. Un reactor Galaxy, a una cierta distancia, no parece mayor que un mosquito.

Aquí, en el mundo real fuera de la alambrada, un kilómetro es un kilómetro. Dentro, las distancias obedecen a una «curva negativa exponencial», lo cual significa que bases y campos de batalla enteros se ven comprimidos en una franja de espacio que para nosotros, desde aquí, sólo tiene unos cuantos metros de anchura. Unos cuantos decímetros. Algunos centímetros. Muy en el interior, una explosión nuclear crearía un hongo no mayor que un auténtico hongo surgiendo en pleno campo entre estiércol de caballo.

Mientras caminamos lentamente a lo largo de la alambrada, la base americana riela y se transforma en una base soviética con uniformes distintos, aviones distintos, cohetes distintos apuntando al cielo. Quizá esta base se halle localizada en Alemania Oriental o en Mongolia. Pero aquí está también. Ésta es su doble, su «análogo», funcionando a plena actividad.... mientras en algún lugar la base original se inmoviliza, helada e inerte, envuelta en el pesado sueño de la Bella Durmiente. Nada se mueve en esos tranquilos lugares de la Tierra a los que no va nadie. Toda la mortal actividad ha sido trasladada al interior del «horizonte de sucesos» de la alambrada..., dentro de los círculos del infierno de su interior.

—¡Mirad! —dice Mark—. Las americanas y las rusas y todas las demás bases militares se hallan conectadas topológicamente. Todas comparten el mismo espacio.

—Y nosotras las mantenemos aferradas todas juntas ahí dentro, ¿verdad? Es la presión de nuestra presencia lo que las confina aquí. Y los cascabeles que hacemos sonar. Y las canciones que cantamos.

—Y otra cosa también, Alicia.

—Sí. Otra cosa también.

Dentro: acero y cemento, tanques y cabezas de combate. Fuera: avena y maíz y amapolas y felicidad.

Hay una larga cola ante el primero de los telescopios.

—¿Esperamos? —pregunta Mark.

—Sí, Mark. Quiero mirar.

Sandra y Jack y la pancarta avanzan.

De hecho, sólo transcurre un cuarto de hora hasta que llega mi turno ante el ocular. A través del aparato espío la profundidad dentro de la profundidad, la base aérea dentro de la base aérea, el campo dentro del campo, la muerte dentro de la muerte, hasta tan lejos como las lentes pueden alcanzar.

—¿Pueden cruzar alguna vez esos soldados la alambrada?

—No mientras nosotros estemos aquí, Alicia. No mientras él esté aquí.

No mientras él esté aquí. Nuestro niño-dios. Nuestro niño-demonio. Nuestro príncipe de la paz.

Digo niño. ¿Pero qué hay de infantil en nuestro príncipe..., excepto su edad? Excepto el hecho de que fue conducido originalmente hasta aquí en un cochecito de niño a través del barro color chocolate hace cuatro años, cuando sólo había una única base militar recién construida tras la alambrada. Cuando sólo tenía dos años.

Ahora todas las bases militares del mundo están aquí, a buen recaudo tras la alambrada.

Su madre era una pacifista normal, Sarah Gardner. Recién divorciada. Una asistente social. Él era poco más que un bebé, Tommy Gardner. Y salió de su cochecito y aferró la alambrada.

Un Cristo niño nació en Belén. Transcurrieron los años, y el mundo fue testigo de las Cruzadas y de la Santa Inquisición y de la tortura y la quema de brujas y herejes, y de los pogroms e infiernos y holocaustos, y de un centenar de guerras religiosas, y de la construcción de cincuenta mil cabezas de combate nucleares para defender a los fieles del ateísmo.

Quizá *tuvo que ser* el turno del demonio de nacer como hombre, de salvar al mundo. Quizá sólo el demonio se sintiera lo bastante inquieto o preocupado. Quizá sólo el demonio comprendiera lo suficientemente bien el mal y la locura y la estupidez. No Dios sino Satán. No Alá sino Iblis.

Pero no sin un cierto sacrificio. La última vez, el Cristo niño se sacrificó a sí mismo para salvar a la humanidad. Esta vez, nos corresponde a nosotros hacer el sacrificio.

Voluntariamente. Oh, sí, tan voluntariamente.

Seguimos recorriendo la alambrada por la parte de fuera durante un par de kilómetros. Tres kilómetros.

—¡Ahí está!

Sobre una recia plataforma de madera, un poco por encima de las cabezas de la multitud, se sienta nuestro niño-demonio, nuestra esperanza, nuestra bendición. Que en su tiempo fue el bebé Tommy Gardner. Que ahora es algo completamente distinto.

En ese punto en particular las balas de alambre espinoso están apiladas hasta muy arriba, de modo que la plataforma se alza exactamente entre ellas. Unas escaleras suben hasta la plataforma. Diez minutos más, y estaremos lo bastante cerca.

Una de las grandes manos de ogro de Tommy se apoya en las afiladas púas, como quien acaricia un gato. Su otra mano en forma de garra está abierta y vacía.

Es cornudo y está hinchado y es inmenso..., el tamaño de un elefante joven. Sus grandes ojos violeta parpadean monótonamente al alambre espinoso. ¿Los ojos de un pulpo? Su boca es un gigantesco pico córneo.

Es un enorme Buda gordo apareado con Belcebú. Es una bestia humana. Es la mayor fealdad que existe en el mundo; y sin embargo posee una grandeza sobrenatural. De ahí que la plataforma a su alrededor esté siempre cubierta por completo de flores: amapolas, lirios blancos, rosados altramuces.

Empieza a agitar su inhumana cabeza. Su mano vacía se abre y cierra en una constante flexión.

Y un monje vestido de amarillo sube las escaleras hasta la plataforma, las manos unidas en bendición. Lleva el cráneo completamente afeitado, aunque su rostro es joven; no puede tener mucho más allá de veinte años.

El monje inclina la cabeza en una reverencia. Nuestro Tommy lo coge suavemente por la cintura. La mano como una garra de Tommy envuelve completamente el diafragma del joven. La gente arracimada alrededor de la plataforma guarda repentinamente silencio, y el silencio se extiende hacia atrás como una ola. No suenan gongs, ni silbatos. Entonces nuestro niño-demonio alza el monje ante él. El pico córneo se abre; Tommy introduce en él la ofrenda. Cierra la boca; traga.

Y la multitud deja escapar el aliento, como el viento soplando entre los trigales. Suenan las panderetas, repican los cascabeles..., mientras la luz color arco iris relumbra a lo largo de la alambrada.

—¿Hasta cuándo no tiene que alimentarse de nuevo?

Mark se encoge de hombros.

—Una hora o dos. Pueden ser tres. Varía.

—La próxima vez que tenga que hacerlo, seré yo.

Bien, ya lo he dicho. Finalmente he dejado que aflorara a la superficie.

Mark me mira con la boca abierta.

—¿Qué?

—La próxima vez...

—Pero... ¡Alicia, no puedes decirlo en serio!

—¿Por qué no debería ofrecerme como alimento a él, si lo deseo? ¿Y si él me desea? Alguien tiene que hacerlo voluntariamente. ¿Crees que no es un pago adecuado por la paz? ¿Una vida cada pocas horas..., para que incontables millones de personas puedan sobrevivir? ¿Y los campos y los bosques y los animales y los pájaros?

—Por supuesto que no —responde Mark, confuso—. Por supuesto que no.

Nuestro príncipe de la paz no ha hablado casi nunca. Pero al principio nos dijo que debía tomarnos de uno en uno, absorber nuestra carne dentro de su carne. El poder de su mente mantiene la prisión de la alambrada, pero necesita canalizar la energía de nuestras almas en ella.

¿Y por qué no? En los viejos días, aquellos que hicimos campaña por la paz sacrificamos nuestra comodidad, nuestra libertad, *en*, ocasiones incluso nuestra vida. Y a veces conseguimos progresos. Pero luego el impulso de la guerra nos barría de nuevo. Ahora nuestro sacrificio es siempre de la vida..., en lo que a la persona que hace el sacrificio se refiere. Pero este sacrificio es completamente efectivo.

—¿Cuándo lo decidiste? —pregunta Mark.

—Ahora. Antes. No estoy segura.

—Pero habrá otra gente aquí que también se sentirá ansiosa... ¡Dispuesta a hacerlo, como tú!

—Yo soy la persona que se siente dispuesta. Yo, aquí, ahora. Puede que no haya nadie más dispuesto en este preciso momento. Pero yo lo estoy. Y puesto que lo estoy, dentro de algunas horas alguien más estará dispuesto también. —Me echo a reír—. No es necesario que ese alguien más seas tú, Mark. ¡No pienses en ello! Recuerda tus investigaciones físicas sobre todo este asunto. La topología del espacio dentro de la alambrada. Quizá en algún momento hagas un descubrimiento maravilloso y vital..., justo para el caso de que nuestro príncipe empiece a sentirse cansado, o simplemente se marche. Ése es tu camino. El mío es subir estas escaleras.

Me abro camino hasta más cerca, con Mark a mi lado.

—Sé feliz —le digo—. No te sientas triste. No te sientas culpable. Piensa en las conexiones.

—Creía que *nosotros* estábamos conectados. Tú y yo.

—Lo estamos. Y siempre seguiremos conectados, eternamente, después.

—Tú estarás muerta.

—Mejor yo, que soy insignificante, que millones ardiendo en una bola de fuego.

Realmente no hay nada más que decir. Cualquier otra palabra, ahora, será trivial. De modo que permanecemos los dos dentro de nuestro silencio, mientras a nuestro alrededor se cantan canciones, y los gongs hacen *bong*, y los cascabeles repican y tintinean.

Pasa una hora, luego la mayor parte de otra hora.

Hasta que de nuevo nuestro príncipe empieza a agitar la cabeza y a abrir y cerrar su mano vacía.

Mark se queda atrás cuando asciendo los escalones, pisando las amapolas y los crujientes altramuces.

Tommy está tan cerca de mí ahora. Tan grande, tan monstruoso. Su cuerpo huele extrañamente a aceite de pescado, aunque el aroma dominante es el de los lirios. Tengo miedo y sin embargo no tengo miedo. Quizá mi miedo sea mi valor.

Me ve. Sus ojos violeta me miran. No exactamente con compasión, sino más bien con una profunda, tranquila, relajante vacuidad. Dentro de él está toda la violencia del mundo, que anula y neutraliza.

Me pregunto: dentro de los límites de la alambrada, ¿es el tiempo igual que para nosotros? ¿Es la consciencia la misma? Algunos de esos soldados que se hallan atrapados en la colapsada geometría de esa zona quizá nunca desearon ser soldados; quizás odiaban ser soldados. ¿Deben lamentarse de que un infierno incomprensible se haya cerrado a su alrededor? ¿O simplemente siguen con sus asuntos militares en una especie de trance, repitiendo las mismas actividades día tras día, inconscientes de que todo se ha visto alterado en torno suyo? No lo sé. Quizá pronto lo sepa.

La mano libre de Tommy avanza hacia mí. Su presa es tan ligera y sin embargo tan firme. Me alza hacia él, de cabeza hacia su córneo pico abierto. Veo una cavidad roja, un oscuro túnel pulsante que se abre hacia abajo.

Y no muero.

Resplandezco brillante. Todos los colores del arco iris bañan mis sentidos. Noto el sabor del oro y de la plata y del acero. Me siento extendida. Yo soy la alambrada; la alambrada soy yo.

Siento la presencia de mi príncipe de la misma forma que una ola siente todo el océano. Siento los miles de almas que me han precedido —el joven monje y todas las demás— como un pez siente a los demás peces nadando en un enorme banco. O como un pájaro siente al resto de su bandada. Pájaros, peces, sólo son una pequeña mente individual. Sin embargo, al mismo tiempo, cada uno es el conjunto de su grupo. ¿De qué otro modo puede todo un banco de peces cambiar al unísono, en un solo movimiento, de dirección? ¿De qué otro modo puede una bandada de pajaros alterar su rumbo sin perder la formación?

Juntos formamos el circuito de la alambrada. Sólo soy una pequeña parte de él, pero al mismo tiempo la totalidad.

Me siento en paz; pero es una paz que pulsa con un latiente corazón, una paz como la brisa<sup>1</sup> en la cima de una montaña, una paz como el agitado y poderoso mar.

La guerra se halla comprimida dentro de mí como un tumor que ha sido congelado, como un cáncer paralizado. O como una perla dentro de una ostra.

Tommy nos deja ver el futuro reflejado en esta perla. O quizá, de una forma intemporal, el futuro ya ha ocurrido..., de modo que sentimos acontecimientos que ya han ocurrido fuera de la alambrada, o que están ocurriendo precisamente ahora.

Dentro de cincuenta años los primeros seres alienígenas se nos unirán en la alambrada. Habrán venido a la Tierra, o los seres humanos habrán alcanzado las estrellas, no estoy segura de cuál de las dos cosas. Quizá Mark halló una forma de conectar el espacio de la Tierra con el espacio de las Estrellas. Al principio esos alienígenas llegan sólo movidos por la curiosidad; luego lo hacen como peregrinos. Creo que por entonces Tommy tiene el tamaño de una ballena azul. Sin embargo sus manos siguen extendidas, una para rozar la alambrada, la otra para aceptar a los visitantes que se le ofrecen voluntariamente.

Y nuestro banco, nuestra bandada, sigue creciendo.

Y la alambrada resplandece brillante.

Título original en inglés: *The Wire Around the War*  
Traducción de Domingo Santos

## **Cambios marinos**

*Marta Randall*

*Marta Randall ha sido una de las más activas impulsoras de la Science Fiction Writers of America, la asociación que reúne a los principales escritores del género de los Estados Unidos, de la que durante un tiempo fue presidente y siempre ha sido uno de sus adalides. En la actualidad vive en Oakland, California, con su esposo y su hijo, escribiendo relatos de ciencia ficción tan atractivos como éste, que versa sobre las interrelaciones entre distintas especies en un mundo alienígena.*

Ha sido una estación larga, pero hice mi cuota y aquí estoy ahora, yendo con placer costa abajo para el curtido de otoño. El final de la estación me lleva muy lejos al sur de mi caleta habitual, pero ésta servirá lo mismo. Una serie de colinas arenosas con las laderas cubiertas de áspera hierba descienden hasta una pequeña playa en forma de creciente de luna, protegida por brazos de peñascos a cada lado; las enormes y cálidas corrientes oceánicas acumulan la bruma a lo largo de la boca de la caleta. Parece como si el fin del mundo se extendiera justo más allá de las rocas grisazuladas; la bruma no se alza ni siquiera al mediodía, acumulándose densa en la boca de la caleta pero sin entrar nunca en ella. A la luz del sol, al pie de las ondulantes colinas cubiertas de hierba, se está caliente.

El suelo se desliza gradualmente aquí hasta el océano. Me desnudo y me sumerjo en el mar, llevándome mi lanza conmigo. Hay poco que pueda hacerme daño en Greengate, pero hay cosas que aún pican, o dan ocasionales mordiscos, para descubrir a qué sabe lo alienígena; he aprendido cautela en tres años en el planeta. Pequeños peces azules perforan el agua sobre un fondo de rocas y arena. Inspecciono las plantas marinas llenas de densas frondas, opalescentes crustáceos y, cerca de las rompientes, algo que no puedo identificar. Sea lo que sea, exhibe una masa de ondulantes brazos lavanda salpicados de florecencias de brillantes colores; la masa sé mueve cuando yo me muevo, avanzando de lado con respecto al agitarse de las olas. Esos hermosos y ondulantes brazos parecen afilados. No me gusta eso. Las criaturas fascinantes son de utilidad, pero los bordes cortantes amenazan mi botín de la estación: catorce pieles perfectas, que alcanzarán un alto precio en McCree's dentro de dos meses. Aguijoneo la cosa lavanda con mi lanza; me acerco demasiado y me produce un corte en la mano. Emerjo a la superficie, maldigo y chupo la pequeña herida, luego me sumerjo de nuevo y aguijoneo con más fuerza. No puedo encontrar el cuerpo de la maldita cosa, pero parece firmemente arraigado en el lecho marino y no es probable que se suelte. De vuelta a la playa, pego un adhesivo aséptico en el corte, extendiendo las pieles de la estación en sus marcos de curtido y los anclo seguros bajo las suaves rompientes.

El campamento viene a continuación: choza de espuma, fuego de campaña, varios artículos de mobiliario creados al azar a partir de los restos color azafrán del material de la choza. Todo este lujo, después de la larga estación siguiendo las hordas, montando y espiando las trampas, buscando al animal perfecto, la piel perfecta. Una estación de matar y desollar y cargar y descargar pesados sacos del combado lomo de Keam, y polvo por todas partes, y duras rocas bajo mi espalda por la noche. Mi campamento está repleto de cosas blandas, pero cuando llegue el invierno la espuma se fundirá inofensivamente en la arena, sin dejar ninguna huella de mi campamento de curtido.

Keam observa mis preparativos con una suave y silenciosa perplejidad. Cambia el peso de su cuerpo de pie en pie y en pie, una curiosidad de seis patas yendo de un lado para otro por el campamento, hociqueando en los sacos y contenedores. Mientras trabajo, adelanto de forma ausente un brazo para alisar su pelaje ámbar, o hago una pausa para hundir mi nariz en su amplio hombro. Ronronea suavemente desde muy

profundo de su garganta; su pelaje huele como un bosque tras la lluvia. Un animal grande, tranquilo, improbable, el único que conozco que nunca tendré que desollar, y por esta virtud me siento profundamente encariñada hacia él. Vagabundea para inspeccionar la pálida hierba junto a la cresta de la duna mientras yo arreglo las cosas a mi gusto. Va a ser un buen campamento, puedo asegurarlo. Sonrío, me desperezo, y me quedo dormida bajo el sol.

Keam me despierta al anochecer, golpeando suavemente mi estómago con su fea cabezota. El sol se hunde en la masa gris de la bruma; el aire huele suavemente a sal. Enciendo el fuego y preparo mi cena. El cielo está cubierto de estrellas excepto allá donde la bruma las oculta. Cuando me arrastro al interior de mi choza dejo el faldón abierto para que entren el aire nocturno y el sonido de las olas. Keam se tiende entre la choza y el fuego, entre yo y el mar.

Me despierto de pronto, alerta y tensa, y busco mi cuchillo de desollar. El ruido se produce de nuevo, un gruñido inquieto fuera de la choza. Equilibro el cuchillo en mi palma y me agazapo junto a la puerta, los ojos cerrados, viviendo a través de mis oídos.

¿Keam?

Keam. Se agita en su sueño, sacudiendo sus recias patas y roncando. Cuando apoyo una mano en su cuello se despierta por completo, con los recios pelos del lomo enhiestos, los dientes descubiertos, los ojos salvajes, antes de reconocermé; entonces su miedo cede. Keam sufriendo una pesadilla..., lo suficiente para hacerme reír, pero él no soporta el ridículo, y además *está* asustado. Llevamos trabajando juntos dieciséis meses del planeta, y siempre ha dormido profundamente y sin el menor temor. La playa parece pacífica, no se aprecia ninguna amenaza, y el mar está tranquilo. Ronroneo en sus grandes orejas. Finalmente se relaja y vuelve a dormirse.

Por la mañana, con la pesadilla aparentemente olvidada, Keam galopa duna arriba para beber en el arroyo y devorar con su habitual apetito feroz. Inspecciono las pieles y me dirijo a comprobar el misterio lavanda de ayer. No puedo hallarlo, pese a que estoy segura de estar comprobando el mismo lugar, pero el mar en torno a mis pieles es claro y decido no preocuparme al respecto. El año pasado perdí un mes preocupándome con lo que resultó ser una inofensiva raya marina; no voy a cometer el mismo error de nuevo.

Los tramperos se quejan de la obligada inactividad de un campamento de curtido, pero eso nunca me ha preocupado. Me ocupo de las pequeñas cosas, remiendo, pescó, leo mis cubos, cabalgo con Keam para explorar los brazos de la caleta, y elaboro historias para contar luego en McCree's, ante una jarra de cerveza. Este año creo que transformaré mi misterio lavanda en un monstruo marino, algo desconocido y peligroso y horrible, algo que mantenga a los tramperos despiertos durante el curtido del año próximo. Es el deporte favorito entre nosotros; no soy la única que pasa el final de la estación tallando y puliendo artísticas mentiras. El pensamiento me proporciona un momento de cálido placer, y le atribuyo alegremente a mi monstruo otro juego de patas.

El viento se alza antes del anochecer, mientras ceno lo que he pescado. Azota la bruma en la boca de la ensenada, pero la brisa en la propia ensenada es suave y las olas apenas crecen un poco. Compruebo que las pieles estén seguras antes de meterme en la cama. Keam se refugia a un lado de la choza, mete la cabeza entre sus patas delanteras, la cola entre las traseras, y deja que las intermedias se las arreglen como puedan.

Esta vez me despierta el viento, el fuerte viento y la resonante resaca. Corro hacia las olas. Un armazón emerge en medio del agua blanca de espuma y de pronto se hunde de nuevo; toda la cadena se ha soltado, los armazones chocan entre sí y contra el duro fondo. Reanclarlos no servirá, no con esas olas; tengo que sacarlos, todos, pero los armazones se me resisten, golpeando contra mis muslos y mis pechos. Me pican los ojos. Uno, dos, cuatro..., los arrastro con penas y fatigas hasta la playa, los dejo caer, vuelvo a sumergirme de nuevo en la espuma. Otros dos, y dos... Agarro el último, y las olas lanzan contra mí algo grande y sólido y animal. Los cables escapan de mis manos. Aferró



la cosa en el momento en que vuelve a hundirse, sujeto un brazo, un muslo, enredo mis dedos en una masa de pelo. Estoy sujetando un cuerpo humano, inerte y pesado y probablemente muerto. Lo agarro y lo arrastro hasta la playa. Keam bufa y retrocede rápidamente. Dejo caer el cuerpo junto a los armazones y vuelvo a correr hacia las olas. La persona, cuerpo, cosa, puede esperar..., mis pieles se están haciendo pedazos contra las rocas.

Sólo puedo encontrar tres. Maldigo y murmuro, arrastro los armazones hasta la parte más alta de la playa, y me arrastro de vuelta al fuego para averiguar lo que he dejado caer allí. Enciendo una luz y miro.

Estaba en lo cierto, es humano. Respira. Su espalda se alza y desciende, pesada pero regularmente. Mejillas suaves. Pelo largo, lacio, rubio castaño. Doy la vuelta al cuerpo para descubrir el suave bulto de los genitales, el plano pecho. Sea lo que infiernos sea, no debería estar allí, no junto a mi fuego o en mi playa o surgiendo de mi océano, pero no hay nada que pueda hacer al respecto por ahora. Su piel tiene el frío del mar. Lo arrastro al interior de la choza y lo dejo caer sobre el camastro, lo cubro con mi saco de dormir, y me enrosco exhausta en el suelo.

Me despierto al amanecer. Él no, pero aún sigue vivo. Lo destapo; estoy llena de arañazos y golpes y magulladuras, pero él parece no haber sido tocado por la resaca. No es lo bastante recio como para ser un trampero..., quizá hayan abierto Greengate a los turistas mientras yo estaba fuera de contacto. Parece improbable. Vuelvo a dejar caer el saco sobre él, disgustada, y salgo a inspeccionar mis pieles.

De las once pieles que quedan, dos se hallan deterioradas más allá de toda utilización, y el resto, en mayor o menor grado, también está dañado. Reparo los armazones, vuelvo a estirar las pieles, las meto en el agua y vuelvo a anclarlas, y durante todo el tiempo no hago más que ver los reconfortantes números de mi futura cuenta de crédito hacerse más y más pequeños. Y no hay nada que pueda hacer. Tengo licencia para cazar catorce, y sólo catorce; aunque la estación no hubiese terminado, no podría volver a cazar. Y me sentía tan malditamente orgullosa de mis catorce perfectas presas.

Keam ha subido a la parte alta de la duna y se niega a bajar. Me encojo de hombros y preparo el desayuno. El hombre se agita dentro de la choza. Es culpa suya: si se hubiera quedado allá donde le correspondía yo no hubiera perdido tres pieles, las demás no hubieran resultado tan dañadas. Vierto té en una taza y la llevo dentro de la choza.

Se sienta, aparta el pelo de su rostro y me mira desconcertado. El saco de dormir está hecho un ovillo en torno a sus caderas.

—Toma. —Le tiendo la taza—. Bebe esto.

Toma la taza y la rodea con sus manos.

—Con cuidado. Está caliente.

Unos ojos grises e inexpresivos me miran por encima del borde de la taza. Sus manos tiemblan, y me pregunto si tendrá fiebre, pero cuando adelanto una mano para tocar su fiebre se echa bruscamente hacia atrás, derramando el té ardiendo sobre su pecho. Deja escapar un grito, intento coger la taza y una toalla, las cosas se vuelven más bien activas ahí dentro, y descubro que no tiene nada de fiebre y que es más fuerte de lo que tendría derecho a ser. El grito atrae a Keam a la carrera, ladera abajo. Mete la cabeza en la choza y mira al hombre con ojos llameantes, con una combinación de valentía y temor. La expresión es irresistiblemente divertida; me echo a reír, pero el hombre se aplasta contra la pared del fondo y contempla a Keam con horror, hasta que yo calmo al animal y seco el té derramado.

—Keam es un alma protectora, pero no debes tenerle miedo.

Más inexpresividad. Yo hablo estándar, así que, ¿por qué no me comprende? ¿Amnesia?

O eso, o se trata de un idiota. Soy, en el mejor de los casos, un médico natural que se guía por el sentido común, pero amnesia parece una etiqueta tan buena como cualquier otra para colgarle a un hombre, así que se la cuelgo. Además, amnésico o idiota, la etiqueta hace disminuir un poco mi irritación.

Las cosas que conoce o recuerda, y las cosas que no, me maravillan. Los platos tienen sentido para él, pero no los tenedores. La ropa es algo que escapa completamente a su comprensión, y desisto a ese respecto. Permanece sentado al sol, completamente desnudo, mientras la luz se derrama sobre su lisa piel. Se resiste a caminar, y cuando tiene que hacerlo expresa claramente su desagrado, haciendo muecas de dolor. Debe dolerle algo, pero cuando intento ponerle la mano encima, palpar su cuerpo, se refugia de un salto en la choza, se mete bajo el saco, se tapa por completo excepto los ojos, y me mira con ojos desafiantes. No puedo acabar de comprender eso, así que me encojo disgustada de hombros y salgo fuera. Al cabo de un rato aparece tambaleante detrás de mí y se percha en un montón de espuma, observándome con suspicacia. Intento ignorarle, pero mi curiosidad es demasiado grande.

Le pregunto su nombre, de dónde viene, acerca del vendaval. Escucha con fascinada incompreensión. Finalmente hablo sólo para cubrir su extraño silencio. No parece importarle. Keam se pasa todo el día en las dunas y no se siente tentado a bajar, ni siquiera cuando el sol se hunde en la bruma y me preparo para dormir. Entro en la choza para descubrir al idiota confortablemente dormido en mi camastro, dentro de mi saco, y no puedo conseguir que salga de allí; cuando grito sus ojos se ponen muy redondos y aferra el saco contra su pecho. Murmurando maldiciones, me preparo mi cama en un camastro fuera y permanezco tendida sin dormir durante un rato, escuchando su profunda respiración y el susurro de las olas.

Despierto para encontrarle acucillado junto al fuego, la tetera en una mano y una taza en la otra.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto mientras me levanto.

Me dirige una sonrisa inocente, alza la tetera, y dice muy claro:

—Té.

—Té, por supuesto. Así que sabes hablar, después de todo. Dame la tetera, y yo prepararé un poco.

Tiendo la mano, pero parece que «té» es el límite de su vocabulario; lo pronuncia de nuevo con gran satisfacción. Tomo la tetera y preparo el té. Lo bebe cuidadosamente mientras yo deposito unos cuantos pescados sobre la parrilla. Entonces señala hacia la parte superior de la duna y dice:

—Keam.

Me balanceo sobre mis talones.

—Minnen —digo, golpeándome el pecho. Apoya la palma de su mano sobre su propio pecho y repite mi nombre—. No, escúchame. Té. Keam. Minnen.

Cuando señalo hacia él dice de nuevo «Minnen», inseguro.

—No. Keam. Choza. Tetera. Taza. Fuego. Minnen. —Señalo de nuevo hacia él, y hace una perfecta imitación de mi encogimiento de hombros antes de tender su taza vacía.

—¿Té?

Le lleno la taza y sirvo el desayuno, y pienso que sería una gran cosa saber algo más sobre la amnesia.

Tendré que llevarlo conmigo a McCree's tras el curtido, a menos que venga alguien en su busca. Eso, en Greengate, es muy improbable. Y tendrá que andar, Keam no puede cargar con él y con las pieles y con todo el resto del campamento. Le obligo a ponerse en pie y le animo a caminar un poco. Da unos pasos con la punta de los pies y hace muecas, mirándome furioso por entre su mata de pelo, mientras Keam observa desconfiado desde lo alto de la duna. Cuando finalmente dejo que se siente acuna sus pies entre las manos y se inclina sobre ellos, balanceándose hacia delante y hacia atrás.

—¿Duelen? —Comprende perfectamente la palabra, por primera vez. Subo a la duna para rascarle a Keam detrás de las orejas e intento convencerle de que vuelva al campamento. Me hociquea apreciativamente por la caricia pero no abandona el montón de hierba que se ha preparado junto al arroyo. El campamento de este año, pienso hoscamente, se ha vuelto demasiado interesante.

Establezco una regla, y el hombre camina, mal que bien, a lo largo de la orilla dos veces al día, por la mañana y por la tarde. Odia hacerlo, pero no le doy mucha elección..., todavía puedo asustarle amenazándole con tocar su piel. Al cabo de una semana ya camina bien, y unos pocos días más tarde no parece importarle en absoluto caminar. Me siento aliviada, pero Keam no se deja impresionar y sigue manteniendo las distancias.

Han pasado diez días desde que lo saqué de las olas. Está de pie a mi lado en el agua, observando como alzo cada armazón y examino las pieles, comprobando la firmeza de los nudos del cable e inspeccionando las juntas de los armazones.

—¿Qué es eso? —es su frase favorita.

Se lo digo. Escucha sin ningún destello de recuerdo o comprensión, y pasa sus largos dedos sobre las pieles. Cuando voy a coger el próximo armazón, toca mi hombro. Me vuelvo, sorprendida. Es la primera vez que me toca voluntariamente.

—Mira. —Las cuerdas de una de las esquinas del armazón se están soltando.

—Maldita sea. ¿Cómo no lo vi antes? —Voy a buscar una de las cuerdas que rodean mi cintura, pero sus dedos son más rápidos que los míos. Toma una cuerda, ata el armazón y me mira radiante. Ha hecho un buen trabajo. No me siento enteramente complacida.

—¿Qué es esto? —dice de nuevo mientras recupero las trampas para los peces. Se lo explico. Frunce el ceño, luego la comprensión ilumina su rostro.

—Peces —dice ansiosamente, y se deja caer al agua. Vuelve a aparecer de inmediato en la superficie, tosiendo y escupiendo. Intento agarrarle del hombro, y se aparta bruscamente de mí.

—Esto no es aire, estúpido. Tienes que contener la respiración. —Entonces tengo que explicarle lo que significa eso. Hace una profunda inspiración y desaparece. Grito furiosa y Keam, desde la orilla, me responde con gruñidos. A los pocos momentos el hombre vuelve a aparecer delante de mí, sonriendo, con un retorciente pez en cada mano.

—¿Los has cogido de las trampas? —pregunto—. Maldita sea, si las has roto...

Tiro furiosa de los cables de las trampas. Las trampas están llenas de peces, las aberturas intocadas. No es posible..., ¿y cómo demonios puede nadar si he tenido que explicarle cómo no respirar? Le grito preguntas, agitando los brazos. Sonríe benditamente y se alza de hombros. Más tarde, cuando subo la duna malhumorada, en compañía de Keam, el animal acepta sólo unas cuantas caricias antes de apartarse suavemente, colocando el arroyo entre nosotros. Me siento, arrojando guijarros al mar.

Pasan algunos días. Ahora, cuando no me está siguiendo haciéndome interminables preguntas, permanece tendido en un camastro pasando cubo tras cubo por el lector: novelas, historia, primeros auxilios, el arte del trampero y manuales de curtido, medicina veterinaria, poesía. Le pregunto si recuerda cómo leer y se encoge de hombros, sin alzar la vista. Ese encogerse de hombros me irrita, es una copia demasiado

experta de mi propio gesto, peligrosamente cerca de la burla. ¿Es justo mostrar desagrado hacia un amnésico? No lo sé, y tampoco me importa mucho. Empiezo a pasar mi tiempo libre arriba en la duna con Keam, que apenas me tolera.

Hoy hace quince días desde la tormenta, ¿o dieciséis? No puedo recordarlo claramente. Subimos la duna hasta el arroyo, llevando pellejos para agua. Es un día caluroso, el sol nos lanza sus rayos desde un cielo sin nubes. Se acucilla a mi lado junto al arroyo. Su piel tiene ahora un color cobrizo profundo, su largo pelo muestra mechones blancoamarillentos. Su barba ha crecido castaña y enmarañada, aunque durante sus buenos ocho días no tuvo barba en absoluto. El recién aparecido vello en su pecho y genitales es castaño también. ¿Pueden sufrir amnesia los cuerpos? No, probablemente se trata de uno de esos a los que les gustan los depilatorios corporales. Sólo es un misterio menor. Sus ojos siguen siendo infantiles, inquisitivos, mientras observa mis manos trajar con el pellejo. No lo había observado antes, pero es apuesto. Bien, no soy propensa a notar este tipo de cosas. Es como un niño. Agradado, ignorante, infantil. Su crecida inmadurez me exaspera; nunca he sido del tipo materno, y no voy a empezar a serlo ahora.

Cuando mi pellejo está lleno empieza a llenar el suyo, luego lo tapa y camina a mi lado de vuelta al campamento. A medio bajar la duna se detiene y mira hacia el otro lado de la caleta, al apenas visible promontorio envuelto en la bruma. Me detengo un paso más abajo, preguntándome qué es lo que ve.

—Es muy grande, ¿no? —dice finalmente.

—¿El mar? Sí, es grande.

—¿Más grande que la tierra firme?

—No, en este planeta no.

Silencio. Luego:

—Frío y pesado —dice con odio, y echa a andar ladera abajo, sin .mí. Estoy a punto de alzarme de hombros, pero me contengo a tiempo.

Su lenguaje mejora. Su paso mejora. Me hace sentir incómoda. No deja de pasear en torno al campamento, bebe té y asa pescado y conversa. De un día a otro ha superado el simple calificativo de «idiota» o «amnésico» y se ha convertido en un ser humano masculino, adulto. Y deseable, inconfundiblemente deseable. Ha sido mucho tiempo, estaba pensando en buscar a un compañero de cama conveniente en McCree's, y no me importaría encontrar a uno antes de eso. Pero me importa, y no ayuda en nada el que no sepa por qué. Su desnudez, su atractivo, hacen resonar notas de precaución y alarma; no puedo leer las estaciones en sus ojos. Empiezo a evitarle, paso largas horas comprobando las medio curtidas pieles, me siento en las rocas puliendo mi historia del monstruo, medito lúgubrementemente sobre el balance de mi crédito. Pero no puedo mantener mi mente ocupada en nada de ello. Distraída, malhumorada, inquieta, recorro la playa y me siento inquieta cuando me desnudo para meterme en el agua. Me gustaría transmitirle mis inquietudes a Keam, pero Keam ni se me acerca ahora. No me siento feliz. Cuando el hombre me llama a cenar, acudo reluciente y mantengo el fuego entre nosotros.

Las estrellas se arraciman en todas partes, excepto al noroeste, allá donde han sido tragadas por la bruma. Las contemplo desde el camastro, que he llevado hasta un lado del campamento y donde paso las noches. Estrellas blancas, amarillas, azules, rojas; mundo natal, mundo hogar, mundo escuela, mundo entrenamiento, mundo comercio. Las estrellas encima mío no son las estrellas que conozco, pese a los nombres que les doy; les doy nombres sin convicción ni deseo. El hombre se mueve en torno a mi choza, cribando por entre los detritus de mi vida. No me había dado cuenta de que estuviera tan cerca. Arrastro el camastro más hacia la playa, casi hasta la línea de la marea alta. Todavía puedo oírle. Cubro mi rostro con los brazos.

He perdido el tiempo. La playa no me dice nada, ni el cielo, ni el mar. Toco mis pieles y no sé si se están curtiendo, o si están curtidas, o a punto de pudrirse. Desprendo la más dañada y la llevo a la playa, me siento en la cálida arena para palpar y tirar y oler. ¿Color? ¿Olor? ¿Lustre? ¿Suavidad? Ya no sé nada, no importa, no sé por qué me preocupo. Dejo mi piel sobre la playa y me aparto. Cuando vuelvo, el hombre se la ha llevado al interior de la choza y está trabajando en ella. Dejémosle solo.

Los días pasan uno tras otro, comida tras comida, dormir y despertarse y dormir de nuevo. Deja la comida para mí en la playa. Como mientras él está en el agua comprobando los armazones. Más tarde trabaja con la piel, por la noche se sienta a la luz de la lámpara y estudia los mapas. Yo permanezco tendida cerca del borde del agua y lo observo. La luz del fuego danza sobre su piel, formando sombras danzantes. El agua roza mis pies y la imagen huye. Gateo hasta mi camastro y contemplo las olas.

Cuando desaparece la oscuridad subo la duna hasta Keam. Retrocede ante mi presencia, reculando paso a paso hasta que desaparece, y yo me siento sola en la hierba. El viento sopla sobre mi rostro. El hombre está de pie hundido en el agua hasta la cintura, tirando de cuerdas; al cabo de un rato emerge, radiante y chorreando, con peces en cada mano. Qué extraño, querer jugar con los peces. El sol es demasiado caliente. Me duele la cabeza. Pasa el tiempo.

—Minnen.

Quizá lo hayan dicho las aves marinas, o las olas bajo mis manos.

—Minnen.

Lleva la piel estropeada rodeando su cintura, está de pie a mi lado en el agua, tiene un rostro hermoso. Toco la tira de piel que rodea su cintura, siguiendo la línea de su vientre. Suave y cálida, dura y cálida, una maravilla de textura. Toma mi mano y me conduce a la playa. Lo sujeto entre mis palmas, pruebo el cálido sabor. Es gentil, cuidadoso, se mueve en mí como el mar, y hay algo que debería saber acerca de eso pero no importa. No importa en absoluto. Se está muy cálido dentro de la choza. Sonríe mientras duerme.

Hoy es más pequeño que ayer. Ayer era más pequeño que el día anterior. No sé lo que significa esto. Camino por la espuma mientras él se ocupa de procurar la comida. Las dunas están vacías. Camino en el agua, en el agua, en la espuma.

Dice que el viento se alzaré muy pronto. Duerme fuera para vigilar las pieles. La choza es extraña sólo conmigo dentro. Me siento en el umbral. Las olas se estremecen a la luz de la luna. Camino por el agua. Frío en los muslos y en los dedos, frío en los pechos y en los brazos. El mar resplandece. Cuando se alza el sol, todo él rojo y furioso, el mar parece furioso también. El sol hace que me duelan los hombros. Él entra en el agua y saca cuidadosamente, delicadamente, una tras otra, las pieles de sus armazones. Las dobla y las coloca en sacos grises. Algo desciende de la duna, curioso, andando sobre seis patas. El hombre toma las cosas del campamento y las reúne haciendo un fardo con telas y cuerdas, y las coloca en el lomo de la criatura. Juntan sus rostros. El hombre sonrío. Se acerca a la playa. La clara agua se desliza en torno a mis rodillas. El hombre se me acerca, llevando cosas sobre su cuerpo. Dice algo que no comprendo. Me encojo de hombros y permanezco de pie en el agua, en el agua, observando. Se vuelve hacia el animal y dice algo más, y los dos trepan la duna y desaparecen al otro lado.

Las olas son más altas ahora. El viento es frío. La arena se mueve y agita bajo las plantas de mis pies. Bajo la vista a través de la clara agua. Allá abajo todo es hermoso y azul y brilla como con colores.

Hay un cambio en mí.

Título original en inglés: *Sea Changes*  
Traducción de Domingo Santos

## **Remembranza Cynthia Morgan**

*La autora de este relato tiene 33 años y vive en Nebraska, donde estudia programación de ordenadores al tiempo que escribe cuentos de ciencia ficción y prepara su primera novela del género. Su obra ha aparecido ya en revistas tan prestigiosas como Analog, Galaxy y Omni. Ésta es, sin embargo, su primera colaboración en esta revista; esperamos que no será la última.*

Entonces pudieron sentir arder la ciudad, durante la Remembranza de la Caída.

*Nubes de humo como incienso derivaban por un jardín de plantas exóticas que se habían extinguido antes de que el primer ser humano alcanzara aquel mundo... Un soldado ydrisiano, insectoide en el resplandeciente caparazón de su armadura, montaba guardia en la parte exterior de una puerta que se había combado por el calor... Una pared de cristal, aún incólume, reflejaba los carbonizados cascotes...*

James Fabry caminaba por una tranquila calle residencial, con la embajada y sus responsabilidades a varias manzanas a su espalda y casi olvidadas. El edificio estaría desierto ahora, los seres humanos que vivían y trabajaban allí lo habrían abandonado, solos o en pequeños grupos, desde principios de la tarde de ayer. Fabry podría haberse ido entonces con Alison, pero se tomaba en serio sus deberes como embajador y había permanecido en su oficina toda la noche, atendiendo los asuntos que no podían aguardar tres días, hasta el final de su Remembranza. Ahora, sin embargo, era libre de gozar de la fría mañana y compartir la recordada historia ydrisiana.

*Tres cadáveres, calcinados más allá de todo reconocimiento individual, formaban un ilegible ideograma allá donde habían caído en un patio. Dos eran y ansianos; el tercero no...*

Tomó una grabadora de su bolsillo y dictó sus impresiones de la escena, a fin de estar seguro de recobrarlas más tarde bajo hipnosis. No había sabido que hubiera ningún sapiens alienígena en Ydris en tiempos de la Caída.

Luego siguió caminando, a través de una parpadeante bruma de suaves colores y un zumar apenas audible. Todavía había demasiado ydrisianos dentro de su alcance, compartiendo recuerdos a la vez. Al contrario que los ydrisianos, los humanos no podían manejar recuerdos simultáneos. Cruzó la calle hasta un pequeño parque.

*El capitolio estaba ardiendo.*

*Había sido testigo de su destrucción antes, quizá una docena de veces en los tres años que llevaba en Ydris, pero nunca desde aquel ángulo, o de noche. Se detuvo en la plaza, debajo de la entrada norte, donde una sección de la pared se había derrumbado. Dentro, las llamas danzaban en torno a las enormes columnas, lamían los techos abovedados, alcanzaban los delicados frisos y cubrían los ennegrecidos murales. El humo oscurecía la mayor parte del cielo, pero aquí y allá brillaban las estrellas al compás de las ráfagas de viento. Sus ojos ardieron y lagrimearon bruscamente. Alguien invisible tosió a su izquierda. Hubo como un agudo campanilleo...*

...y el parque, del que había sido consciente como una imagen fantasmal sobreimpuesta sobre el pasado, se solidificó a su alrededor, con su apacibilidad rota por el zumar del comunicador unido a su muñeca. Apretó furioso el pulsador.

—¿Qué ocurre?

—Robert Sember ha llegado a Ydris hace una hora.

—¿Quién? —preguntó, luego recordó.

—El agregado que estaba esperando usted —respondió el ordenador—. Se halla ahora en el puerto.

—No se suponía que llegara aquí hasta la semana próxima.

—Eso le expliqué a él —dijo el ordenador, y Fabry sonrió, imaginándose a Sember enfrentado a la implacable lógica de la máquina—. Pidió al capitán de la nave que alterara el rumbo y se detuviera primero aquí.

Aquello no era divertido.

—¿Por qué está aún en el puerto? No, no me lo digas. No hay nadie aquí debido a la Remembranza.

—No se esperaba ninguna nave.

—Llámale y dile que estaré allí tan pronto como pueda. —Se volvió hacia la embajada—. Y ten preparado mi coche para dentro de diez minutos.

La terminal que habían construido los ydrisianos para sus visitantes humanos era inmensa, y su tamaño reflejaba tanto el gusto de los ydrisianos hacia la arquitectura monumental como las primeras y abiertamente optimistas estimaciones del Departamento de cuántos humanos serían finalmente asignados allí. Emborrachados por el pensamiento de las mentes humanas empapándose sin esfuerzo de imágenes del pasado ydrisiano, los oficiales superiores del Departamento habían planeado enviar a miles de personas a multitud de misiones políticas, científicas y culturales. Eso no había funcionado. Fabry había observado a los empleados del Departamento de Estado pasar rápidamente por la embajada, y después del primer año nunca habían habido más de cincuenta miembros regulares de personal. El lenguaje ydrisiano había sido un bloque de freno, la cultura otro, pero irónicamente, la experiencia de compartir había sido lo que había causado la mayor cantidad de problemas. El Departamento se había sentido decepcionado, pero a Fabry, personalmente, no le importaba la magnitud del personal de la embajada. A aquellos que se habían quedado les gustaba estar allí, y muchos habían rechazado incluso una promoción si eso significaba un traslado.

Se preguntaba cuánto tiempo iba a durar el agregado diplomático.

Sember estaba en una sala cerca de la entrada oeste de la terminal. Había hecho esperar al piloto de la lanzadera. Cuando Fabry se acercó, el agregado se volvió y le dijo brevemente algo al piloto, que se alejó sin una palabra. Fabry añadió la escena, junto con las implicaciones de aquel cambio de rumbo, a una escala imaginaria donde sopesaba lo que sabía de Sember, lo bueno contra lo malo. Estaba empezando a inclinarse horriblemente hacia un lado.

—¡Jim! ¡Qué alegría verle de nuevo!

Fabry esperó que su saludo no sonara tan artificial como el de Sember, pero probablemente así fue. Aunque se habían encontrado varias veces en sus funciones para el Departamento de Estado, no recordaba al agregado, un hombre bajo y delgado familiar, solamente por los hologramas que había enviado el Departamento. Ante la carencia de recuerdos personales, tenía que confiar en lo que había oído del hombre. Sember tenía la reputación de un trabajador brillante y de una personalidad difícil.

Ayudó a Sember con su equipaje. De vuelta a la ciudad, intercambiaron noticias de sus conocidos mutuos en el Departamento. Fabry esperaba que Sember mencionara de pasada por qué había sido asignado a Ydris, puesto que la amplia variedad de las misiones pasadas del agregado había hecho imposible que el embajador lo adivinara. Cuando los muros de la ciudad aparecieron a su vista, Fabry hizo directamente la pregunta.

—¿Por qué estoy aquí? —la voz de Sember sonó como un eco—. Investigación histórica. —Pareció divertido con la idea—. Esta vez me enviaron como historiador.

Fabry asintió, ocultando su desagrado ante la respuesta. De todos los papeles posibles que Sember podía representar allí, el de historiador era el que menos le gustaba a Fabry.

Inicialmente habían sido asignados tres historiadores a la embajada, pero ahora ya no quedaba ninguno, reemplazados hacía dos años por un intérprete cultural y un artista (a quienes tendría que comunicarles la presencia de Sember, pensó, tomando nota mental de llamar a Alison y Keith tan pronto como le fuera posible). Los historiadores se habían sentido confusos ante los nativos de Ydris, cuyos conceptos del tiempo y el pasado eran casi incomprensibles para los humanos. Los ydrisianos arrastraban siempre consigo su pasado; era una carga demasiado vivida para poder ser depositada a un lado y medida. Los informes que los historiadores habían enviado de vuelta a la Tierra habían sido embarazosamente vagos, patéticos en comparación con la inmediata espectacularidad del trabajo que Alison y Keith estaban haciendo. Fabry no se había sorprendido cuando los historiadores solicitaron su traslado. Sí le sorprendía que el Departamento enviara a otro, especialmente a alguien del rango de Sember.

Estaba intentando pensar en una forma de extraer más información del agregado cuando cruzaron la puerta y entraron en la ciudad.

El viaje de ida y vuelta al puerto había sido un vacío sensorial; la carretera estaba desierta, y no había ydrisianos dentro de un radio de alcance. Eso cambió cuando pasaron junto a un grupo de niños que jugaban junto a la puerta. Fabry apenas tuvo tiempo de advertir su presencia, y de notar el débil moteado gris sobre azul de su piel que significaba que estaban cerca de la adolescencia, antes de que sus pensamientos fueran barridos por un flujo de imágenes, y se descubrió forcejeando para mantener el coche en su dirección dentro de la fantasmagórica geometría de la calle.

*Bajó la vista hacia una rampa que conducía bajo tierra. Brotaba humo de abajo, y el eco de ahogados gritos... El fuego trepaba por las secas enredaderas que se aferraban a la pared, dejando detrás un encaje de cenizas...*

Se dio cuenta de que Sember le había dicho algo, pero tuvo que esperar hasta que estuvieron más adentro de la ciudad y las imágenes dejaron paso a un parpadeo color pastel, un débil zumbido, antes de volverse al agregado.

—¿Qué ha dicho?

—Dije: ¿prefiere que conduzca yo? —Al ver el ceño fruncido del embajador, añadió rápidamente—: No estoy criticando su forma de conducir, pero parece usted... distraído. Tal vez fuera más fácil llevar una conversación si me dejara conducir el resto del camino.

—¿Cree que podría? Se necesita un tiempo para acostumbrarse a conducir aquí. El compartir puede ser, ¿cómo describirlo?... , fuente de distracciones.

—No para mí.

—¿Oh?

—Soy no receptivo. Totalmente no receptivo.

Fabry le miró, incrédulo.

—No todos somos receptivos, ya sabe.

—Sí, lo sé —dijo Fabry—. ¿Pero por qué...? —Dudó. El tacto de la larga práctica se apoderó de él, y el resto de la pregunta murió en el silencio. Antes de que pudiera pensar en una forma de plantearlo más educadamente, los recuerdos torbellinearos de nuevo sobre él, y tuvo que dedicar toda su atención a conducir el coche.

Tomen un jardín de respetable tamaño, completo con un estanque de arenosas orillas, lleno de peces. Rodéenlo con una pared de varios metros de altura y edifiquen



hacia fuera, a partir de ahí, durante varios cientos de metros, uniendo las estructuras con corredores de techo de cristal. Incluyen algún ocasional patio interior.

A los ydrisianos les gustaban los edificios monumentales, y cuando construyeron la embajada para sus huéspedes humanos tuvieron en cuenta las primitivas estimaciones del volumen de personal. Sin embargo, no habían tenido en cuenta los límites de la receptividad humana. Como resultado de ello, el personal vivía y trabajaba en las habitaciones exteriores, donde era posible compartir, pese a que las suites que dominaban el jardín eran, siguiendo el diseño ydrisiano, las más grandes y elegantes.

Era una de esas suites interiores la que Fabry había ordenado preparar para el agregado. Los recién llegados a Ydris hallaban a menudo difícil adaptarse a la experiencia de compartir; necesitaban un lugar donde retirarse del poco familiar caos del pasado ydrisiano. Pero esa precaución, reflexionó Fabry, había sido innecesaria con Sember.

—¿Quiere beber algo? —preguntó el agregado.

—No, gracias. —Observó a Sember mientras se servía una copa—. Ninguno de nosotros bebe ya. El alcohol interfiere con la receptividad.

—Sí, he oído eso.

—Me sorprende. No creí que nadie en la Tierra hubiera leído ese informe. Siguen enviándonos los habituales cargamentos de licor y drogas recreativas.

—¿Han abandonado también las drogas?

—La mayor parte de ellas interfieren igual que el alcohol.

Sember agitó la cabeza.

—Qué dedicación. No esperaba que este compartir significara tanto para ustedes. Después de todo, sólo están recibiendo parte de sus recuerdos, las sensaciones físicas. No reciben los pensamientos y los sentimientos conectados con ellos.

—Eso es cierto; sin embargo... —No deseaba ofender a Sember, pero el hombre tendría que darse cuenta, más pronto o más tarde, de que iba a hallarse impedido en Ydris. Se preguntó de nuevo por qué el Departamento había enviado a alguien que no era receptivo—. Es esencial.

—¿De veras? —la voz de Sember era helada—. Nunca lo hubiera creído. Siempre hay el lenguaje.

Fabry apartó la vista. El jardín, con sus flores de múltiples colores, era casi chillón a la luz del sol; la superficie del estanque, rizada por la brisa, era un resplandeciente espejo cuarteado. No deseaba discutir con el agregado.

—Tengo que atender algunos asuntos —dijo, lo cual era cierto. Tenía que hablar con Alison y Keith, y pronto—. Si me disculpa...

Alison fue la primera en llegar a su oficina, casi una hora después de que la llamara. Se echó en el diván en una pose descuidadamente erótica que él encontró irritante, puesto que le ignoró por completo inmediatamente después de saludarle. Alison, una atenta amante en otras ocasiones, lo olvidaba completamente, a él o a cualquier otro, cuando estaba trabajando; y ahora estaba trabajando, dictando notas a la grabadora que siempre llevaba colgada del cuello con una cadena de oro: reflexiones sobre escenas que había compartido antes, comentarios de pasada sobre recuerdos a medida que los experimentaba.

Keith llegó veinte minutos más tarde.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Qué ocurre? ¿Por qué nos has llamado?

Fabry no le culpó por mostrarse irritado; a él tampoco le había gustado que Sember interrumpiera su compartir de la Remembranza. Ésta, y sus cuatro contrapartidas más alegres a lo largo del año, eran las más importantes entre las raras ocasiones en que los humanos podían unir fácilmente los recuerdos que recibían a acontecimientos históricos específicos.

—El agregado ya está aquí. Sember. Llegó hace unas horas.

Alison bostezó.

—¿Ah, sí?

—Es...

*Una columna de soldados descendía por una larga ladera...*

La imagen permaneció sólo un momento. Alison había tomado su grabadora; la dejó caer de nuevo con un suspiro.

—Es totalmente no receptivo al compartir de los ydrisianos.

Keith se alzó de hombros.

—Es una lástima que el Departamento envíe a alguien que se sentirá impedido aquí, pero ése es su problema, no el nuestro.

—No enteramente. Sember está aquí como historiador.

Hubo un silencio. Finalmente Alison preguntó:

—¿Por qué lo habrán enviado?

—Alguien en la Tierra no debe estar contento con nuestro trabajo —sugirió Keith.

—No he oído nada que indique eso —señaló Fabry, pero como elemento tranquilizador, frente a la llegada de Sember, su respuesta era inadecuada.

Keith y Alison intercambiaron una rápida mirada; luego el artista desvió la vista y pareció sumirse en el estudio de una figurilla de bronce. Sus dedos se agitaban intranquilos, como si estuvieran ansiosos de moverse sobre el teclado de su realizador, creando con la ayuda del ordenador sus representaciones tridimensionales del pasado de Ydris. Su trabajo era espléndido: tanto las piezas inmóviles como las cinéticas, minidramas en sí mismas, podían confundirse con hologramas. Alison también era extraordinaria en su habilidad para describir e interpretar una escena, con o sin las realizaciones de Keith, situando incluso los detalles más ínfimos en su adecuada perspectiva cultural. Fabry estaba orgulloso de los informes que habían estado enviando; encontraba difícil de creer que alguien del Departamento se sintiera insatisfecho. Pero, de todos modos, pocos de la Tierra habían estado en Ydris, y aunque había intentado explicarles la situación aquí, no cabía esperar que todos la comprendieran.

Transcurrieron los minutos, saludados uno a uno por un antiguo reloj sobre su escritorio. De nuevo fue Alison quien rompió el silencio.

—¿Qué vamos a hacer con él? —preguntó.

*Le ayudaremos, había dicho Fabry. Y quizá, si le ayudamos lo suficiente, se vaya.*

Pero Sember no parecía desear ni necesitar mucha ayuda.

Fabry sólo tuvo que presentar al agregado a un cierto número de oficiales ydrisianos; una recepción en la embajada y unas cuantas reuniones informales se ocuparon de ello. Y aunque había esperado que Sember le pidiera ayuda, reconociendo inevitablemente que su incapacidad de compartir los recuerdos ydrisianos constituía un impedimento, esa petición nunca llegó. El agregado nunca parecía hallarse en

inferioridad de condiciones cuando trataba con los ydrisianos. Como había dicho, siempre estaba el lenguaje.

Fabry no había creído que fuera suficiente. El lenguaje ydrisiano era menos un medio de comunicación que una herramienta para manejar lo abstracto. Era un lenguaje altamente formal y matemáticamente exacto, y aunque hacía las delicias de los lingüistas allá en la Tierra, era considerado y utilizado con mucho menos entusiasmo por el personal de la embajada. Comparado con las vividas e inmediatas imágenes del pasado, el lenguaje era pálido y carente de vida. Fabry sentía compasión hacia Sember por verse restringido a él.

El agregado no parecía darse cuenta de ello, como tampoco parecía preocuparle la frialdad con que era tratado por el personal de la embajada o la distancia entre su suite y las habitaciones de los demás. Afortunadamente, no había pedido ser trasladado a otras habitaciones más próximas al resto del personal. Hasta el momento no se habían producido discusiones abiertas, pero el resentimiento latía bajo una helada superficie. Muchos consideraban la misión del agregado allí como una crítica hacia Keith y Alison, su constante presencia como una amenaza.

Sember era mucho más popular con los ydrisianos. Les gustaba su fácil dominio de su lenguaje (y Fabry se sentía dolido ante el reconocimiento de que Sember era mucho más fluente en el ydrisiano que muchos otros que llevaban años en el planeta), y disfrutaban intentando explicarle cosas únicamente a través del lenguaje. Para ellos era un juego. Fabry creía que su interés en el juego disminuiría a medida que transcurrieran las semanas, pero no era así. Allá donde veía al agregado fuera de la embajada, Sember era el centro de un grupo de obviamente fascinados ydrisianos. Sember parecía infantil en medio de ellos, con la parte superior de su cabeza que ni siquiera alcanzaba la altura de sus hombros, pero Fabry nunca vio al agregado ser tratado con la condescendiente tolerancia que algunos ydrisianos, poco acostumbrados a tratar con humanos, exhibían hacia otros miembros de la embajada. Fabry empezó a darse cuenta de que algunos de los suyos se sentían celosos del agregado.

No ayudaba en nada que Sember fuera muy bueno en su trabajo.

Envió a la Tierra su primer informe nueve días después de llegar a Ydris. Los informes fueron diarios a partir de entonces, y largos y detallados, y totalmente distintos de los que había estado enviando la embajada durante los últimos dos años. Keith podía proporcionar a la Tierra la realización de una escena, y Alison podía describirla y explicarla, pero lo que Sember enviaba era historia narrativa: se había producido un cierto acontecimiento en un cierto lugar; algunos ydrisianos habían participado en él; los motivos habían sido esos y los resultados esos otros. Daba nombres y lugares y, cuando Sember llevaba en Ydris algunas semanas, fechas. Al principio se limitó a situar los acontecimientos simplemente en orden cronológico —un logro en sí mismo, algo en lo que algunos otros miembros de la embajada habían tenido muy poca suerte—, pero pronto progresó a aventurar suposiciones respecto a cuándo exactamente se habían producido esos acontecimientos. Siempre era muy cuidadoso, sin embargo, en preceder cada informe con una afirmación cautelara respecto a que las fechas eran «tentativas».

—*iTentativas!* —bufó Keith—. *Arbitrarias* sería más correcto.

—Dice que posee los datos para respaldarlas —observó Fabry, relucante, incómodo en el papel de abogado del diablo. Estaba cansado de hablar de Sember con Keith y Alison. Era su sexta visita a sus oficinas en otros tantos días. Ostensiblemente estaban allí para mostrarle su último informe, pero como siempre la conversación había gravitado hacia el terna del agregado—. He visto parte de la información que ha reunido. Parece impresionante.

—¿Comprendes cómo ha llegado a sus conclusiones? —preguntó Alison.

—No, no exactamente. Pero eso no significa que esté equivocado, o que sus datos sean incorrectos.

—Aunque los datos sean correctos, sigo cuestionando sus conclusiones —dijo Keith—. Es un borracho.

—Bebe. Eso no significa que no se pueda confiar en él. No ha habido ninguna queja sobre él por parte de los ydrisianos. Y por todo lo que sé, no bebe cuando está trabajando en sus informes.

—Entonces, ¿le crees? ¿Piensas que su trabajo es válido?

No deseaba responder a las preguntas de Alison. Esto no sólo le obligaría a elegir bando, sino que aún no podía responderlas. Había dado algunos de los informes de Sember a Teravay, un amigo ydrisiano. Teravay se había mostrado intrigado por los informes, pero los había hallado demasiado extraños conceptualmente como para poder analizarlos de inmediato. Prometió, sin embargo, hacerle saber a Fabry tan pronto como fuera posible si los informes encajaban o no con los recuerdos ydrisianos.

Alison estaba mirándole fijamente, aguardando su respuesta. Desesperado, cambió de tema.

—¿Habéis oído que viene un bardo a la ciudad?

La mujer parpadeó. Durante unos breves momentos fue incapaz de hablar, y cuando lo hizo su voz era ronca:

—¿Lo dices en serio?

Asintió.

—Estaba empezando a pensar que nunca vería uno —dijo Keith—. ¿Cuándo lo tendremos aquí?

—La tendremos. Dentro de cinco días.

—¿Se nos permitirá asistir al recital? —preguntó Alison.

—Sí. A menos, por supuesto, que se trate de algún tipo de biografía.

—Maldita sea, eso es cierto. —Keith frunció el ceño—. Esperemos que no.

Fabry también lo esperaba. Su personal necesitaba desesperadamente algo que le levantara la moral, y la aparición del bardo serviría a este propósito mejor que cualquier otra cosa en la que pudiera pensar, excepto la partida de Sember.

Sólo había unos pocos bardos en el planeta, maestros de la más antigua y probablemente la más espléndida forma de arte ydrisiana. Mientras todos los demás ydrisianos utilizaban a la vez el lenguaje y el compartir para comunicarse, los bardos trabajaban sin la palabra hablada, utilizando sólo los recuerdos para construir una historia. Los humanos llevaban años ansiosos por asistir a un recital, pero ningún bardo había llegado a la ciudad, y habían cancelado su aparición en otros lugares cuando había humanos entre la audiencia. Al parecer los bardos tenían sus dudas sobre los humanos y su limitada capacidad de compartir. Ahora parecía que habían cambiado de opinión, y los humanos podrían asistir a un recital..., a menos que fuese biográfico.

Había sido un panegírico hacia un hombre de estado ydrisiano lo que había alertado por primera vez a la embajada sobre los peligros de compartir una serie de memorias relativas a una única personalidad. El panegírico había sido breve, no más de diez minutos, pero Fabry y varios otros se habían sentido desorientados durante varios días después. Los funerales también se hallaban fuera de los límites de los humanos, puesto que implicaban un compartir inicial de los recuerdos del fallecido desde su infancia hasta el momento de su muerte. Un recital, debido a su reputada intensidad, podía ser aún más peligroso.

—Supongo que no habrá ninguna forma de saberlo por anticipado...

Fabry negó con la cabeza.

—Sabes que no la hay —le dijo a Alison—. Pero le he pedido a Teravay que me lo haga saber si considera que podemos correr algún peligro. Él es capaz de reconocerlo mucho antes que nosotros.

—Estupendo.

Tanto ella como Keith estaban sonriendo cuando se marcharon, un poco más tarde, y ninguno de los dos mencionó de nuevo a Sember. Hablarles del recital, decidió Fabry, había sido una útil estratagema. Se preguntó qué utilizaría la próxima vez.

No tuvo que preocuparse por ello durante varios días. El buen humor de Keith persistió, y el día antes del recital incluso permitió que Sember entrara en su estudio. Había visto a Fabry pasar junto a su puerta y lo llamó, sin saber que Sember seguía al embajador, de vuelta ambos de una recepción. Keith frunció el ceño cuando el agregado cruzó también la puerta, pero en vez de formular objeciones se limitó a encogerse de hombros y se volvió a Fabry.

—¿Qué opinas de esto? —preguntó, haciendo un gesto hacia el cubo realizador.

Era una especie de reptil, de algo más de un metro de largo, con una rugosa piel negra y un lomo ancho y aplastado.

—Nunca había visto nada así antes.

—Es una especie extinta.

Sember se acercó al cubo.

—¿No tendría que haber una cresta en su lomo? —preguntó.

Keith le miró fijamente, luego cerró los ojos por un momento.

—Tiene razón. —Se dirigió al teclado. El interior del cubo resplandeció por unos breves segundos mientras brotaba una cresta en el lomo del animal. Keith estudió la imagen, asintió, y miró de nuevo a Sember—. ¿Cómo lo supo?

—Vi una imagen de ese animal en alguna parte.

—¿Dónde?

—No recuerdo.

—Si pudiera recordarlo —dijo Fabry rápidamente, captando la irritación de Keith—, nos ayudaría mucho. El arte representativo es extremadamente raro en Ydris.

—Podemos utilizar la hipnosis... —apuntó Keith.

—No, no pueden —dijo Sember—. No comparto su obsesión por los recuerdos, míos o de otros. Pero si recuerdo dónde lo vi —su mirada se volvió a Fabry—, se lo haré saber. —Abandonó la habitación.

Fabry miró a Keith. Tuvo la impresión de que debía decir algo, pero no se le ocurría ninguna palabra, y el artista había vuelto ya a su teclado.

—No creo que Sember deba asistir al festival —dijo Alison.

—¿Hum? —Fabry había creído que ella estaba dormida; él al menos casi lo estaba. Cuando ella se sentó en la cama y encendió la luz, él parpadeó, protegiéndose los ojos con una mano.

—Jim, ¿no podrías pedirle...?

—¿Que se mantuviera apartado? No.

—Keith no cree tampoco que Sember deba estar allí. No pertenece a ese lugar.

—Pertenece a ese lugar tanto como cualquiera de nosotros.

—Pero no puede compartir lo que nosotros compartimos con los ydrisianos. Y no estoy segura de que perteneciera ni aunque fuese receptivo. Has visto sus informes.

Número y secuencia, causa y efecto..., no hay lugar en su vida para la experiencia directa.

—Si puedes llamar experiencia directa a las imágenes que han pasado a través de Dios sabe cuántas mentes.

Ella lo miró fijamente.

—Ése es el tipo de cosa que diría él. —Volvió a apagar la luz y se tendió de nuevo, esta vez en el borde de la cama, Les separaba menos de un metro, pero Fabry se sintió incapaz de salvar aquella distancia precisamente en aquel momento.

La plaza al oeste del capitolio estaba repleta de ydrisianos, pero había sido reservado un espacio para la delegación humana en la escalinata del capitolio, cerca del estrado donde se situaría el bardo. No era muy cómodo sentarse en los escalones, pero sólo tuvieron que aguardar unos minutos antes de que se hiciera el silencio en toda la plaza.

Era un silencio que Fabry había conocido ocasionalmente en Ydris, cuando uno de los nativos del planeta estaba fuertemente irritado. Su piel hormigueó por un momento con la extraña sensación de hallarse tan cerca de tantos ydrisianos a la vez, y sin embargo no estar recibiendo nada. Así que eso era lo que sentía Sember.

Se volvió hacia el estrado. Una mujer ydrisiana, tan vieja que su moteada piel era casi completamente gris, estaba de pie en él. Iba vestida con una túnica negra muy sencilla. Estaba estudiándola en vano, buscando algún rasgo que la distinguiera de los demás ydrisianos, cuando le llegó una escena recordada que barrió a un lado todos sus esfuerzos.

*Estaba de pie al borde de una plataforma que dominaba el océano. Muy abajo, a una distancia turbadoramente enorme, la resaca espumeaba en las quebradas rocas...*

Necesitó todas las fuerzas a las que pudo recurrir para liberarse de la imagen, y pese a todo, mientras miraba a su alrededor en busca de Teravay, las olas se cerraron ocasionalmente sobre la audiencia. Al fin vio a su amigo. Teravay estaba ya mirándole directamente. El ydrisiano hizo una inclinación afirmativa con la cabeza cuando sus ojos se encontraron con los de Fabry: sí, era seguro para los humanos permanecer allí.

Agradecido, Fabry empezó a volverse hacia el estrado, pero se inmovilizó cuando vio que Sember se había levantado y se estaba apartando de la delegación. El agregado volvió entonces la vista hacia él. Su mirada se encontró por un instante con la de Fabry. Sonrió irónicamente, se encogió de hombros, y desapareció entre la multitud.

Un momento más tarde las olas lo barrieron todo, y Fabry se dejó arrastrar por ellas.

Era ya de noche cuando el agregado regresó a la embajada. Fabry vio su coche ascender por el sendero. Aguardó diez minutos, luego se dirigió a la suite de Sember.

—Déjeme adivinar —dijo el agregado—. Está usted aquí para censurarme el haber abandonado el recital.

—Ninguna censura. Pero me gustaría una explicación.

—De acuerdo. Pero puede que necesite un cierto tiempo. —Hizo un gesto hacia una silla. Cuando Fabry se hubo sentado, Sember le preguntó si quería una copa.

—Sí, gracias.

El agregado no traicionó su sorpresa ante la no habitual respuesta a su habitual pregunta. Le pasó a Fabry un vaso de whisky escocés, luego volvió a su silla.

—¿Por qué abandoné el recital? —Meditó la respuesta con burlona gravedad durante quizá un minuto—. Por disgusto. Sí, creo que fue por disgusto. —Miró al embajador con divertida malicia.

Fabry no dijo nada, rechazando el cebo.

—¿No quiere saber por qué estaba disgustado?

—Supongo que usted insistirá en contármelo.

Un ramalazo de irritación cruzó el semblante de Sember.

—No estaba disgustado por el recital en sí o por nuestros anfitriones ydrisianos.

—Esperaba que no.

—Tengo una muy alta opinión de los ydrisianos. Pero nuestra delegación... —Hizo una mueca—. No podía quedarme allí y contemplar los rostros de ustedes, vacíos y reflejando incompreensión.

—¿Qué sabe usted de lo que comprendíamos y lo que no? No puede compartir.

—Maldita sea, Jim, no es eso... —Agitó la cabeza, y luego, más suavemente, dijo—: Cuénteme, ¿qué opina del recital? ¿Fue todo como ustedes esperaban?

—Por supuesto.

—¿Lo comprendieron?

Fabry apartó la vista.

—Yo diría que no. —Sorprendentemente, no había una nota de triunfo en su voz.

Fabry no deseaba hablar o pensar sobre el recital; sospechaba que a los otros les ocurría lo mismo. Había sido un grupo desacostumbradamente sombrío el que había regresado a la embajada. Incluso Keith, que se había mostrado tan entusiasmado desde un principio, había dicho simplemente que se iba a necesitar mucho tiempo para comprender exactamente la presentación del bardo. Hasta hoy Fabry nunca había oído hablar al artista de su trabajo en términos del tiempo necesario para completarlo.

—Todavía no hemos tenido suficiente tiempo para comprenderlo —dijo finalmente—. Más tarde, cuando Keith complete su realización... —Su voz se arrastró y murió bajo la burlona mirada del agregado.

—¿Una pobre imitación les dirá algo que no hizo el original? —Agitó de nuevo la cabeza—. No pueden hacer nada. Jamás comprenderán el recital. No pueden comprenderlo. No están recibiendo nada que importe realmente. Y ustedes lo saben. Ven lo que un ydrisiano vio en una ocasión, oyen lo que oyó, pero no saben lo que sentía o pensaba. Los ydrisianos sí. Son ustedes como sordos observando la interpretación de una orquesta. Las acciones de los músicos no son lo más importante; la sinfonía lo es..., pero el sordo no puede oírla. Sin embargo, ustedes se sienten tan entusiasmados con la habilidad de compartir parte del pasado ydrisiano que han olvidado el lenguaje y todo lo que éste puede decirles. —Hizo una pausa, dio un sorbo de su bebida—. ¿Saben ustedes que la ciudad cayó y fue reedificada varias veces?

Fabry asintió con la cabeza.

—Cuatro veces, creo. Pero ustedes siempre han creído que la Remembranza de la Caída se refería a un solo acontecimiento, ¿no? Jamás han sospechado que podían estar compartiendo recuerdos de más de un período de destrucción.

El embajador no respondió. Recordaba ver el capitolio ardiendo por la noche, al amanecer, al mediodía.

—A veces me pregunto —dijo pensativamente el agregado— si los ydrisianos son siempre completamente conscientes de lo a menudo que han destruido la ciudad. Ser incapaces de olvidar el pasado puede cegarles su visión del presente. La observación de

Santayana fue que aquellos que no recuerdan el pasado están condenados a repetirlo, pero si uno no puede olvidarlo, si no puede echarlo a un lado e ir más allá... —Suspiró.

—Creí que había dicho que tenía una alta opinión de los ydrisianos.

—La tengo. Pero tienden a reciclar su historia.

Fabry terminó su bebida y declinó la oferta de Sember de otra. De pronto deseaba marcharse de allí, aunque no, como siempre tras una conversación con el agregado, para hablar con alguien.

Cuando la puerta de la suite se cerró tras él, Fabry permaneció inmóvil en el pasillo durante unos instantes, sin saber qué hacer a continuación. Podía retirarse a sus propios aposentos y dejar que las sensaciones surgidas del pasado de Ydris le bañaran... No. Las palabras de Sember de reciclar la historia estaban demasiado frescas en su mente. Caminó por el pasillo, giró a la izquierda en vez de a la derecha, abrió una puerta raras veces usada y salió al jardín.

Al día siguiente Fabry hizo trasladar su oficina a la suite frente a la de Sember, al otro lado del jardín. Explicó el traslado diciendo que tenía que dedicar más tiempo a su trabajo y no podía permitirse las interrupciones casuales que había soportado hasta entonces.

Empezó a tomar sedantes para filtrar las memorias compartidas. El médico de la embajada se mostró sorprendido cuando se los pidió, pero mencionó el nombre de Sember, y eso explicó todas las preguntas no formuladas. Necesitó unos días para descubrir cuántas píldoras se necesitaban. Tres a la vez anulaban su receptividad pero le dejaban en un estado casi comatoso; con dos, las sensaciones quedaban amortiguadas hasta el punto de poder olvidarlas, y sin embargo seguía siendo capaz de equilibrar las intrincadas ecuaciones del lenguaje ydrisiano y ocuparse de todas sus responsabilidades como embajador.

Su relación con Alison, sin embargo, se desintegró. Al principio encontraba divertido el que ella detuviera una conversación a mitad de una frase para registrar una descripción de un recuerdo que él apenas podía sentir, pero pronto la diversión dio paso al aburrimiento, y de ahí a la irritación. Ella no sabía que estaba tomando sedantes. Él fingía compartir los recuerdos que recibía e intentaba actuar exactamente igual que antes, pero ella captó su frialdad y se fue alejando lentamente, y él ya no sentía deseos de cerrar el abismo emocional que se iba abriendo entre ellos. Se sintió casi aliviado cuando ella se mudó a otros apartamentos, aunque no pudo evitar el sentirse celoso cuando supo, dos días más tarde, que estaba viviendo con Keith.

Sin embargo, estaba demasiado atareado para que los celos durasen mucho. Supo por Teravay que los ydrisianos que habían estudiado los informes del agregado los consideraban válidos, y que los animaban, aunque él no estaba preparado todavía para pedirles su opinión respecto a la información que había espigado de sus largas conversaciones con sus amigos ydrisianos. Como tampoco deseaba hablar con Sember para averiguar lo similares que eran los métodos del agregado de los suyos. Su relación se había retirado a un terreno heladamente familiar desde el día del recital, y Fabry deseaba comprobar cómo se las arreglaba por sí mismo.

Estaba tan inmerso en su experimento, tan centrado en elaborar un método para comprender a los ydrisianos que reconciliara tanto a Sember como al personal regular, que no se dio cuenta de que el conflicto estaba sufriendo hasta tal punto una escalada que ya era imposible todo compromiso.

Se perdió la confrontación decisiva entre Keith y Sember, pero al cabo de pocas horas tenía el relato de varios testigos oculares, todos ellos tan iguales y plausibles —incluso predecibles— que parecía redundante interrogar a los protagonistas. No tenían nada nuevo que añadir, y ya había oído sus excusas antes.



Todo había empezado cuando el agregado insistió en que se le permitiera ver la realización de Keith del recital. Fabry no se hubiera atrevido a hacer esa petición. Incluso después de seis semanas, el recital seguía siendo un tema peligroso en la embajada, y especialmente con Keith y Alison, ninguno de los cuales había presentado todavía su informe. Fabry se dio cuenta de que Sember sabía exactamente lo que estaba iniciando. Pero no le hizo ninguna gracia la respuesta de Keith, ni la decisión del artista, al día siguiente de la discusión, de enviar una queja formal a la Tierra sobre el agregado.

—¿Estás seguro de que deseas que tramite esto? —le preguntó el embajador cuando el artista le trajo la queja para su firma.

—Es algo que tendrías que haber hecho hace semanas. Ese hombre es una influencia disruptiva aquí. Puesto que tú no lo haces, lo hago yo.

—Entonces quizá desees formular una queja contra mí también, puesto que ya estás en ello.

—Limitate a firmar esto, ¿quieres? Esas malditas habitaciones interiores... —Miró a su alrededor y agitó la cabeza—. Odio perder el tiempo aquí.

—Lo sé. —Fabry se tomó su tiempo leyendo la queja. Finalmente garabateó su firma al pie del formulario y lo arrojó a Keith por encima del escritorio. El artista lo tomó y se marchó inmediatamente.

Fabry hubiera podido añadir algunos comentarios propios a la queja, pero no lo había considerado necesario. Ya había enviado a la Tierra un relato factual del incidente, y seguramente aquél que había enviado al agregado a Ydris, fuera quien fuese, lo defendería. El Departamento no había tomado en consideración las opiniones de nadie de la embajada cuando lo envió allí; dudaba que ahora se preocupara por una simple queja.

Estaba equivocado, como descubrió una semana más tarde.

El mensaje estaba aguardándole cuando llegó a su oficina. Sember era reclamado de vuelta a la Tierra; una lanzadera aterrizaría en el puerto mañana por la tarde. Mientras Fabry leía el mensaje una y otra vez, pensó en los errores cometidos y en las oportunidades perdidas.

Sabía que debía comunicárselo inmediatamente al agregado, pero permaneció sentado ante su escritorio. Había transcurrido ya una hora, pero seguía siendo tan temprano que la luz del sol apenas había dado un mordisco a las sombras atrapadas en el jardín. Observó las luces de los aposentos de Sember encenderse, una tras otra. El agregado debía estar trabajando en un informe, quizá preparando entrevistas para más tarde, entrevistas que serían canceladas cuando se presentara Fabry con las noticias.

Las oportunidades perdidas.

Fabry no se había dado cuenta, hasta ahora, de la forma en que se habían malgastado las habilidades de Sember. Cegado por su antipatía hacia el hombre, el personal de la embajada no había tomado en consideración que Sember, protegido por su falta de receptividad, podía darles con toda seguridad al menos la visión de un completo extraño de las ceremonias ydrisianas a las que ellos no podían asistir. Los ydrisianos estaban tan acostumbrados a que los humanos declinaran sus invitaciones a funerales y otras remembranzas altamente personales que Fabry dudaba que alguna vez hubieran pensado en invitar al agregado. Y ahora era demasiado tarde.

Casi demasiado tarde.

Luchó por recordar algo que le había dicho Teravay hacía unos días. No había creído que la observación fuera importante, por lo que le había prestado poca atención en aquel momento, y ahora no podía recordar la fecha que Teravay había mencionado. Era posible que ya hubiera pasado, pero esperaba que no.

Una llamada a Teravay le tranquilizó. El ydrisiano pareció sorprendido por la petición de Fabry, pero aceptó hacer los arreglos necesarios.

Luego, tras volver la copia impresa del mensaje boca abajo sobre su escritorio, Fabry fue a ver al agregado.

—Me preguntaba si no le importaría cambiar los planes que tenga para hoy.

—Depende del cambio —respondió Sember, sin alzar la vista de la pantalla del ordenador y el informe que estaba editando.

—Me gustaría asistir a un funeral.

—Creía que los humanos no eran invitados a los funerales ydrisianos. ¿O acaso —alzó la vista con una sonrisa— tenemos que llorar a alguno de mis estimados colegas?

—Me temo que no es nada que pueda producirle tanta alegría como eso. El funeral es por un ydrisiano. Teravay le dirá todo lo que necesite saber al respecto. Estará aquí para recogerle dentro de cuarenta minutos.

—Es muy amable por su parte haberme comunicado esta agradable noticia. —Apagó el terminal—. ¿Por qué debo ir?

—Porque yo no puedo ir, ni enviar a nadie más en representación mía.

—Ésa es su razón. Ahora cuénteme la mía.

—Asistir a este funeral puede ser una de las cosas que justifiquen su presencia aquí. Puede silenciar a sus críticos.

Sember meditó aquello unos breves momentos.

—De acuerdo. Iré.

Fue al bar y se sirvió una copa. La bebió de un trago y se sirvió otra.

Fabry echó una mirada al reloj.

—No se preocupe —dijo el agregado—. Estaré listo a tiempo. —Salió de la habitación, llevándose consigo la botella y el vaso.

Media hora más tarde estaba de vuelta, caminando —observó Fabry con una cierta alarma— de un modo un tanto vacilante. Al menos el agregado se había vestido como correspondía, con un traje de ceremonia de seda marfil que no desentonaría demasiado entre los atuendos blancos que llevaban los ydrisianos en los lutos.

—Aún nos quedan unos minutos —dijo el agregado, y se dirigió al bar.

—No.

Sember le lanzó una mirada inquisitiva.

—¿No?

—Ya sabe cómo son los ydrisianos respecto al tiempo. Teravay debe haber llegado ya. No debe hacerle esperar.

Sember le miró unos instantes, luego agitó la cabeza y se echó a reír. Fabry no lo había oído reír nunca antes. Sin discutir, sin una palabra, el agregado se dirigió hacia la puerta. Fabry tuvo que apresurarse para atraparle.

Necesitó casi dos horas para conseguir una línea directa con su superior en la Tierra. En Montreal eran las cuatro de la madrugada; Douglas, cuando finalmente apareció en la pantalla, tenía los ojos hinchados y unas incipientes cerdas blancas en su mentón que reclamaban un afeitado.

—Espero que sea importante, Jim.

—Lo es. Demasiado importante para aguardar un mensaje...

Douglas le interrumpió con un gesto de su carnosa mano.

—No tienes que explicarme eso a mí. Sólo me estaba preguntando cómo justificarás el gasto de una llamada directa en la cuenta de Administración. Bien, ¿de qué se trata? No creo que los ydrisianos nos hayan declarado la guerra. ¿No? Entonces tiene que tratarse de Sember.

—Correcto.

—*Lamento* la forma en que se ha llevado todo este asunto. No hubiéramos debido enviarle sin consultarte primero.

—No hubierais debido llamarle de vuelta tampoco sin consultarme primero.

Douglas asintió.

—Eso también es cierto. Pero *las cosas* no estaban yendo bien ahí.

—*Una* queja...

—Por lo que Sember nos dijo, esa queja era más bien representativa.

—Su trabajo aquí ha sido valioso.

—Sus métodos, quizá. El hombre en sí es reemplazable.

—No a menos que nos enviéis a alguien que sea no receptivo, alguien que conozca perfectamente el lenguaje... —Su voz murió cuando vio cambiar la expresión de Douglas—. ¿Qué ocurre?

—¿Todavía sigues creyendo que Sember es no receptivo?

—¿Todavía? ¿Quieres decir que no lo es?

—Aceptamos que fingiera al principio que no podía compartir. Deseábamos que intentaras una forma distinta de enfrentarte a los ydrisianos, y pensamos que podías encontrar sus métodos más aceptables si creías que no tenía otra elección. Tenía que haberte contado la verdad hace ya semanas. Sin embargo, es un hombre arrogante, y siente un gran desprecio hacia tus métodos. Puede que haya considerado que seguir con su fingimiento iba a ayudarlo a validar sus puntos de vista. —Agitó la cabeza—. Arrogante. ¿Sabes que le dijo al capitán de la nave que lo llevó hasta Ydris que cambiara el rumbo y lo llevara ahí directamente?

Fabry no oyó la pregunta. Estaba mirando por la ventana. Ahora sólo quedaba una estrecha franja de sombra en un lado del jardín. Se preguntó lo avanzada que estaría la ceremonia del funeral.

—¿Jim? Una llamada directa es demasiado cara para los largos silencios.

Fabry se volvió de nuevo a la pantalla.

—No pongas esa cara. Te las arreglarás sin él. Y seguro que será mucho más fácil convencer a tu gente de que pruebe sus métodos una vez se haya ido.

—Por supuesto.

—Saluda a Alison de mi parte.

—Lo haré.

La pantalla se apagó.

Fabry se pasó las manos por el rostro. No sabía si era posible interrumpir un funeral. Deseaba llamar o ir hasta allí inmediatamente. Deseaba, de una forma irracional, gritar. Pero temía que su grito fuera tan inútil como cualquier otra cosa que pudiera hacer ahora. Sospechaba que era demasiado tarde, y lo era.

Su llamada a la Tierra había tomado prioridad sobre cualquier otra cosa, pero unos pocos segundos después de que la pantalla se apagara una luz señaló que había

otra llamada aguardando. Pulsó un botón, y no se sorprendió al ver aparecer el rostro de Teravay.

—Estoy llamando desde un hospital. Tenemos a Sember aquí.

Teravay lo esperaba en la entrada del hospital. Sus palabras expresaban simpatía, y sus gestos y expresión imitaban el pesar, pero fue la rápida sucesión de imágenes procedentes de la mente del ydrisiano lo que captó y mantuvo inmediatamente la atención de Fabry.

El embajador no había pensado en tomar ningún sedante antes de abandonar la embajada, y así vio, más claramente que los pasillos del hospital que estaban recorriendo, a Sember en su aparición en el funeral. Más vividos que los destellos del agregado, sin embargo, eran los recuerdos de otra vida, la de un ydrisiano. El ydrisiano era viejo, y se estaba muriendo.

Fabry chocó contra un repentino vacío, y notó que Teravay sujetaba su brazo y murmuraba una disculpa. La oscuridad se desvaneció, y se halló compartiendo un recuerdo de Sember derrumbándose, deslizándose flácido hasta el suelo.

—Entonces detuvimos la ceremonia —dijo Teravay—. Si lo hubiéramos sabido antes...

—No había forma alguna de que pudierais saberlo. —Por primera vez lamentaba que el compartir no fuera algo recíproco. Seguridad Mundial nunca hubiera permitido una embajada allí si los ydrisianos fueran receptivos a los recuerdos humanos, pero ahora Fabry veía que la situación tenía sus desventajas.

El agregado estaba en una cama, rodeado por un complejo equipo de apoyo vital, aunque no estaba en funcionamiento. Se hallaba en coma profundo. Fabry se preguntó si Sember seguiría aún con vida si el funeral hubiera proseguido hasta el compartir del momento de la muerte.

—Tiene que partir mañana hacia la Tierra.

—Puede hacerlo, si uno de nuestros médicos le acompaña —dijo Teravay.

Fabry asintió. Cuando Sember recuperara la consciencia, era probable que su personalidad se viera sumergida por las memorias ydrisianas; sería mejor que en aquellos momentos tuviera a un ydrisiano cerca.

Mientras contemplaba al agregado, sintió a la vez culpabilidad y remordimientos. Dudaba que Sember hubiera asistido al funeral si le hubiera dicho que era reclamado por la Tierra. Fabry sabía, por lógica, que el agregado hubiera tenido que admitir que era receptivo hacía ya semanas, y evidentemente antes del funeral. Sin embargo, la lógica no le consolaba. No sabía que nunca hubiera consolado a nadie.

Abandonó el hospital unos minutos más tarde. Fuera, envió a su coche de vuelta a la embajada. Deseaba caminar; necesitaba tiempo para pensar antes de llamar al Departamento.

Sus pensamientos vagaban en esquemas carentes de significado. Al principio había pensado que era debido a la nueva y no familiar intrusión de las memorias ydrisianas, pero finalmente se había dado cuenta de que no era aquél el problema. No servían de nada ni las explicaciones ni las excusas. Tenía que relatar los hechos al Departamento y dejar que fueran ellos quienes construyeran su propia interpretación del pasado.

Estaba pensando en llamar de nuevo a su coche cuando vio una escuela cerca, y en vez de hacerlo se acercó a ella. Había varios niños ydrisianos en el patio de juegos. Imágenes de gigantes en un mundo de excesivo tamaño lo asaltaron. Los niños eran muy pequeños, su capacidad de compartir aún no se había desarrollado por completo. Sólo ocasionalmente captaba, entre los brillantes fragmentos nuevos de experiencia,

personas, recuerdos que eran mucho más antiguos, acumulados lentamente, en estratos, como en los lechos de roca. El suyo era, en su mayor parte, un mundo brillante, sin problemas ni complicaciones. Se detuvo para compartirlo por unos instantes.

Título original en inglés: *Remembrance*  
Traducción de Domingo Santos

## **El oro y el moro** **James Tiptree Jr.**

*James Tiptree Jr. —de su verdadero nombre Alice Sheldon—figuró ya en el sumario de nuestro número 6 con el espléndido cuento Lirios (Un relato de Quintana Roo). De ella ha dicho Roben Silverberg que «su técnica de desarrollo perpetuo es lo que hace que cualquiera de sus historias sea un ejercicio de metamorfosis de! contenido y la expectación». Ganadora de varios premios Hugo y Nébula por sus relatos, entre ellos el famoso Houston, Houston, ¿me recibes?, nos ofrece aquí, bajo la envoltura de un encantador cuento de hadas de ciencia y fantasía, una irónica mirada a lo más regresivo de nuestra sociedad actual, y las solapadas formas de combatirlo.*

Hay un cuento que no deja de contarse a los niños, mientras la familia se reúne en torno a la lumbre en una noche fría. Cuando uno de los chicos muestra una intención excesivamente firme de conseguir su trozo de tarta y además comerla, lo más probable es que oiga decir:

—¡Recuerda la noche de bodas del Príncipe Coronado!

Ésta es la historia. Para apreciarla, necesitamos presentar antes el decorado.

Tenemos en primer lugar una pequeña nación llamada Ecología-Bella, que es absolutamente encantadora. Todos sus hombres son atrevidos y apuestos y considerados, todas sus mujeres tienen talento y son deliciosas y miden exactamente un metro y cincuenta y nueve centímetros de estatura, que según fue determinado (por votación popular) es la altura ideal para el amor. Su población no es toda de una raza, pero sí de la misma cultura; todo el mundo encuentra un lugar satisfactorio para él, y cualquier desgracia previsible es rechazada.

El paisaje de Ecología-Bella es suntuoso, y se extiende desde las montañas con las cimas cubiertas de nieve, pasando por los densos bosques y los lagos y las praderas llenas de flores, hasta las largas playas tropicales de arena blancorrosada con un maravilloso arrecife de coral para jugar en él.

Ecología-Bella tiene industrias, que por diseño son de producción intensiva (y es por eso que puede encontrarse sitio para todas ellas). La mayor parte de las mujeres tejen exquisitas telas de lana bordadas de gasa, que son tan apreciadas en otros países que cualquiera que pretenda ser rico o tener buen gusto debe poseer una. Y se pagan en oro. Los creadores de moda internacionales tienen allí sus diseñadores favoritos, y se apresuran a comprar todo lo que sale de sus telares. Y las mujeres de Ecología cambian prudentemente los coloridos y estilos cada año o así, de modo que nadie puede acapararlos todos.

Los hombres de Ecología-Bella mantienen reservas forestales, que talan en rotación para fabricar el más espléndido, resistente a los ácidos y hermoso papel, cuyas marcas de agua son buscadas ansiosamente por los más ricos para escribir en él sus cartas, y es usado principalmente para documentos de estado y para registrar las frases célebres de las nulidades con algún título oficial que tanto aprecian los demás gobiernos. Para este papel, el pago es en plata pura. Y cuando hay que talar un bosque, se instalan previamente carracas y cascabeles para desanimar a los pájaros y demás animales pequeños a que hagan sus nidos allí hasta que el bosque vuelva a ser seguro para ellos.

Para aquellos hombres y mujeres que no desean tejer o hacer papel, se abre una gran variedad de otras ocupaciones, como tocar música por las calles, deshollinar chimeneas, criar ovejas, reciclar las basuras y gobernar el país. A cambio de esas tareas se les paga en buenos alimentos y algo de dinero.

Todo esto requiere energía, que Ecología-Bella posee en abundancia. Sus ríos descienden en cascadas de las alturas, y las menos escénicas de esas cascadas han sido embalsadas para producir limpia energía eléctrica. Parte de la electricidad es usada para extraer hidrógeno del agua del mar; el hidrógeno es luego mezclado con un metal finamente pulverizado, formando un hidruro no explosivo. El hidruro es fluido, de modo que puede ser bombeado mediante oleoductos o enlatado y transportado a estaciones de suministro por todo el país, del mismo modo que lo hacemos con los productos petrolíferos. Cuando un viajero ha agotado el hidrógeno de su contenedor de hidruro, devuelve el residuo del metal en polvo a cambio de una nueva caja y sigue su camino, emitiendo solamente puro vapor de agua de su vehículo accionado por hidrógeno, mientras el metal es devuelto a la planta para ser recargado.

El coste de toda esta operación es muy bajo, puesto que los ingredientes principales —agua del mar y electricidad— son abundantes; y la energía del hidrógeno es utilizada para todas las necesidades. Todos los penachos de blanco humo expulsados por las fábricas y locomotoras están compuestos, como las nubes de verano, de limpias partículas de agua, puesto que la combustión, u oxidación, del hidrógeno tiene como único subproducto el agua. Un embotellamiento de tráfico en Ecología-Bella huele como un suave día de primavera, y las flores y árboles de sombra crecen abundantes en los arcones de las autopistas. Los niños que juegan en las calles de las ciudades no absorben monóxido de carbono ni plomo, sino sólo humedad, que hace que se rize su pelo y mantiene a raya multitud de virus.

Si miramos hacia su lado oscuro, Ecología-Bella tiene por supuesto unas Fuerzas Armadas Integradas, que llevan uniformes blanco y oro con plumas los domingos. Los días de trabajo llevan un camuflaje muy eficiente, y practican maniobras con su equipo violentamente letal, que han comprado con la plata y el oro. Siempre adquieren sólo un prototipo o dos de cada artículo, que rápidamente copian con las mejoras correspondientes. Cada soldado sabe no sólo cómo leer las instrucciones de su armamento, sino también como escribirlas en caso necesario. Como fuerza de combate, son formidables más allá de toda proporción a su número; su fuerza individual es como la fuerza de diez, porque sus cabezas están bien provistas y sus corazones son puros.

Hay un aspecto interesante en el método de Ecología-Bella de manufacturar algunas de sus máquinas de guerra y otros dispositivos mecánicos. Es bien conocido que a la mayor parte de muchachos les encanta más que cualquier otra cosa desmontar y volver a montar algún medio de locomoción. Así pues, al nivel de segunda enseñanza, en vez de dejar que su energía se malgaste en la reestructuración de jeeps, camiones y motocicletas, todos los chicos y chicas que lo desean son introducidos en la tarea de montar, digamos, un avión de ataque o un tanque, después de las clases. Y grande es el orgullo de los jóvenes artesanos cuando su propio bombardero sale del hangar y se eleva en el aire.

Esto tiene como resultado, por supuesto, que parte de la mortal maquinaria lleve nombres más bien extraños, pero la visión del nombre «La flor silvestre del quinto de secundaria» pintado en su lanzacohetes sirve para recordarle al operador por quién se prepara a luchar.

Este mismo interés juvenil es orientado también a la fabricación del equipo de ordenadores y telecomunicaciones de las Fuerzas Armadas Integradas: Y son muchas las innovaciones de los jóvenes que son juzgadas dignas de ser incorporadas en los modelos estándar.

Toda esta desagradable actividad militar es impuesta a Ecología-Bella por el carácter de sus naciones vecinas, en particular el gran estado que se extiende más allá de su lado montañoso, Pluvio-Acida.

Se dice que el paisaje de Pluvio-Acida es bajo y lleno de colinas, pero nadie lo ha visto desde hace varias generaciones debido a la peculiar opacidad de su aire. También se rumorea que hubo un tiempo en que tenía mantillo y árboles vivos, pero el suelo está ahora tan erosionado y removido por la búsqueda de todo tipo de minerales que las

primeras empresas mineras no supieron encontrar, que excepto algunas franjas de pavimento cuarteado por los hundimientos, pisar el suelo natural es hundirse en una especie de resbaladizo lodo aromatizado por el sulfuro de hidrógeno.

Los pluvioacidanos, como todas las personas sensatas, utilizan combustibles fósiles, es decir, petróleo, como energía, con los resultados habituales. Poseen una rica aunque limitada fauna consistente en ratas amarronadas, cucarachas y dos tipos de moscas comunes, y aún puede encontrarse una especie de garranchuelo silvestre.

Los muy ricos, de los que Pluvio-Acida tiene muchos, adornan el paisaje de sus lodosas moradas con árboles y hierba de plástico muy bien imitados, con lo que consiguen un agradable efecto. La otra clase, los pobres, o proletariado, de los que la nación tiene muchos más, contemplan los paisajes de los ricos en la televisión estatal, que también les dice en qué deben gastar sus salarios.

Pluvio-Acida goza de una alta tasa de empleo de hombres sanos entre los veinte y los treinta y cinco años; la cifra oficial de un 105 por ciento (el porcentaje extra se debe a que algunos funcionarios del censo son incapaces de distinguir a algunos trabajadores de los robots). Los desempleados no causan ningún problema, puesto que en un día normal no pueden ser vistos de ninguna manera. Todos esos trabajadores se afanan como locos en fundiciones, talleres, minas, acerías, forjas, plantas químicas, etc., y el producto nacional es extremadamente alto.

El desayuno habitual de un trabajador de Pluvio-Acida consiste en un donut de azúcar empapado en alcohol puro; para comer se suprime el donut. El índice de natalidad es alto, pero la superpoblación es frenada por una serie de inevitables accidentes industriales, llamados ufs, que se cree no tienen ninguna relación con el nacimiento de gran número de niños con tres piernas, seis dedos, espina bífida o cráneo abierto.

Pluvio-Acida exporta gran número de artículos. Sus fundiciones e industria metalúrgica en general envían a otros países lingotes, hierro en bruto, láminas, flejes, etc., y reciben como pago tiaras de diamantes, sangre y órganos para transplante para aquellos que pueden permitírselos.

Sus fuerzas armadas son fuertes, aunque poco ortodoxas; existe un pequeño cuadro de técnicos que pueden operar las complejas máquinas de guerra y una gran masa de aquellos que no pueden, que son llamados kalashnikovs. Puesto que sus corazones no son puros, su fuerza individual no es la de diez. Pero desgraciadamente hay once de ellos por cada soldado de Ecología-Bella.

Pluvio-Acida posee una floreciente industria nuclear, pese a haber ocasionado muchos ufs. Y en el más desolado rincón de la menos esclarecida provincia puede verse como se alzan ocasionalmente nubes en forma de hongo.

Sin embargo, el Servicio de Transmisiones de Información de Pluvio-Acida, o STIP, que es tan ubicuo como la mosca doméstica, ha informado de algunas curiosas formaciones de nubes que se alzan a menudo en una islita desierta frente a la costa de Ecología-Bella, siempre bajo estricto secreto y particularmente cuando la corriente en chorro sopla hacia el sur. (Al sur se halla la región de Numbia, cuyos habitantes han pasado por tantas cosas que ya no les importa si son radiactivos o no.) Esas nubes son estudiadas por expertos, y la temible palabra «fusión» es susurrada de un lado a otro. Así que los Profundos Pensadores Estratégicos de Pluvio-Acida se sienten tranquilos.

Sin embargo, si el STIP hubiera profundizado un poco más en el asunto, hubiera descubierto que la islita ha sido alquilada por el señor y la señora Fusión, fabricantes de pirotecnia ceremonial, los cuales la utilizan para elaborar sus siempre más espléndidos programas-sorpresa secretos destinados a las festividades reales de Ecología-Bella; la isla está protegida de los inquisitivos ojos de sus competidores, porque ya se sabe que el asunto de la pirotecnia es ferozmente competitivo.

Pero ya es tiempo de iniciar nuestra historia.



Empezamos con un apuesto príncipe coronado en la nación de Pluvio-Acida, donde la realeza se determina por una simple evaluación de la riqueza. Y en el momento en que alcanza la edad de dieciocho años, justo en la puerta de al lado los reales gobernantes de Ecología-Bella fallecen, y su hermosa hija de quince años es coronada reina.

Amoretta, la pequeña reina, queda huérfana a causa de un típico accidente de Ecología-Bella. Sus padres, que llevan casados catorce años y están muy enamorados, deciden efectuar un viaje en el bote—cisne real. Este bote —que en realidad es una especie de doble cama flotante— es arrastrado por diecisiete cisnes blancos domesticados, que estiran sus cuellos sujetos a arneses de oro para alcanzar el maíz de un cesto que tienen ante ellos, impulsando así la embarcación real.

Cuando la pareja alcanza el extremo más alejado del lago están hablando tiernamente de los acontecimientos de su vida juntos, y preguntándose cuántos períodos de catorce años tienen aún por delante, y asegurándose el uno al otro que en ese primer lapso de tiempo no han cambiado nada en absoluto, lo cual es cierto. Y entonces, al darse cuenta de que han alcanzado la parte más reservada del lago, se les ocurre celebrar su aniversario y su amor de la forma más natural.

Y eso hacen.

Y entonces los cisnes, que nunca han dejado de hacerse preguntas respecto a las personas, captan también la idea, y empiezan, con grandes chapoteos y persecuciones, a unirse a la celebración. Y algunos castores de la orilla, afectados por la efusión general de amor, se unen al festejo con más chapoteos y agitar de sus colas. Y de alguna manera, en medio de ese gran torrente de amor, el bote es empujado, o arrastrado, hacia la pequeña cascada del final del lago, donde vuelca. Y, cuando la pareja real se halla debajo, están tan calurosamente abrazados que simplemente se olvidan de nadar.

Cuando Amoretta sabe la tragedia se siente abrumada por el dolor, porque quiere a sus padres, como los quiere toda la población de Ecología-Bella; incluso su hermano Truhart, aún niño, que sigue todavía en un internado, se echa a llorar.

El cuidador del lago, en un acceso de lacrimosa venganza, decide que nunca pueda volver a ocurrir una cosa así; mete a todos los cisnes machos en un carro —excepto uno— y los lleva al veterinario, de donde regresan con una preciosa voz de soprano. El solitario cisne macho intacto es encerrado en un corral de oro construido de tal modo que los cisnes hembra puedan entrar en él a su placer, pero él nunca pueda salir.

La esposa del cuidador dice que esto es cruel porque los cisnes se aparean para proseguir el milagro de la vida; pero tras observar un poco se siente impulsada a admitir que mientras a las damas se les permita efectuar visitas regulares al corral de oro, parecen perfectamente felices con sus esposos sopranos. Y crían espléndidos cisnecitos sin las usuales peleas por el dominio de sus respectivos territorios.

La muerte de la reina Rhapsodia y del rey Uxor llega a su debido tiempo a oídos de los gobernantes de Pluvio-Acida, que por supuesto son la pareja más rica del país. Tienen dos hijos. El mayor, el príncipe coronado Adolesco, es una regresión a un linaje algo más noble: un joven apuesto, de ojos azules, viril, con un rostro tan abierto como la primavera y —que es lo que causa pánico a sus padres— un corazón lleno de elevados ideales. A menudo se le oye emitir las más impensables críticas sobre el país que debe gobernar, e intimida a todo el mundo diciendo que llegará un tiempo en el que habrá que hacer cambios. El mercado de valores de Pluvio-Acida desciende por término medio quince puntos cuando el padre de Adolesco piilla un resfriado.

Su joven hermano, el príncipe Slimoldi, está tallado en un patrón completamente distinto: achaparrado y vagamente fungoide, con un rostro de hurón y una mente que le hace justicia. A los ojos de los pluvioacidanos pasa por un espléndido joven, y con mucho el mejor de los dos. Sin embargo, no resulta claro lo que puede o debe hacerse al respecto; el hermano mayor parece vivir protegido por un hechizo, y ninguno de los

irresolutos esfuerzos por cambiar la sucesión han funcionado. Su caballo ve y salta por encima de las trampas de lazo corredizo; ofrece generosamente su sopa aromatizada al cianuro a un mendigo; y el tirador de élite contratado para resolver el asunto se pone enfermo durante toda una semana.

Cuando se inicia nuestra historia, hallamos al joven príncipe coronado dispuesto a viajar. Dos puntos motivan su viaje a Ecología-Bella.

En primer lugar, se ha dado cuenta de la existencia de un creciente tráfico de reales solteros elegibles —o autoproclamados elegibles— en esa dirección. Las noticias de una hermosa virgen heredera de un atractivo trono corren por todas partes. Las reinas viudas escoltan a sus inmaduros descendientes a través de Pluvio-Acida en dirección a Ecología-Bella. Los nobles chochos se encorsetan prietamente y echan a andar por la carretera matrimonial.

Entre la multitud, Adolesco observa a varios candidatos aparentemente elegibles: el joven y calvo rey de un rico aunque gélido país septentrional; el apuesto heredero de un paraíso tropical del sur; y el suave y paternal monarca de un imperio oriental, que sabe cómo hacer que su harén suene atractivo a los oídos occidentales... Adolesco frunce el ceño mientras acaricia a su jamelgo, un gran caballo castrado blanco como la nieve. ¿Qué tienen esos aspirantes que él no tenga? ¿Cómo se atreven a cortejar a alguien que es su... *su vecino*?

El segundo factor que le impele es de índole paternal. Nuestro joven príncipe ha alcanzado la edad en que hay que tomar una decisión de conveniencias. Holografías de herederas del más variado tipo aparecen misteriosamente sobre su escritorio. Sus padres dan una gran fiesta en honor de las parejas que ocupan el segundo y tercer lugar en el ranking de riqueza del país, con sus encantadoras hijas. Cartas perfumadas conteniendo miniaturas llegan flotando de lejanas cortes. Adolesco empieza a darse cuenta que si no pone freno a todo aquello sus padres van a conseguir de algún modo comprometerle con Dios sabe quién... ¿Y es sólo por casualidad que ninguna imagen de la reina doncella del país vecino, que se dice que es encantadora, ha llegado a sus manos?

Indaga. Y descubre que Ecología no sólo no es tomada en serio, sino que es objeto de un profundo rechazo.

—Allí es donde nuestro pueblo obtiene todas esas ideas comunistas —gruñe su padre. —Es una gente horrible e ignorante —añade su madre—: ¡Bueno, ni siquiera comprenden el interés compuesto! —Hace girar sus prominentes ojos, una visión aterradora.

Dos semanas más tarde, precedido por una cortés carta solicitando ser recibido, el joven Adolesco emprende solo el camino a Ecología-Bella. (Su caballo es transportado en un contenedor oxigenado hasta la frontera en las montañas.)

Allá adquiere un billete para él y su caballo en el Expreso Nocturno de Ecología-Bella a través de los pasos y túneles de las montañas, bajo el atento escrutinio del Servicio de Observación de Ecología-Bella, y desciende al otro lado para cabalgar por entre fantásticos bosques y otros paisajes encantadores, donde vive muchas placenteras y agradables aventuras.

Llega al palacio un hermoso y fresco atardecer de verano, montado en su caballo blanco, siguiendo el camino que bordea el lago. El ocaso rodea de nimbos dorados al caballo y a su rubio jinete... y sentada en el pomo de su silla va la hija más pequeña del cocinero de palacio, a la que ha encontrado volviendo a casa en el fresco del atardecer.

En un bosquecillo de arces escarlatas junto al embarcadero, su montura se detiene de pronto y se inmoviliza; hay una figura plateada entre los rosados capullos de las flores de arce. Es una muchacha, tan absorta en dar de comer a los polluelos de cisne que ni siquiera le oye acercarse. Durante un momento el príncipe observa sus

perfecciones..., luego ella se vuelve, sorprendida, cuando la niña pronuncia su real nombre.

—¡Oh! —exclama—. ¡Quería estar sola! Viene *tanta* gente.

Él hace dar la vuelta a su caballo para marcharse, pero en la operación de depositar a la niña del cocinero en el suelo parece como si fuera a desmontar, y la princesa tiene tiempo de observar que no lleva espuelas, al contrario que el príncipe de Paradiso, y sólo usa un freno acodado, no el cruel bocado del norte.

De modo que al cabo de un rato, con los pequeños cisnes convenientemente alimentados, dos figuras de dorado pelo se dirigen hacia los establos conduciendo por la brida al gran caballo. El sol poniente intensifica el suave esplendor en torno a ellos.

...Realmente, no es necesario que sigamos con detalle el siguiente curso de los acontecimientos. Así que hagamos caer el telón...

Cuando volvemos a alzarlo de nuevo, unos cuantos meses más tarde, nos encontramos con dos atractivos jóvenes que se hallan delirantemente, encantadamente, calamitosamente, enamorados.

—Él es diferente —dice la joven reina a sus consejeros—. Quiere cambiar realmente las cosas, y conseguir la paz, y hacer el bien.

—Ella es embriagadora —escribe el joven príncipe a su mejor amigo—. Y el país es de veras una revelación. Si fuéramos sólo una nación, podrías comprarte aquí una propiedad. —(Ecología-Bella prohíbe la venta de tierras a nadie que no sea ciudadano de tercera generación). El príncipe está tan entusiasmado con Ecología-Bella, que encarna muchos de sus más impracticables ideales, que su primer pensamiento es conservarla intacta como una especie de Disneylandia anexa a Pluvio-Acida, sin cambiar nada excepto quizás algunas leyes relativas a la publicidad exterior.

Hemos mencionado a los consejeros de la reina. Ésos constituyen el Consejo de Ecología-Bella, un grupo pequeño, mal pagado, autoinstituido, de hombres y mujeres ancianos, que se reúnen de tanto en tanto cuando algún nuevo factor o emergencia amenaza la estabilidad del país. Resulta claro que la actual situación no sólo exige una atenta vigilancia, sino quizá también una acción.

De modo que una dama a la que la reina aprecia mucho le señala:

—Si os casáis con el príncipe Adolesco, nuestra nación pasará a formar parte de Pluvio-Acida y se verá sometida a sus leyes. Empezarán a instalar minas y canteras y a perforar por toda Ecología-Bella en busca de petróleo.

—Oh, no —responde Amoretta, soñadora pero positiva—. Él jura que no cambiará nada. Seré yo quien seguirá gobernando.

La dama contempla a la princesa y se da cuenta de que no sirve de nada discutir los cambios que pueden producirse en las resoluciones de un hombre entre los dieciocho y los treinta años.

—Será vuestro rey soberano —se limita a observar—. ¿Os gustará que os digan lo que hay que hacer y lo que no?

—Oh, ya he pensado en eso. —Amoretta está trenzando flores en su rubio pelo—. No me gustaría en absoluto si lo hicieran el rey Boris o el príncipe Raoul. Pero mi querido Adolesco es diferente. Me ama de veras. Estoy segura de que nunca actuará contra mis deseos.

La dama suspira y se retira para informar a los demás de que no puede conseguirse nada con dulces palabras. La reina se ha visto infectada por un dulce veneno.

Al mismo tiempo, Adolesco está teniendo problemas con sus propios padres y consejeros. Pero ellos no son tan severos. La idea de anexionarse pacíficamente su viejo

e irritante vecino, Ecología-Bella, tiene sus encantos. Y como señalan los consejeros del rey, si se prohíbe este matrimonio, sólo Mammón sabe qué loca idea tendrá el príncipe a continuación. Al menos cabe esperar que esto lo asiente un poco mientras lo mantiene cerca de casa..., y se ocupa con algo distinto a trastear con la economía de Pluvio-Acida. Y algunos de los miembros de la nobleza contemplan sus árboles de plástico y piensan que tal vez sea agradable poseer una casita en Ecología-Bella.

Los consejeros del hermano menor, el príncipe Slimoldi, redactan un artero documento que tiene como efecto concederle a Slimoldi algunos poderes sobre Pluvio-Acida —cuando es Adolesco quien debería heredar el reino— en caso de que el nuevo rey dedique más que un cierto porcentaje de su tiempo a los asuntos de Ecología-Bella. Tan ensimismado está el príncipe coronado en su amor, y tan densa es la prosa del documento, que lo firma sin siquiera leerlo.

Así queda abierto el camino para la gran boda entre Ecología-Bella y Pluvio-Acida. Allá en su rocosa islita, los Fusión diseñan una exhibición de fuegos de artificio sin precedentes en la historia. Y la gente de Ecología-Bella, que sólo ve al apuesto, joven e idealista príncipe coronado y la radiante alegría de su joven reina, se regocija por anticipado.

Pero el Consejo de Ecología-Bella no se deja engañar tan fácilmente.

Un anciano vestido con sencillez, hacia quien la reina siempre ha sentido una justa admiración y respeto, acude a verla, llevando bajo el brazo un grueso volumen donde se hallan inscritas todas las leyes de Ecología-Bella en el más fino y duradero pergamino de todo el reino.

—Querida —empieza, tras aceptar una copa de perfumado vino—, puede que haya escapado a tu atención que existen ciertos aspectos legales en el matrimonio de nuestro soberano..., es decir, tú.

Ella alza la vista con un rostro capaz de fundir a un león de piedra; él endurece su corazón.

—Oh, ya sé a lo que te refieres —le dice la muchacha—. El pueblo debe aprobarlo. ¿Deseas que convoque un referéndum?

—No es necesario, no es necesario. —Desecha el referéndum con un gesto de la mano—. Sé que el pueblo, particularmente la gente joven, ha acogido de buen grado tus planes. Pero hay otra consideración que debe ser invocada, en vista de tu juventud.

—¿De qué se trata? ¿Deseas que aguarde hasta que sea vieja y llena de arrugas?

—No creo que tengas muchas arrugas a los, digamos, dieciséis años —sonríe el consejero.

—¿Dieciséis años? Eso significa esperar todo un año.

—Exactamente. —Abre el volumen—. En el caso de que el gobernante tenga menos de dieciséis años de edad, el Consejo tiene la potestad de posponer la ceremonia nupcial hasta esa fecha, a menos que alguna emergencia dicte otra cosa... ¿Por casualidad, querida, hay, esto..., alguna emergencia?

—¿Emergencia?

—¿No hay ningún, esto..., heredero real en perspectiva?

La pequeña reina Amoretta se alza en todos sus ciento cincuenta y nueve centímetros de estatura.

—¡La reina de Ecología-Bella no es un animal!

—Espléndido —aprueba el consejero. Pero en el fondo se lo pregunta; un bastardo real crea por supuesto dificultades, pero si eso puede ser evitado, su experiencia le indica que no hay nada como una buena dosis de intimidad no controlada para enfriar los primeros ardores del amor.

Carraspea.

—Hay otro punto en nuestras leyes, querida niña. Lamento tener que decirte esto. Pero nuestros antepasados, que redactaron el código que tan bien nos ha servido, estaban familiarizados con los rumbos del amor. Dejaron escrito que si y cuando el matrimonio de un monarca pudiera poner en peligro la independencia de Ecología-Bella, sería necesario el consentimiento de todo el Consejo antes de que pudiera celebrarse. Más aún, la determinación de si la independencia de Ecología-Bella se halla o no en peligro no la dicta el monarca, o el voto popular, sino el propio Consejo en pleno.

»Y es mi triste deber decirte que el Consejo ha determinado que esta decisión tuya puede poner en peligro la independencia de tu nación, y nuestra recomendación, pues, es que no se lleve a término.

—¿Quieres decir que podéis, que pretendéis, prohibir mi matrimonio con Adolesco? ¿Prohibir la alegría de mi vida? —la pequeña reina da una patada contra el suelo, con ojos llameantes—. ¡Nunca! ¿Quién pasó esta ley? ¡La cambiaré!

—No tan aprisa, querida. —El viejo consejero permanece sentado, agitando apaciguadoramente las manos—. No tan aprisa. No hemos dicho que *vayamos* a prohibirlo. Pero debes aceptar la idea de que *podemos*. Tú eres la reina, pero no puedes cambiar las leyes fundamentales.

Amoretta camina nerviosamente arriba y abajo.

—¡Ya sé! —exclama—. ¡Abdicaré! Eso es, simplemente abdicaré. ¡Entonces no podrás prohibirme hacer nada!

—Oh, querida, suponiendo que el príncipe siga queriendo casarse con una simple ciudadana...

—¡Querrá! Estoy segura de ello —declara, y añade, porque es una muchacha sincera—: Bueno, casi segura. —Su rostro adopta una actitud un tanto pensativa.

—Sí. Pero aún suponiendo eso, querida, ¿te lo permitirá el pueblo de Ecología-Bella? Y nosotros no podemos permitirte tampoco hacer nada que pueda causar tales convulsiones. Piensa. Acaban de perder a tus amados padres. Tu hermano sólo es un niño. ¿Vas a *abandonarlos* ahora..., y por unos motivos puramente egoístas?

—Bueno... N-no.

—Habla como una reina.

—¡Oh! —Amoretta se derrumba en su silla, de pronto más niña que reina—. Si no puedo casarme con Adel..., imoriré! {*Prefiero morir!*}

—¿Lo dices de veras? Vamos, piensa.

Ella piensa durante unos instantes. Luego:

—Sí —dice lentamente, sorprendiéndole un poco—. Creo que *preferiría* morir antes que no poder casarme nunca con mi amor, porque no tendría nada por lo que vivir... Dime —pregunta amargamente—, ¿tiene el Consejo poder para matar a su reina?

Él no muerde el anzuelo, sino que se limita a decir suavemente:

—Muy bien, querida. Pero primero veamos qué puede hacer el tiempo. ¿Aceptarás posponer la ceremonia hasta dentro de un año, cuando hayas cumplido los dieciséis?

—El día de mi cumpleaños —dice ella firmemente—. Si es necesario.

...El siguiente año transcurre en un torbellino de placeres..., todos los placeres menos uno, porque la pequeña reina es firme en sus decisiones. En cuanto a Adolesco, dispone de otros recursos, y por supuesto los utiliza.

Pero para los desanimados ojos del Consejo, el paso del tiempo no parece hacer nada por menguar la virginal pasión de su monarca. El viejo consejero acude una y otra vez para preguntar formalmente:

—¿Sigues convencida de que no podrías soportar la vida sin tu joven Adolesco, querida?

—Sí —responde ella con firmeza; y a veces sonríe.

En consecuencia, el transcurso del año no soluciona nada.

Varios miembros del Consejo hallan ocasión de consultar con su reina sobre diversos problemas, económicos y sociales, de Ecología-Bella; son por supuesto problemas pequeños, solubles, pero iluminadores para Amoretta, que siempre había supuesto de alguna manera que su estado se gobernaba por sí mismo. Ahora se da cuenta de que existe un sutil proceso en marcha que empuja suavemente por aquí, tira por allá, un plan dentro—de un plan, y que todo ello es necesario para mantener la nación en marcha. Se muestra impresionada por la cantidad de previsión necesaria para ese proceso, la mirada atenta con que son observados todos los cambios sociodemográficos, la seriedad con que es examinada cualquier manifestación inusual, por ejemplo una erupción del arte minimalista entre los tejedores de una provincia.

Y, lo más ilustrador de todo, es llevada, fuerte pero discretamente custodiada, a una visita de estado a Pluvio-Acida. —Tu hermano es muy... diferente de ti —dice amorosamente a Adolesco.

—Slimie es un cerdo.

—Creo que es peor que eso. Es cruel. Lo veo en sus ojos.

Entonces Amoretta ve algo nuevo en los ojos de su joven amante..., un ramalazo de ira, que desaparece tan pronto como asoma, pero que está inconfundiblemente allí. Él puede llamar cerdo a su hermano, pero el que alguien fuera de su familia critique a uno de sus miembros es una cosa muy distinta.

Amoretta no dice nada más, pero alivia el arañazo de gato de sus palabras con un beso.

—Te quiero tanto.

—Yo también. Oh Dios..., escapémonos.

—Las reinas nunca escapan..., y los reyes tampoco —añade apresuradamente—. Además, amor, ya sólo falta un mes. Treinta pequeños días.

—Treinta eternidades. —Sus ojos la devoran.

...Y así, finalmente, amanece el gran día, hermoso y explosivo.

Es hermoso porque Amoretta nació la víspera del solsticio de verano. Las explosiones, débilmente oídas a través de los pasos de las montañas, son causadas por los guardias fronterizos de Pluvio-Acida, que intentan contener las hordas de sus ciudadanos que han acampado en los alrededores a la espera del momento en que Pluvio-Acida y Ecología-Bella se convertirán en uno. En la vanguardia se halla el cortejo de la nobleza pluvioacidana, aferrando sus talonarios de cheques, decididos a ser los primeros en elegir sus futuras propiedades Ecologíabellanas.

Las detonaciones del amanecer se ven aumentadas por los disparos de un rifle de aire comprimido en el parque de palacio (las armas de aire comprimido son las únicas armas balísticas permitidas fuera de las manos de las Fuerzas Armadas). El príncipe Adolesco, vestido con traje de caza, está disparándole a un apiñado grupo de gordos ciervos y varios majestuosos faisanes que se han congregado a su alrededor esperando que les dé algo de comida. Los proyectiles del arma de aire comprimido, siendo de manufactura local, sólo les producen una ligera irritación en la piel.

—¡Malditos sean todos! —exclama furioso el príncipe al aire, y sigue con una serie de imprecaciones más fuertes hacia un ciervo particularmente obeso que está intentando meter el hocico en su bolsillo. Luego se contiene apresuradamente al ver aparecer a Amoretta y un grupo de amigos especiales avanzando a paso mesurado a la luz del amanecer. El príncipe había esperado enfrentarse a las tensiones más fuertes con medios más fuertes.

La reina corre hacia él.

—¿Qué ocurre, querido? ¿Te has hecho daño?

—¿Por qué..., por qué no huyen corriendo? ¡Muévete, estúpido pajarraco! ¡Echa a volar! Esos animales son unos absolutos cobardes. ¡Eso es lo que son, Amy! ¿Por qué no corren?

—No importa, querido Adel... ¡los entrenaremos para que corran! ¡Tan rápidos como la luz!

El príncipe lanza un gruñido de compleja frustración y arroja a lo lejos su arma de aire comprimido. Se recupera un tanto, saluda a la compañía, besa la mano de su amada y echa a andar, alejándose de la escena.

Amoretta contempla su marcha con una emocionada sonrisa. Una vieja dama de su grupo de amigos observa esa sonrisa y siente que se le hiela el corazón, porque sella el destino de Amoretta. No es la simple radiación que emite una muchacha locamente enamorada; hay aquí un nuevo elemento que se ha ido desarrollando a lo largo del último año..., la inextinguible chispa del impulso materno. Amoretta conoce ahora a su amor; es consciente de muchas cosas de él que muchos piensan que ignora. Pero esto, en vez de hacer disminuir su pasión, crea el efecto contrario. Adolesco se ha convertido en parte en su hijo, al que puede perdonársele todo. Ve sus defectos y no les concede importancia, con la irreductible y maternal convicción de que los enmendará bajo su amoroso cuidado.

La dama suspira ante el dilema: esa errónea derivación del flujo hacia los sentimientos maternos se hubiera podido evitar si Amoretta tuviera un auténtico hijo al que cuidar; pero ahora ya es demasiado tarde.

Así, vemos que incluso en Ecología-Bella una muchacha puede entregar su corazón demasiado maternal a algún tunante, que usurpará el lugar de sus auténticos hijos por derecho. Eso no quiere decir que Adolesco sea un tunante; sólo es muy joven y poco formado, y es posible que la manera en que termine cristalizando no sea demasiado atractiva.

Pero debemos volver a ese día nupcial.

Las horas del mediodía son ocupadas por un almuerzo más o menos ceremonial, al que asisten los padres del príncipe Adolesco, los gobernantes de Pluvio-Acida. Llegan por la mañana en su avión a chorro real, que por supuesto lleva combustible convencional. Una respetable multitud se ha reunido para contemplar la llegada del rey Puerco Volante, la reina Porcellana y el príncipe Slimoldi, por lo que se produce una buena cantidad de discretos bufidos y mucha gente se tapa expresivamente la nariz.

La reina Porcellana hace lo mismo.

—¿Qué es ese terrible olor? —pregunta a Adolesco, que ha corrido a la escalerilla para recibirles—. Huele como gas venenoso. ¡Dios mío! ¿Supones...?

—Tranquilízate, mamá. Sólo es aire fresco. Al principio afecta así a algunas personas.

La reina lanza un bufido.

—No me sorprende ver que mucha gente se cubre la nariz con pañuelos. Son esos horribles árboles. Lo primero que tienes que hacer es ordenar que los corten todos. Me han dicho que causan polución.

Y cuando el rey Puerco Volante y su familia alcanzan el palacio donde les aguarda la pequeña reina Amoretta, se sienten tan abrumados por las emanaciones de oxígeno que no dicen nada que valga la pena transcribir.

Su participación en el almuerzo se ve interrumpida bruscamente por el desvanecimiento de la reina Porcellana, lo que les da ocasión de retirarse agradecidos hacia los reales aposentos de invitados.

Al cabo de poco rato el resto del grupo se retira también, para descansar y prepararse para las festividades que se avecinan. La boda ha sido prevista para primera hora de la tarde, que es la hora del nacimiento de Amoretta, pero el sol de verano está todavía muy alto.

Y ahora el anciano consejero realiza su última visita.

Encuentra a la pequeña reina *en deshillé*, perfeccionando soñadoramente una trenza de flores nupciales.

—Querida —dice con gran solemnidad—. ¿Estás dispuesta para la hora en que tus deseos, todos ellos, van a convertirse en realidad?

Ella empieza a responder alegremente, luego se interrumpe; aquella no es una conversación normal.

—Sí... Quiero decir, sí.

—Entonces ven conmigo. Esa hora está muy próxima. —Desdobla una gran capa de gasa que cubre incluso la cabeza y que llevaba

al brazo.

Ella le mira unos instantes, luego coge su espejito y su cepillo y empieza a trabajar febrilmente.

—Oh, pero mi..., y mi nariz... ¡espera!

—No te preocupes por eso. Serás atendida debidamente. —Hace una inclinación de cabeza hacia una anciana dama y su doncella, que han penetrado silenciosamente tras él y empiezan a seleccionar cosas del armario y los cajones de su vestidor y las colocan en una gran bolsa plana—. Dentro de poco nos ocuparemos de todo ello. Ahora ponte esta capa... así, tienes que cubrirte el rostro..., y ven conmigo. No hables con nadie. Esperemos que pases desapercibida.

Ella le sigue fuera y a través de los corredores traseros del palacio, que conoce muy bien, pero donde hay siempre tantos desconocidos yendo arriba y abajo a sus asuntos que nadie se da cuenta nunca de la presencia de nadie. En un pequeño patio hay un largo vehículo bajo sin ninguna señal identificadora, con un conductor sin uniforme, en el que entran. Cuando ya están en marcha, el consejero carraspea y dice:

—Ahora, querida, tienes que saber que hay una cierta hora, que en pocas palabras se halla fuera de la historia y no queda registrada en los relojes de Ecología-Bella. Expreso esto metafóricamente, para darte a entender que las acciones emprendidas o realizadas durante este tiempo no cuentan. No tienen existencia oficial. Y esa hora es el tiempo inmediatamente anterior a la ceremonia real de matrimonio, en cuyo momento nos hallamos ahora.

—¿Pero qué...? —pregunta ella, porque durante las últimas semanas no ha dejado de sentirse cada vez más desconcertada. Se le ha dicho que no debía, que no se casaría con Adolesco, y sin embargo todo parece indicar que sí. No ha sido tan ingenua como para esperar..., y sin embargo sí lo ha hecho, un poco. Pero lo que ha estado esperando vagamente ha sido algo más oficial, o incluso catastrófico, no esta extraña conversación.

—Entiendo... ¡He sido secuestrada!

El consejero alza una mano.



—No. Permíteme continuar. La razón de la existencia de esa hora ausente es que los científicos de Ecología-Bella determinaron hace mucho tiempo que los desfiles, discursos, horas de formalidades y jovialidades y todos los demás actos de un largo día de esponsales no dan como resultado un desenlace feliz, esa noche, para la pareja recién casada. Ambos se sentirán exhaustos, tras haber comido demasiado, hablado demasiado, hecho demasiado, y quién sabe qué, cuando finalmente se hallen solos en medio de una aureola de atención pública. ¿Me sigues?

—¡Oh, sí! De hecho...

Él vuelve a alzar su mano.

—Así que se ha dispuesto que la pareja permanezca a solas cuando aún se halla fresca y descansada en una hora que no existe, en un lugar que no está en ninguna guía, para que haga lo que sus corazones desean, en una total intimidad, creando así uno de los más tiernos momentos de sus vidas. Allá donde te llevo, los escrúpulos de reina y doncella que te han contenido hasta ahora pueden relajarse, porque ésa es una antigua tradición. Todos los detalles han sido elaborados desde hace mucho. No tienes nada que temer, nada de lo que preocuparte, nada que hacer excepto lo que desees, y puedes confiar en nosotros para que te depositemos en el altar con tiempo suficiente. El pueblo podrá gozar de sus desfiles ceremoniales y de todo el espectáculo que desee, y todas las cosas se harán como corresponde, como se hicieron cuando tu madre, siendo aún doncella, hizo en su momento lo mismo que tú ahora. ¿Me sigues todavía?

—¡Oh, sí! ¡Oh, sí. por supuesto! ¡Es maravilloso! Pero...

—Pero en tu caso, querida —prosigue él firmemente—, hay una diferencia. He dicho que *todos* tus deseos se harán realidad. Verás como se cumple el mayor deseo de tu corazón, tener a tu Adolesco, en la hora más feliz de tu vida. Pero también deseaste morir si no podías casarte con él. Eso, querida, también será una realidad. No debes casarte con él, y no lo harás. Y en consecuencia, ésa no sólo será la hora más feliz de tu vida, sino también la última.

»Cuando llegue el momento se te entregarán dos frasquitos para que los bebas: el uno amargo, el otro dulce. El primero hará que todo tu tiempo de felicidad sea realmente feliz, sin ninguna de esas pequeñas tensiones físicas e inconvenientes que a menudo minimizan la primera experiencia de amor físico de una doncella. Ése es el frasquito amargo. El dulce te garantizará que tras tu total y mortífera realización, un ligero e indoloro helor se apodere de tu cuerpo. Eso será todo lo que sentirás antes de que te desvanezcas. Pero ese desvanecimiento será fatal; querida reina Amoretta, nunca despertarás de él. Para decírtelo claramente: tras aplacar tu sed de amor, morirás. ¿Sigues estando preparada?

—Sí. —La pequeña reina alza la barbilla, frunciendo sus dulces labios.

—Bien. Entonces sólo hay una pequeña cosa que debes hacer. Tu príncipe, cuando te vea morir en sus brazos, se sentirá por supuesto inconsolable, alterado, y completamente incapaz de hacer ciertas cosas que tiene que hacer. En consecuencia, en algún momento durante el..., esto..., el proceso, debes decirle, ¡y convence ríe!, de que tú eres tu doble. Que la reina se ha sentido incapaz de superar sus escrúpulos y te ha enviado a ti. su doble, en su lugar..., lo cual es cierto, de hecho, desde el punto de vista de ambas partes. Espero que sepas ver la necesidad de esto, y tu ingeniosidad sabrá cómo hacer frente al asunto.

—Oh, sí..., ¿pero llegará a saberlo él alguna vez? ¿Se casará con alguna otra? Oh, eso..., ¡no, no!

—Tranquilízate. El engaño es sólo por una hora. Y no se casar con nadie..., a menos que lo haga dentro de muchos años, e Pluvio-Acida. Y muy pronto sabrá que la historia de una doble e falsa; que pasó esa hora con la auténtica reina.

—Muy bien. ¿Eso es todo? Ahora debo meditar... ¡Hey, estamos yendo a la catedral!

La ceremonia de la boda debe tener lugar ante el gran altar de la Diosa de la Fertilidad Contenida, uno de los grandes monumentos arquitectónicos de la capital.

—Sí, pero a una parte que muy pocos conocen.

—Supongo que mi cuerpo será expuesto con gran ceremonia —dice valientemente la pequeña reina.

—Sí, durante todo un día. En la Catedral de Todos.

—Entonces, ¿tendrás la bondad de decirle a Donna que mi peine?

—Por supuesto. —El anciano saca su cuaderno y toma cuidadosamente nota. Hay un silencio de una o dos manzanas.

—Mi pobre pueblo —musita finalmente la reina—. Creo que mi amaban, ¿verdad? Y he intentado tan pocas cosas..., pero era tan joven.

—Más de lo que nos gustaría. Tendrán que aprender a conocer las auténticas cualidades de tu hermano antes de que cese su dolor... Y ahora es mi deber oficial hacia ti pensar solamente en la alegría que te espera ahora mismo. Piensa en cómo muy pronto verás a tu príncipe aparecer con los brazos abiertos, y tú serás libre de responderle.

—Ohhh. Sí. —Y no piensa en nada más, hasta que llegan a la parte de atrás de la catedral, junto a una poco llamativa puerta de servicio. Tras ellos bajan del coche la anciana dama y la doncella; con el fardo.

—Ésta es Lady Verdant, querida. Creo que la conoces. Se ocupará de todo, y estará atenta a tu llamada en cualquier momento

Con lo cual el consejero se marcha.

Un cierto tiempo más tarde llama a la puerta del príncipe

—Oh, adelante.

Entra, para encontrar al príncipe secándose de su séptima ducha del día; lleva puestos unos pantalones cortos bordados con las armas de Pluvio-Acida. Está afanado en afilar la espada ceremonial que le han entregado sus padres, junto con todos los demás accesorios necesarios para la ceremonia. No deja de mirar un reloj de bronce dorado que sospecha que se ha parado, tan lenta le parece que transcurre la tarde.

—No hay forma de afilar *esa cosa* —exclama—. Es pura chatarra. He aquí otra cosa que me encanta de Ecología-Bella: todos vuestros productos son de una calidad tan espléndida. Me gustaría saber qué les dais a vuestros trabajadores.

—Quizá se trate de lo que no les damos —sonríe el consejero—. Y ahora, mi querido joven príncipe, estás a punto de participar en una vieja costumbre de Ecología-Bella que supongo va a gustarte más que cualquier otra cosa sobre la Tierra.

—Oh, Dios mío, ¿tengo que vestirme?

—En absoluto. —El consejero despliega otra amplia túnica—. O quizá será mejor que te pongas una bata elegante..., esa dorada de ahí servirá a la perfección. —Hace un gesto al valet que ha entrado tras él—. Y unas zapatillas. Las viejas piedras son frías.

—Y eso no es lo único frío aquí —murmura el príncipe, pero siente agujoneada su curiosidad, sobre todo cuando el valet selecciona una botella de perfume y un cepillo entre los artículos que va depositando en una bolsa.

—Creo que tus quejas en este sentido van a terminar muy pronto —observa radiante el consejero, mientras le ayuda a colocarse el camuflaje de la capa—. Ahora simplemente ven conmigo e intenta pasar desapercibido.

Sigue una repetición del viaje escaleras abajo, el coche y la explicación del consejero, omitiendo la parte específica para la reina Amoretta.

La respuesta del príncipe es exactamente la que esperaba el consejero.

—¡Qué maravilloso país! —exclama Adolesco una y otra vez, cruzando y descruzando nerviosamente las piernas—. ¡Qué nación más ilustrada! ¿Es cierto realmente lo que dices? ¿Estará ella allí? ¿No es alguna broma?

—Lo juro por mi honor. Mira... —recoge del suelo una flor de las que Amoretta ha prendido en su pelo—. Ella ha hecho este mismo viaje un poco antes que tú.

—¡Oh Dios mío! ¡Qué país! —El príncipe aprieta entre sus manos la flor como si fuese las llaves del cielo, y vuelve a cruzar y descruzar las piernas.

De la soleada tarde de la zona de estacionamiento, penetran por la discreta puerta de servido a la catedral, y se hallan en un frío, penumbroso y antiguo corredor. En la pared de su izquierda hay una serie de altos estribos de mármol, que forman la parte trasera del enorme pedestal de la gran estatua sentada de la diosa. En una especie de hueco hay un panel deslizante, que una vez echado a un lado revela una puerta de madera de castaño pulida iluminada por la suave luz de una lámpara. El consejero hace un gesto a Adolesco para que se detenga.

—Tras esta puerta hay un apartamento, equipado con todas las cosas deseables para unos amantes. Hay varias habitaciones; tu valet estará en una de las habitaciones traseras, preparado para vestirti luego para la ceremonia oficial, para la que serás llamado con tiempo más que suficiente.

»En la primera habitación en la que entres hay una cama. Y en la cama estará una joven reina virgen, que nunca ha visto el cuerpo desnudo de un hombre vivo. Ni ella ha sido vista nunca por unos ojos masculinos, ni tocada por mano masculina alguna..., ni siquiera la de un doctor, desde su nacimiento. Y, obsérvalo bien, también es una reina, de una larga línea de sangre soberana. Tu comportamiento requerirá toda tu sensibilidad. Sé que la posees; he observado de cerca tu talento en evitar la irritación o la alarma en un caballo pura sangre. Eso no quiere implicar que la reina sea un animal, pero todos somos animales en nuestras emociones básicas, y la misma sensibilidad corre por nuestras venas, ¿no crees?

»Ahora te dejo. Componte y llama. Si no hay respuesta, repito, si no hay respuesta, entra. Pero si la respuesta es *No*, no debes atreverte a entrar; llámame, y volveremos a encontrarnos aquí. Pero dudo que llegue a producirse esto. Ahora adiós. Espero que goces de toda la felicidad que tu amor merece.

El consejero toma la capa de camuflaje y se retira.

Adolesco inspira profundamente y se acerca a la puerta encantada. Cuando llama, le suena como un pistoletazo, aunque su mano ha sido tan suave como le ha sido posible. Contiene involuntariamente la respiración y escucha. Ningún sonido, y por supuesto ninguna voz, llega desde el otro lado de la puerta.

Su garganta está hinchada de pánico; hace girar el pomo y la abre.

La habitación que se ofrece a sus ojos es como una mancha de suave luz y color. Mira ciegamente a su alrededor, hasta que su mirada se detiene en el gran lecho adornado con sedas.

Las sedas recubren lo que puede apreciarse claramente que es el diminuto cuerpo de una joven, y sobre la almohada, bajo una masa de dorado pelo, hay los dos ojos más grandes que haya visto en toda su vida, observándole.

Sus miradas se encuentran. Tentativamente, da un paso adelante..., luego otro...

—¿Amy?

...Pero es innecesario seguir con detalle el drama que ha sido representado tantas veces desde que la raza humana es raza, aunque en pocas ocasiones con tanta intensidad.

Baste informar que todo va bien, muy bien..., incluso la tormenta al final, cuando Amoretta confiesa ser su doble.

—Todo ocurrió en el último minuto..., la pobre pequeña reina se sentía tan desgarrada entre su idea del decoro y su amor por ti que se puso enferma..., quiero decir, realmente enferma. Y sabía que— no podría pasar por esto como correspondía, que no te haría ningún bien a ti. Pero no podía soportar la idea de decir *No* y decepcionarte. Así que me llamó..., de hecho, tal vez fui yo quien se lo sugerí. Yo no soy tan estricta respecto a ese asunto de la virginidad como ella..., quiero decir, soy virgen..., quiero decir, lo *era*... —Se echa a reír, y su risa es encantadora, tan parecida a la de Amoretta que el corazón de él hormiguea.

(De hecho, Amoretta, un poco perversa como todas las mujeres, está gozando intensamente con su papel.)

—Pero siempre me he mantenido virgen hasta ahora, ¿entiendes?, porque teníamos que ser idénticas. Siempre me he tomado en serio mi trabajo, no he dejado de estudiarla. ¡Te sorprenderían algunas de las cosas que he hecho! Asistir a largas ceremonias, por supuesto..., y algunos trabajos más particulares. Nadie ha sospechado nunca. De hecho, fui con ella a tu país..., ¿llegaste a imaginar alguna vez que era yo quien estaba de pie asistiendo a los desfiles del Ejército, la Marina y las Fuerzas Aéreas de Pluvio-Acida y todo eso?

—¿Eras *tu*? —Hacía rato que la tormenta se había apaciguado.

—Claro que lo era. Ella sabía que yo podía resistir perfectamente todas esas largas ceremonias, y además me gustan las paradas militares, mientras que a ella no. Tenéis unas enormes Fuerzas Armadas, ¿sabes? Y además, oh, ¡eras tan apuesto!

—Y tú eras tan hermosa... ¿Pero quieres decir que siempre has estado en palacio? ¿Cómo es que nunca me he tropezado contigo?

—Oh, sí lo has hecho. Cada vez fue una tremenda impresión para mí. Pero nunca me dirigiste una segunda mirada, nadie lo hace. Poseo un pelo distinto y unos ojos distintos y todo lo demás también, y una cinta rosa atada a mi barbilla que cambia todo mi rostro. Oh, y un poco de relleno aquí y aquí... Lo llamo mi Uniforme «B». Cuando soy ella, entonces llevo mi Uniforme «A».

Los ojos de él se clavan en los de ella, acariciantes, sorprendidos.

—Pero sois tan parecidas..., es increíble. Mira, ¿cómo sé que vosotras dos no vais a gastarme más bromas?

—Oh, no podríamos. No ahora. Pero te diré un secreto... ¡mírala!

Semiconscientemente, se vuelve sobre sí misma para mostrarle su trasero redondo y suave como un melocotón.

—¿Ves esa gran peca marrón que tengo en mi..., esto..., izquierda? —Y de pronto, recordando quién es él y lo que está ocurriendo, la piel de melocotón enrojece e intenta ocultarla.

Él la sujeta con firmeza, riendo y mirando.

—¿Quieres decir esa diminuta pequita que apenas puedo ver?

—Bueno, sí. Pero la reina es *perfecta*, ¿sabes? Ésa es mi marca. Así que siempre podrás decir quién es quién.

—Eso puede ser un problema en una recepción oficial.

Y entre risitas y embates pronto están entrelazados de nuevo, en la clásica reconciliación. Todo el asunto le parece ahora al príncipe más emocionante que decepcionante. ¿Qué joven más rico de lo necesario puede sentirse realmente insultado por disponer de una hermosa virgen extra a la que iniciar en el día de su boda? No hay nada que una espléndida ensalada de mariscos de Ecología-Bella no pueda curar, e incluso en eso se ha pensado.

Así que ahora él esta dormido, y ella también, casi, cuando siente que el fatal y definitivo helor se apodera suavemente de su cuerpo. Tan sólo tiene las fuerzas de susurrar un adiós, pero es demasiado débil para despertarle. Hasta que el consejero no se sitúa a su lado sujetando su bata no se pone Adolesco tambaleante en pie..., y hubiera podido ser conducido fuera sin darse cuenta de que ocurría algo extraño si no se hubiera inclinado sobre ella para darle el beso de adiós.

Entonces la frialdad de su carne y la rigidez de su cuerpo le golpean de lleno, acabando de despertarle con terrible brusquedad.

—Oh, Dios mío... ¿Qué...? ¡Ayuda!

—Aquí está la ayuda. Siempre hemos temido esto —le dice el consejero, tirando de él hacia atrás para que dos desconocidos vestidos de blanco puedan acercarse a la muchacha—. Sufría una dolencia cardiaca. Pero éstos son nuestros dos mejores cardiólogos, harán todo lo posible. Ahora tienes otros asuntos de los que ocuparte. Ven, dejemos a esta encantadora dama a sus doctores... ¡tienes una reina con la que debes casarte!

Así pues, el príncipe se descubre reluctantemente en otra habitación, donde es bañado y vestido en su más hermoso uniforme carmesí, y cuando pretende regresar al dormitorio encuentra la puerta cerrada con llave. Pero un largo espejo que le muestra espléndido en escarlata y oro alegra su talante, y puesto que, después de todo, no puede hacer nada, y esta es una historia distinta, vuelve su espíritu en plena recuperación hacia los deberes que le esperan de inmediato.

Parece que es ya un poco tarde.

—Debes apresurarte —dice el consejero, conduciéndole a un corredor lleno de recodos—. Sigue por aquí, rápido..., encontrarás gente al final que te dirá lo que tienes que hacer.

Y ahora nuestro relato se vuelve complejo, porque tiene lugar en tres escenarios a la vez. Echemos primero una mirada a lo que está ocurriendo fuera de la catedral:

El desfile de bodas procedente del palacio es espléndido más allá de toda comparación. Abriendo el camino marcha la primera banda, y nunca la música ha sido más alegre o más estimulante, nunca han brillado los uniformes y resplandecido los instrumentos con unos destellos tan cegadores al sol del atardecer estival.

Tras la banda avanza una falange de ciudadanos de Ecología-Bella, todos vestidos con sus trajes nacionales, llenos de blancos volantes y brillantes sedas y galones y cintas, y quienes los llevan son maravillosamente apuestos. Son los vencedores de los concursos que se han estado celebrando durante todo el año: concursos de tala, de bordado de tapices, de ajedrez, de gimnasia, de soldadura, de deshollinación de chimeneas, de construcción de ordenadores y de todo lo imaginable sobre lo que pueda montarse un concurso, y todos avanzan alegres por entre las flores que son arrojadas a su paso, junto con otros que no han ganado ningún concurso, pero que están también allí porque son simplemente queridos.

Luego viene una espléndida carroza alegórica decorada, que significa todo lo que hay de noble y libre y delicioso, tan maravillosamente engalanada con tantas flores que su perfume invade el aire.

Tras ella se inicia la larga hilera de carruajes, todos engalanados, cada uno de ellos tirado por un conjunto de caballos iguales, de distintas razas, resplandeciendo con sus colores alazán y marfil y ébano y manchado y rojo. Los primeros carruajes transportan grupos de visitantes notables y ancianos, y nunca los caballos han avanzado tan majestuosamente, nunca han lucido arneses y pompones de plumas en sus cabezas tan primorosamente elaborados. En este punto viene un órgano de vapor tirado por ponies, para marcar el ritmo, e inmediatamente detrás la banda real de Pluvio-Acida, interpretando a todo volumen el himno de su país, que afortunadamente apenas es audible gracias a los esfuerzos del órgano.

Detrás de la banda vienen dos carrozas con la familia real de Pluvio-Acida, que se agarra nerviosamente a los asideros de esos vehículos tan poco familiares, entre las ligeras oleadas de la multitud.

Y luego llega... ¡Ahhh!... la primera de las carrozas del cortejo nupcial, escarlata y oro, transportando a los jóvenes nobles que serán los testigos del príncipe Adolesco. Y tras ellos, en colores pastel, vienen tres victorias como enormes bouquets florales con las doncellas y los amigos especiales de la reina Amoretta. Y finalmente, finalmente, pasa un gran landó blanco y oro como—un pastel de boda, en el cual, totalmente velada, entre gasas y flores, se sienta la reina. (O eso cree todo el mundo, porque Amoretta tiene en realidad una doble.) Sólo va acompañada por su doncella de honor y la engalanada nurse con un igualmente engalanado príncipe Truhart en brazos, y la reina saluda cálidamente con la mano, recatada y sin la menor frivolidad, a la adoradora multitud, puesto que éste es un día solemne.

Y tras ella viene la causa de todo, un príncipe maravillosamente apuesto sobre un alto caballo blanco como la nieve, que corvetea y salta como Bucéfalo. La apostura del príncipe es captada más que vista, puesto que las plumas del casco de su uniforme de gala son tan espléndidas que solamente pueden verse, ocasionalmente, atisbos de su rostro. Pero su majestuosa figura y su habilidad como jinete son amplias pruebas de realeza.

Tras él llega un contingente montado de la Guardia de Palacio en oro y blanco y más plumas, con sus magníficos caballos avanzando sincrónicamente al paso. Tras ellos viene una última banda, cuyos tambores y cornetas marcan el ritmo a los caballos. El último elemento es una larga procesión de los animales criados aquel año que han vencido algún premio, con sus orgullosos y en general juveniles dueños, todos conducidos por un gran toro negro.

Y el conjunto es seguido por un melodioso concierto de cantantes callejeros, juglares y danzarines acrobáticos; mientras que la retaguardia es cubierta por un muy eficiente escuadrón de camiones que recogen los excrementos de caballo y demás basura, todos ellos pintados de blanco y oro.

Y desde el principio hasta el final de la línea de marcha, a los lados del camino hay gente soltando (y repartiendo) globos, y palomas blancas que han sido entrenadas para trazar círculos sobre el desfile antes de volver a sus palomares, y otra gente arrojando guirnaldas de flores y confeti y haciendo sonar silbatos..., y un cierto número de hombres y mujeres policías con vestidos de gala repartidos entre la multitud, cuya tarea principal es recuperar a los niños que se han perdido.

Y teniendo en cuenta que el príncipe procede desgraciadamente de donde procede, la multitud contiene también algunos guardias de palacio estrictamente no uniformados, que por fortuna no tienen ocasión, este día, de desplegar sus talentos especiales.

El desfile termina frente a la catedral, donde hay una espléndida explanada cubierta de hierba donde los elementos populares del desfile se dispersan y hallan sus respectivos lugares de una forma razonablemente ordenada, mientras las carrozas descargan a sus pasajeros frente a la escalinata principal de la catedral y éstos van entrando en la enorme nave, que ya está repleta.

El grupo nupcial propiamente dicho desaparece por la esquina para desembocar en la puerta lateral, que se abre a un amplio corredor de antecámaras y estancias de reposo, donde puede prepararse y formarse una procesión.

Y, aquí los dejamos a todos por un momento.

En la nave principal, el órgano, una famosa belleza, ha estado tocando suavemente varios fragmentos conmemorativos. Ahora emite una serie de grandes acordes, y todo el mundo se inmobiliza, a la expectativa. En el silencio resultante se alza la música de una sola flauta encima de todas las cabezas..., un solo delicadamente

encantador pero solemne, que simboliza la ternura y la profundidad del inminente acontecimiento. El flautista es de primera clase; incluso el contingente de Pluvio-Acida deja de agitarse y escucha embelesado.

A continuación de esto, siguiendo la costumbre de Ecología-Bella, una velada sacerdotisa de la Diosa de la Fertilidad Contenida avanza hacia el altar flanqueado de flores, y canta una hermosa plegaria para todas las bendiciones apropiadas, y sólo en su número adecuado. Mientras completa su canto, el arzobispo de Ecología-Bella avanza hasta su lugar frente al altar.

Pero en ese momento la sacerdotisa observa que una pequeña luz verde entre las flores no se ha encendido, lo cual significa un retraso. Con su larga experiencia en asuntos ceremoniales, añade una coda preparada a la plegaria en sí, más un momento de silenciosa meditación, y finalmente la luz se enciende. Se da la vuelta y se prepara para marcharse..., cuando se produce un extraordinario acontecimiento para cuya exposición debemos volver al grupo nupcial propiamente dicho.

Dejamos a los reales personajes entrando en el corredor de antecámaras a un lado, separados de la nave principal por una pesada doble puerta forrada de fieltro verde.

Los distintos grupos se retiran a sus respectivas habitaciones de reposo para efectuar esas pequeñas e inevitables reparaciones y recuperaciones necesarias después de un largo y agotador desfile. Se ofrece a la realeza de Pluvio-Acida refrescos, que los Puerco Volante nunca han sabido rechazar, y en las habitaciones de los caballeros testigos y las doncellas y amigas de la reina son presentados restaurativos.

Pero las figuras de la reina Amoretta y el príncipe Adolesco desaparecen rápidamente en apartamentos reales separados, donde puedan permanecer un rato solos. Esos apartamentos se hallan situados en aquel lado del pedestal de la gran estatua de la diosa, donde, aunque muy poca gente lo sabe, se comunican privadamente con los aún más privados apartamentos del otro extremo, que ya conocemos.

Así, cuando la joven dama que ha viajado en la carroza de la reina entra en la sala de descanso de la reina, es aliviada rápidamente de la corona real y del vestido y del velo, y dejada libre para que se mezcle y disfrute con las demás doncellas, que no saben nada de la sustitución. Y se abre una puerta secreta, y una figura pequeña y fría es llevada al interior. Sólo queda Lady Verdant, para vestir el hasta hace poco tan vivido y palpitante cuerpecito con la ironía de sus ropas nupciales.

En la puerta contigua se realiza un intercambio más feliz. El príncipe temporal entra en ella, quitándose aliviado el abrumador casco emplumado y la espada de Adolesco y otros impedimentos. Es un apuesto caballero rubio de los establos reales, que se lo ha pasado en grande con el desfile —excepto por las plumas— montando en el espléndido caballo blanco del príncipe.

Mientras se convierte de nuevo en caballero, el príncipe Adolesco entra apresuradamente por el corredor secreto, y se siente tan alterado mentalmente que apenas atina a darle las gracias a su sustituto, y es probable que se hubieran puesto a discutir sobre un problema en la dorada cuartilla trasera del caballo si un anciano —que ni el príncipe ni otros habían visto antes, o casi— no llega a entrar apresuradamente y sujeta al príncipe por el brazo.

—¡Aprisa! ¡Vas con retraso! ¡Tu reina te aguarda en el altar, el arzobispo también está esperando!

El desconocido funcionario empuja al príncipe hacia el corredor principal, que a sus ojos parece ominosamente desierto, y los dos avanzan a buen paso hacia las grandes puertas forradas de fieltro verde. El escolta del príncipe echa una mirada fuera.

—¡Aprisa! ¡Ella empieza a mostrarse impaciente! Oh, cielos..., se está marchando. No hay tiempo para explicaciones, joven... ¿Eres lo bastante fuerte como para cargarla en tus brazos?

—Sí, pero...

—¡Entonces sal aprisa, tómala entre ellos y llévala de vuelta al altar, y *cásate con ella!* —le exhorta el anciano—. ¡Anda, ve!

Y es tal la profunda desorientación del joven príncipe, tras un día tan cargado de acontecimientos emocionales, en el que ha obedecido extrañas órdenes con resultados aún más extraños..., que sale corriendo por la puerta forrada de fieltro verde, entra en el gran pasillo de la catedral, donde la velada muchacha se dirige a paso rápido hacia la salida..., la toma enérgicamente entre sus brazos y la conduce de vuelta al altar, donde el arzobispo, que es un tanto miope, empieza a entonar automáticamente los servicios nupciales. Y todas las protestas de la dama se ven ahogadas por el coro que resuena sobre sus cabezas, que estalla en un canto incontenible.

Los asistentes permanecen inmóviles por la impresión. Pero al primer momento de relativa calma del coro, la sacerdotisa consigue alzar su velo y exclama:

—¡Suéltame ahora mismo, imbécil! ¡Yo no soy tu reina!

Y por supuesto, todos ven que no puede serlo, porque es tan hermosa como Saba, y es negra.

Este momento de azoramiento cósmico termina con la llegada de un nutrido grupo encabezado por el Consejo y el príncipe Slimoldi, que entre todos consiguen llevar a Adolesco de vuelta a la puerta forrada de fieltro verde, tras pedir a los asistentes a la ceremonia que permanezcan tranquilos.

Cabe imaginar los acontecimientos que se producen a partir de entonces en la antecámara, porque el descubrimiento del cuerpo de la reina es inminente, pero debernos hacer una momentánea pausa para preguntarnos cómo estos antecedentes que sólo pueden ser calificados como bufonescos pueden haber desembocado en esa auténtica *tragedia*.

En primer lugar, la identidad del anciano que le dio a Adolesco aquellas órdenes idiotas nunca ha podido ser dilucidada satisfactoriamente, y el hombre ha desaparecido. Aquellos de mente más maquiavélica sugieren que pudo tratarse de uno de los consejeros del príncipe Slimoldi. Otros se inclinan a creer que era simplemente un sirviente de la catedral un tanto chocho, cuya ya frágil cordura se había visto abrumada por la excitación y en consecuencia había interpretado mal los acontecimientos. El pueblo en general tiende a creer que Adolesco se sintió temporalmente enloquecido por la noticia de la muerte de su reina e, ignorante de las costumbres del país, vio lo que creyó que era su amor aguardándole,

Sea cual sea la explicación, el episodio tuvo el efecto de empañar considerablemente el carisma del que gozaba el príncipe en Ecología-Bella. Reaccionar a la muerte de su amada corriendo a la nave principal del templo e intentando casarse con la sacerdotisa no podía considerarse desde ningún ángulo bajo una luz favorable. Los Ecologíabellanos no dejan de relatar el incidente entre carcajadas, risitas y codazos, mientras suspiran pesarosos.

¿Pero no es ése el desarrollo que los más previsores de los miembros del Consejo hubieran deseado? ¿No constituía un preocupante elemento de peligro para un pequeño país el que su pueblo empezara a sentirse sentimental hacia el gobernante de un estado vecino y hostil? Y finalmente, ¿no conseguía eso extirpar los peligros latentes que se cernían sobre los asuntos del Consejo.

Así pues, hay quienes consideran que, según la regla del *Cui bono?*<sup>(1)</sup>, es posible que el Consejo no se sintiera *demasiad* sorprendido de las acciones del príncipe; encajaban demasiado con sus mejores esperanzas. Incluso los más tolerantes de los ecología bellanos admiten que un joven que puede comportarse de ese modo no es el más adecuado para convertirse en su rey.

<sup>1</sup> *Cui bono?* es la pregunta de quién se aprovecha de un determinado acontecimiento.



Pero ahora debemos volver a las antecámaras de la catedral, donde está empezando a difundirse el rumor de que algo terrible le ha ocurrido a la reina. Mientras los miembros de la procesión emergen para formar en hilera, un hombre vestido de blanco se detiene frente a la puerta de la reina, y desde el exterior llega a todo el mundo el inconfundible sonido de una ambulancia aproximándose.

—La reina está gravemente enferma. La boda es... aplazada.

—Hemos llamado a una serie de vehículos para que os conduzcan de vuelta al palacio; aunque quizá preferáis volver a vuestro país —les dice el consejero. Se materializan una serie de auxiliares, dispuestos a ayudar en todo lo necesario.

Pero el príncipe se abre camino hasta la habitación donde yace el cuerpo de su reina. Una mirada al equipo que la atiende lo sume en la desesperación.

—¿Pero por qué no están *haciendo* algo? —pregunta a los doctores que están con Lady Verdant—. ¡Revividla, maldita sea! ¡Dejadme..., yo lo haré!

Es retenido, pero no antes de que sus dedos hayan podido rozar la marmórea frialdad que le convence más que cualquier palabra. Contempla el cuerpo, sintiendo que su corazón se hace pedazos.

Pero todavía queda una loca esperanza. Ha habido demasiada confusión este día.

—¡Dejadme cinco minutos a solas con ella! Lo exijo; es mi derecho.

—Muy bien, majestad —responde Lady Verdant, acompañando a los demás fuera de la habitación. Pero mientras se vuelve para seguirles, le dice suave y tristemente al príncipe—: No os atormentéis con pecas, o marcas de nacimiento o cosas parecidas, mi pobre príncipe. Quité la que vos visteis, del mismo modo que la había puesto. ¿Sabéis?, la reina concibió su historia de una doble para conservar algo de su modestia. Estuvisteis con la propia reina, podéis estar seguro.

Él la mira en silencio, sintiendo que se derrumban sus últimas esperanzas. Se da cuenta de que amó mucho a Amoretta, y nunca tanto como ahora...

Dejémosle a solas en los breves momentos de intimidad concedidos a la realeza y al dolor.

Una vez transcurridos, entra el Consejero. Tiene una proposición que hacer.

—No te incordiaré con mis condolencias. La muerte me ha afectado también a mí. Pero quedan algunos asuntos prácticos que resolver. Imagino que ahora preferirás pasar un cierto tiempo en tu país natal..., supongo que te habrás dado cuenta de que por el momento tu, esto, imagen, se ha deteriorado un tanto aquí.

Cuando el príncipe le mira con el ceño fruncido, como si no comprendiera, el anciano se apresura a añadir:

—La señora Victoria Ntutu.

—¿Quién!

—La sacerdotisa con la que, esto, te casaste parcialmente.

—Ohhh. —Se da una palmada en la frente—. ¿Qué puedo *hacer!* No quiero que la familia...

—Escucha. El Expreso Nocturno Internacional de Ecología-Bella sale dentro de poco. Recuerdo que disfrutaste viajando en él, y me he tomado la libertad de hacer que el vagón real fuera unido a su primera sección. Si tú das la orden, te conduciré discretamente hasta él. Todas tus cosas se te reunirán allí. Mañana al mediodía estarás de vuelta en tu capital, tras pasar toda una noche y una mañana de paz y tranquilidad. ¿Qué dices?

Nunca se ha puesto en duda que el príncipe dirá que sí.

Así es pues como pasa el príncipe Adolesco su noche de bodas, y es una noche tan relajante y pacífica como —dadas las circunstancias— cabe esperar. Y, curiosamente, esta es su última noche como príncipe.

Por una casualidad que ni siquiera el Consejo de Ecología-Bella hubiera podido mejorar, su madre, la reina Porcellana, se siente de pronto muy enferma debido al exceso de oxígeno, combinado con la falta de ciertos aditivos alimentarios a los que uno puede convertirse en absolutamente adicto. Solicita abandonar de inmediato aquel horrible lugar,

De modo que el rey Puerco Volante ordena que despegue el avión real, sin preocuparse por el hecho de que el clima ha querido acompañar a la muerte de la reina, y las tormentas dominan las montañas. Además, el piloto ha estado celebrando el acontecimiento de una forma un tanto prematura.

Cuando se revela que los pasos entre las montañas están ocupados por furiosos vórtices de truenos y ventarrones, el piloto tiene aún el suficiente sentido común para elevarse muy por encima de las cordilleras. Pero cuando un enorme rayo golpea el avión e inutiliza todos los sistemas eléctricos, no consigue recordar a tiempo cuál de los seiscientos ochenta y cinco interruptores del panel de mandos solucionará el problema.,., y ordena al grupo que desaloje el aparato.

Y, desgraciadamente, se descubre entonces, demasiado tarde, que la última familia superviviente de puercoespines de Pluvio-Acida, tras escapar del zoo local, ha hecho su nido en los paracaídas reales. La acribillada seda se rasga en mil pedazos por encima de los dos mil metros. Y el pobre rey Puerco Volante no hace honor a su nombre: por mucho que lo intenta no puede *volar*, como tampoco pueden hacerlo ni la reina Porcellana ni el príncipe Slimoldi.

Así, Adolesco llega descansado a su capital para descubrir que es el rey de Pluvio-Acida, y que durante los próximos años le espera un trabajo infernal.

Así, cuando un joven intenta abarcar demasiado y se le dice: «Recuerda la boda del príncipe coronado», él siempre puede responder: «Sí, pero terminó siendo rey.»

Lo cual no deja de ser una respuesta apropiada.

Hay una coda a nuestra historia, que es probable que ningún hombre de los que viven hoy en Ecología-Bella sepa todavía:

Unos pocos días después de la trágica muerte de la reina Amoretta, en un antiguo convento de monjas de arquitectura incierta, construido a base de piedra y mortero, muy arriba en las boscosas montañas, una muchacha de pelo castaño abre sus ojos castaños y habla por primera vez, con una voz lenta y suave.

—¿Estoy... viva?

El anciano que se inclina sobre ella dice:

—Lo estás. La reina Amoretta no.

—Es una... lástima.

—Sí y no. ¿Quieres algo de beber? Llevas varios días inconsciente.

—Sí... ¿Un accidente? —Ahora está más alerta.

—No. Una nueva droga hipotérmica especial que estamos probando para ciertas condiciones. Incluidos los rescates difíciles.

—Oh... —Sonríe, y pronto un plato de sopa puesto ante ella ocupa toda su atención.

Y podemos llenar el relato a partir de aquí. La Hermana Desconocida, como es llamada hasta que decida elegir ella misma su nombre, recupera gradualmente todos sus recuerdos. Mientras tanto, se dedica a estudiar. Ha empezado con el conocimiento de toda la flora y la fauna de Ecología-Bella. Las monjas pertenecen a una orden enseñante, y sus mejores pupilas terminan en universidades de todo el mundo, antes de volver para enriquecer su país.

—Todo esto parece como un sueño —le dice al consejero en una de sus periódicas visitas—. Muy triste, y más bien estúpido. ¿Pero por qué? —pregunta ansiosamente—. Por favor, dímelo: ¿por qué exactamente? ¿No hubiera podido hacerse, bien, de una forma diferente?

—No había ninguna forma —dice Lady Verdant, y mordisquea la punta de su bordada ropa.

—¿Sabes, querida? —explica el consejero—, tras profundas reflexiones de todos los miembros del Consejo, llegamos a dos conclusiones. La primera fue que un país pequeño tan vulnerable como el nuestro no puede simplemente permitirse una reina hermosa, joven y virgen. Pudiste darte cuenta de ello apenas llegar al palacio; hubiera sido algo de nunca acabar. Celos, conflictos, todo tipo de implicaciones. Y, más pronto o más tarde, la independencia del país se hubiera visto en peligro. Eso no cuenta con tu hermano: no puede traer a casa a un gobernante. Las leyes internacionales de sucesión son arcaicas, por supuesto; un crimen. Pero no podemos cambiarlas.

»Otro descubrimiento, igualmente importante, fue que, de algún modo, bajo esos rizos dorados había un cerebro, y hubiera sido un pecado destruirlo, y una vergüenza malgastarlo en las actividades simbólicas de un reinado. De este modo, si estudias intensamente, quizá puedas abrirte camino hasta el Consejo de Ecología-Bella, y ése, como tal vez hayas observado...

—Es el auténtico poder en lo que creía que era mi país —dice maliciosamente ella.

—Exacto. Es un sistema peligroso, pero el mejor que hemos hallado.

—Entiendo... —Mira reflexivamente hacia otro lado—. Aunque tengo mis dudas. Quizá, cuando sea vieja y muy sabia... ¿te sorprenderé si te propongo otro?

**FIN**

**Libros Tauro**

<http://www.LibrosTauro.com.ar>